

LAVALLÉ Y LA BATALLA DE QUÉBRACHO HERRADO

III

**Queda hecho el depósito
que marca la ley.**

ERNESTO QUESADA

L A V A L L E

Y

La Batalla de Quebracho Herrado

EPOCA DE ROSAS



ARTES Y LETRAS
EDITORIAL

1927

AV. DE MAYO 1357
BUENOS AIRES

ADVERTENCIA

El contenido del presente volumen, siguiendo el plan explicado en la reciente edición de “*La época de Rosas*”, se compone en parte de una serie de monografías aparecidas en 1897 en la revista *La Quincena*.

Con ese motivo decía entonces lo siguiente: “La índole de la revista nos impide observar con libertad el método analítico, vale decir, el detenernos en todos los detalles, abonando su exactitud con la publicación íntegra de documentos inéditos, a fin de llevar al ánimo del lector desprevenido el convencimiento de que nuestra manera de encarar y juzgar los hechos y los hombres, no es fruto de un prejuicio o de apasionamiento o simpatía, sino el resultado fatal que impone la compulsión de los papeles de la época. Nuestro propósito, al proceder así, era justamente abonar la sinceridad absoluta de esta investigación, provocando una rectificación o aclaración cualquiera, que, apoyada a su vez en documentos desconocidos, viniera a modificar el juicio emanado de las pruebas de que hoy podemos disponer. Volvemos a repetirlo: escribimos *sine irâ et studio*.” Y agregaba aun: “Historiamos rápida pero exactamente nuestra guerra civil: nos hemos visto forzados a disentir de todos los

autores que hasta ahora se habían ocupado de dicho asunto, a fin de restablecer la verdad histórica a la luz de la correspondencia inédita que contiene nuestro archivo. Dada la índole sintética de esta serie de estudios, hemos omitido la publicación íntegra de los documentos manuscritos. Más de uno ha tachado por ello. Nos apresuramos a darle la razón. "Pienso — ha dicho M. Cane: *La diplomacia de la revolución*, en *La Biblioteca*, — que, en esta materia, el criterio individual debe desaparecer; los documentos del pasado deben publicarse siempre íntegros, hasta con sus errores de texto y sus faltas de ortografía. Donde el que los edita, o el que los lee, no encuentra sino charlas y lugares comunes insignificantes, otro espíritu más sutil o más preparado hallará tal vez indicios o indicaciones vagas que le permitirán afirmar hechos u opiniones de real importancia para el conocimiento de la historia". Muy exacto, si bien quizá pueda hacerse alguna salvedad respecto de las "faltas de ortografía". Y tan opinamos así, que todo nuestro libro está basado en ese sistema; si bien, en otras ocasiones abusamos quizá de aquel método, pues las notas interrumpen a las veces la hilación del texto. Pero otra es la índole del presente estudio, como ya lo hemos manifestado repetidas veces: de ahí que omitamos en absoluto las reproducciones *in extenso* del texto inédito, y reduzcamos a su menor expresión las citas, siempre que nos es posible; lo que no quiere decir que cada cosa no esté ampliamente comprobada por piezas en nuestro archivo, de modo que, a la menor objeción, fácil y agradable nos sería aclarar cualquier detalle que se considere dudoso."

Como expresión de método histórico, no tengo nada que agregar ni que modificar. Este libro, puede decirse, es tan inédito como los anteriores, porque las colecciones de aquella revista son rarísimas y la mayoría de los

lectores actuales ni sospechan siquiera su existencia. Por eso los editores han considerado que dicha investigación debería publicarse en forma de libro.

E. Q.

Noviembre 1926.

I

LA INVASION UNITARIA DEL 39

Ved al pueblo; pues si algo significa
De Rosas el poder, sólo él lo explica,
Como explica esa serie de caudillos
Que desde Mayo acá en nuestras campañas
Sus enseñas de sangre y sus cuchillos
Pasearon como fieras alimañas.

Echeverría, AVELLANEDA (Poemas, p. 336)

Sentemos, ante todo, algunos prolegómenos indispensables, si bien tenemos que contentarnos con indicar sólo las grandes líneas del cuadro.

...El general Lavalle, después de derrotado el motín militar de 1828, a pesar del sacrificio de Dorrego, emigró a la Colonia. No se resignaba, empero, con ver a Rosas triunfante y tranquilo en el gobierno. Los miembros del cónclave unitario, concentrados en Montevideo, lo incitaban sin cesar a la acción. "No se vió a aquellos próceres decaer de la fortaleza de su ánimo en el largo destierro. Hubo en sus actos, más que error, una obcecación: presumían demasiado de sí y tenían por sus adversarios un desdén altanero. *Esto es transitorio*, decían: *volveremos pronto; seremos llamados.*" Tal los describe, años después, un ilustre argentino que conoció a fondo

la vida de la emigración. Avellaneda, al expresarse así, añade que (1) “la ceguera en la conducta de aquellos hombres se explica por no conocerse bien a sí mismos y por conocer mal a los otros”, y llega hasta calificar de “candidez infantil”, la singular confianza en el *seremos llamados* a que se ha aludido.

Sea de ello lo que fuera, Lavalle participaba de aquella idiosincracia, y, en consecuencia, inició y fomentó las continuas revueltas de López en Entre Ríos, en 1830 y 1831. Incansable en la conspiración, y “protegido en cierto modo por Rivera, tenía ya organizada una fuerte división para invadir nuevamente al Entre Ríos, que era paso preciso para atacar a Rosas, cuando la noticia fatal de que el general Paz había sido prisionero, en la provincia de Córdoba, por el caudillo López, lo hizo abandonar la idea de toda empresa”. Y añade su fiel biógrafo Lacasa, que, siendo presidente legal de la Banda Oriental el general Oribe, cuya candidatura “fué recibida con general aplauso”, el eterno revoltoso Rivera se alzó en armas contra la autoridad constitucional: Lavalle voló al lado de los revoltosos, “hasta que el combate del Palmar, mandado en jefe por el general Lavalle, en 1838, puso término por entonces a la contienda, arrojando de la silla presidencial (2) a Oribe.” Pues bien: en estas circunstancias — declara el mismo Lacasa — Lavalle pidió a Rivera, su amigo y compañero, algunos auxilios para invadir a Buenos Aires, que era el arsenal de los recursos de Rosas. Sobrevino entonces el injustificado bloqueo francés de todos los puertos argentinos, y la emigración residente en Montevideo empezó a agitarse, y formó el atrevido proyecto de traer la

(1) Avellaneda. *Rivadavia*. (La Biblioteca, t. IV).

(2) Lacasa. *Vida militar y política del general Lavalle* (passim).

guerra a Buenos Aires. Lavalle se puso de acuerdo con Mr. Buchet de Martigny, plenipotenciario francés, y dió comienzo a sus trabajos incitando a Castelli, en el sur, a que se alzara. Así sucedió, y la intentona llamada "revolución del sur, de 1839", coincidió con la invasión a Entre Ríos, llevada personalmente por Lavalle. Ambas operaciones no eran, con todo, sino fragmentos de un vastísimo plan.

El partido unitario combinó un movimiento simultáneo en todo el país. Castelli debía alzarse en el sur de la provincia de Buenos Aires, para atraer en su persecución las fuerzas de Rosas, mientras Maza se levantaba con su regimiento en plena capital. Al mismo tiempo, Lavalle invadía a Entre Ríos; Paz se posesionaba de Corrientes; Avellaneda convulsionaba el norte de la república, cuyas principales provincias estaban minadas; Brizuela defeccionaba con La Rioja, López *Máscara* con Santa Fe, y desde Chile sublevaban a Cuyo. Dominaban los ríos, gracias a la escuadra francesa; tenían elementos de sobra, gracias al abundante oro francés; contaban con sólidas bases de operaciones, gracias a la alianza con Rivera, y a la tácita complicidad de Chile y de Bolivia.

La caída de Rosas era indudable, a haberse realizado el ingenioso plan en tiempo oportuno. Rosas todo lo ignoraba: sabía que se conspiraba, tenía sospechas, pero todo era vago. Con todo: vigilaba sin cesar y maduraba su plan. "Veo — escribía a Pacheco (3) — lo que te dice el amigo D. Manuel López, respecto de la noticia que le han dado del actual gobernador de Salta, el tal Solá. A mí no me engañará, porque yo lo tengo bien calado.

(3) Rosas a Pacheco. *Buenos Aires, febrero 24 de 1840.* (Ms. inédito). Se refería en esa carta a López *Quebracho*, el gobernador de Córdoba.

Es un perverso salvaje unitario de los más ingratos y traidores a la sagrada causa de la república. Pero ya se acerca el desenlace de mi plan. Me parece que he de acertar en el remedio". Luego, pues, Rosas tenía *su plan*. Y que no descuidaba a los contrarios, lo demuestra este párrafo de carta: "El general Paz, veremos como se conduce. Está en la Colonia. De cualquier modo, este hombre no lo considero yo capaz. Está como abotagado o entorpecido. Puedes transmitir este párrafo literalmente a nuestro compañero, el general López". (4) Esto demuestra que menospreciaba demasiado a sus más serios adversarios, lo que explica su exceso de confianza, y cómo pudo organizarse y desenvolverse el plan unitario, sin que le atribuyese importancia, al extremo de exponerse a ser víctima de su propia impremeditación. No faltan, sin embargo, en los acontecimientos humanos, sobre todo en las vastas conspiraciones y en las revoluciones que tienen que contar con numerosos afiliados, no todos igualmente discretos o hábiles, algún acontecimiento imprevisto que precipita las cosas y desbarata las combinaciones mejor ideadas.

La revolución del sur estalló aislada e intempestivamente: Castelli no pudo esperar más. Lavalle entonces se precipitó, embarcándose para Martín García, en los transportes de guerra franceses: fué en balde que Rivera, más frío, le observara que no convenía a los intereses del Estado Oriental, ni a la causa de la libertad argentina, que se llevara a cabo una empresa que, por la debilidad de sus medios, no podía dar otro resultado que el sacrificio de una porción de hombres que eran la esperanza de la patria, y, como consecuencia inmediata, el afianzamiento del tirano. (5) La isla de Martín Gar-

(4) Rosas a Pacheco. *Buenos Aires, abril 28 de 1840* (Ms. inédito).

(5) Lacasa, *loc. cit.*

cía había sido conquistada por los franceses, derramando sangre argentina: allí, sin embargo, organizó Lavalle la *legión libertadora*, sosteniendo — como lo declara su ayudante Lacasa — con los jefes de la escuadra francesa y demás agentes públicos de aquella nación, las relaciones más importantes. Desconcertado un tanto por el fracaso del plan de levantamiento simultáneo, se lanzó en septiembre de 1839 sobre Entre Ríos, transportando sus tropas en buques de guerra franceses, y aceptando de ellos el auxilio de hombres y de dinero, que la empresa requería.

Mientras tanto, Rivera, que había recibido caudales de oro francés para invadir a su vez la república, se dirigió sobre Echagüe, a quien derrotó en Cagancha, coincidiendo esto con el efímero triunfo de Lavalle en Yerúa. La provincia de Corrientes, entonces, se sublevó con su gobernador Ferré. Entre tanto, Castelli y sus heroicos gauchos del sur fueron abandonados a su suerte: su pedido desesperado de socorro alcanzó a Lavalle, a raíz del triunfo de Yerúa. El acto de Dolores demostraba que aquel levantamiento carecía de cabezas militares: se le pidió a Lavalle enviara jefes. El general — declara su jefe de estado mayor (6) — sostenía que era “una revolución de cosas y no de hombres”.

El resultado fué que la “revolución del sur” concluyó trágicamente.

Organiza Lavalle un ejército correntino en el Miñay y otro en Capitaminí: la fortuna parecía sonreír a su audacia. Pero no encontró eco en Entre Ríos: en la legislatura, “sus miembros guardaron silencio, permaneciendo fieles a la causa de Rosas”.

Por último, Echagüe lo derrota en el Sauce Grande, a

(6) Pueyrredón. *Apuntes para la historia*. (Buenos Aires 1861).

pesar de la artillería que Lavalle había desembarcado de los buques de guerra franceses.

Los acontecimientos, en la república, se habían atropellado. Apenas ahogada en sangre la revolución de Castelli, aborta en la ciudad la de Maza; estalla después la sublevación del interior, con la "coalición del norte", y a ella se pliega Lamadrid, comisionado de Rosas. La noticia del pronunciamiento de Tucumán es traída por el célebre baqueano Alico, y Lavalle la recibe cuando ya el desaliento lo invadía. Esa comunicación, que había burlado la vigilancia de los gobiernos federales, atravesando media república "en el hueco de un cañón de pistola, forrado con cuero y trenzado después con tientos, como el cabo de un rebenque", cambiaba la faz de la situación, poniendo en manos del partido unitario el norte y oeste de la república, y todo el parque militar acumulado por Rosas en Tucumán.

Hacia, en efecto, casi un año que Lavalle merodeaba en Entre Ríos, correteando de aquí para allá, y practicando la infecunda guerra de montonera, a que se había acostumbrado con Rivera. La provincia estaba extenuada: sólo las continuas *caganchadas* — para usar la fraseología de entonces — de los jefes federales, podían hacer que no fuera un fracaso la internada de las fuerzas unitarias. La deserción de los correntinos era constante; se volvían a sus *pagos*; la juventud porteña que creyó que la campaña de su caudillo sería sólo un paseo militar, al que daría realce formando el "escuadrón de Mayo", comenzaba a desgranarse: muchos *paquetes* volvían a Montevideo. La mayor parte de la gente no estaba fogueada, y tenía que ser débil para sobrellevar las fatigas de una guerra. El ejército no tenía la debida disciplina militar, trabajado por las disensiones de su oficialidad, entre los viejos unitarios y los *lomo negros*, como Iriarte y otros; la rivalidad entre Lavalle y Paz

era ya manifiesta; muchos jefes, descontentos con el sistema de "montoneras ciudadanas", comenzaban a retirarse... La dirección de la guerra se resentía del "tira y afloja" entre Lavalle y los delegados de la "Comisión Argentina", que habían tomado a lo serio el papel de comisarios civiles, a estilo de los representantes del famoso "Comité de Salud Pública" en la época de la revolución francesa. Mientras tanto, los próceres unitarios en Montevideo se multiplicaban para hacer frente a todo: Alsina había convertido su casa en taller para confeccionar vestuarios, ponchos, etc.; otros alistaban voluntarios, principalmente vascos, y les auxiliaban con 25 patacones por cabeza: a cargo de dicha legión corrían el secretario del consulado francés, Baradere, y otro francés, Mr. Bernard. Rivera destacaba a Necochea con 600 hombres, "para recoger algunas vacas" de Entre Ríos. Martigny entregaba 500.000 francos a Rivera, para que alistara otro ejército. El pronunciamiento de Tucumán reanimó la alianza franco-unitaria: "Ya no podemos tratar con Rosas exclamó Martigny, porque le han retirado las facultades que antes tenía." En balde se le argüía: "eso es una quimera, porque Vd. debe persuadirse de que, arreglada la cuestión del bloqueo y retirando Vds. el apoyo que están dando a los disidentes, caerá Lavalle, caerá Ferré, se someterá Tucumán sin tirar un tiro, y Dios sabe cómo le irá a Rivera". El iluso plenipotenciario francés replicaba: "es más probable que triunfen los unitarios, con la *cosa* de Tucumán, porque Rosas se ha de ver pronto falto de hombres y de recursos; además de que, si Lavalle consigue triunfar de Echagüe, como es de esperar, debemos considerar como concluída esta cuestión, porque puesto Lavalle en Santa Fe, tenemos por nuestras las demás provincias".

Pero, todos reconocían que era indispensable obrar

sin pérdida de minuto. Rivera comenzaba a fastidiarse contra los franceses, por la tiranía que ejercían en los puertos orientales, que trataban como propios. El almirante francés, más reflexivo que el plenipotenciario, comprendía las grandes dificultades que le rodeaban, para guardar el bloqueo con la poca fuerza que tenía disponible; veía el papel ridículo que estaba haciendo la fuerza naval francesa, estacionada en el Paraná; sospechaba que entre las cabezas unitarias y riveristas había no pocas ilusas, y algunas intrigantes; y no estaba distante de considerar que para Francia era más correcto tratar con el gobierno establecido y serio de Rosas, que fomentar una revolución en la cual se veía que no había cabeza, y que se echaba mano de los elementos más heterogéneos (7). Más aun: todavía en mayo de 1840 el almirante Dupotel se resistía a entenderse con la "Comisión Argentina", pero el ministro Martigny le obligó a ello, y le ordenó le entregara todo el armamento francés que había llegado en la *Alcmene*. En esos momentos, la escuadra bloqueadora se componía de 25 buques de guerra, repartidos como sigue: 6, en el río Paraná; 1, en el Tuyú; 1, en el Salado; 2, en la rada de Buenos Aires; 2, en la Ensenada; 1, en la Colonia; 1, en las barrancas de San Gregorio; 2, en Martín García; y 6, en Montevideo. (8) Había ya informado de la situación al gobierno francés, y el almirante esperaba por momentos recibir nuevas instrucciones que lo independizaran de su ministro, o que éste fuera relevado. Era evidente que la acción francesa tenía que ser estéril con esa divergencia fundamental de miras entre su jefe militar y su director diplomático. Mientras tanto,

(7) Cf: Carta del unitario disfrazado (¿Giró?) a Rosas. Montevideo, junio 2 de 1840. Ms. orig. *Archivo Pacheco*.

(8) *Correspondencia reservada*. Ms. inédito, *Archivo Pacheco* (*Correspondencia* 1840. f. 146).

Rosas aprovechaba la coyuntura para poner en práctica el *divide et impera*, y preparaba el terreno con el almirante para una negociación definitiva.

La "Comisión Argentina" de Montevideo empuja entonces a Lavalle sobre Buenos Aires. El jefe de la escuadrilla francesa, Penaud, convencido de la falta de seriedad militar de la empresa, pretende llevar el ejército de nuevo a Martín García, para que se reorganice allí; Lavalle insiste en que lo desembarque en la costa norte de Buenos Aires. Por fin, el 28 de julio de 1840, logra Lavalle embarcar sus fuerzas en Punta Gorda, en 23 buques mercantes, convoyados por la escuadrilla francesa, que se componía de los cañoneros *Tactique*, *Eglantine*, *Vigie*, bergantín *Sylphe*, corbeta *Expeditive*, y otros buques menores. Lavalle, junto con Agüero, Carril, general Iriarte, y los escuadrones de Hornos y Saavedra, iban en la *Expeditive*, con el jefe de la escuadra, Penaud; mientras que en la *Tactique* se encontraba el E. M. y el escuadrón "Mayo". El embarque se había efectuado a la vista del ejército de Echagüe, que coronaba la barranca y barría la playa con la artillería del reducto; nadie se movió... y hasta se dijo que carnearon los últimos caballos que tenían! Al forzar el paso del Rosario, la alianza franco unitaria fué sellada de nuevo con sangre: en el combate con las fuerzas de tierra, murieron en la escuadra varios unitarios y franceses, entre éstos el oficial del *Sylphe*, Mr. Fabre.

II

LAVALLE EN BUENOS AIRES

Hemos dejado a Lavalle embarcado en la escuadra francesa, con el “ejército libertador”. El paso del Rosario había sido forzado, y se avistaban ya las costas de la provincia de Buenos Aires.

En agosto 1°. de 1840 fondea la escuadra frente a San Nicolás. “Marcho inmediato a la costa — decía el comandante de aquella localidad (9) — y en esta disposición he llegado a este punto, donde he ordenado campe la división, hasta que 23 buques que han fondeado al frente, sigan aguas abajo, en cuyo caso lo haré también con toda mi fuerza”. Lavalle tenía inteligencias secretas en la plaza, y esperaba una sublevación a su favor. “La fuerza militar que la guarnecía — ha dicho después el jefe del E. M. unitario — impidió que los medios puestos en juego, diesen resultados favorables”. A pesar de su absoluta superioridad militar, pues los cañones de la escuadra habrían neutralizado cualquier resistencia, Lavalle prefirió seguir adelante, dejando frente a la

(9) Garretón a Rosas. *San Nicolás, agosto 1°*,

plaza a la *Eglantine*. Careciendo de caballos y de medios de movilidad, su deber era procurárselos primero, para lo cual debía dirigirse al punto convenido de antemano: la toma de San Nicolás hubiera sido un triunfo efímero y que podía comprometer el éxito de la expedición. Pero esa prudencia fué erróneamente interpretada, en el sentido de que su objetivo no era la provincia, sino que en realidad se dirigía a Martín García.

Rosas no se convencía de que un desembarco era inminente. No tenía elementos reunidos para oponerse seriamente a esa operación. El comandante general del departamento del norte, general Pacheco, no tenía a sus órdenes más que milicias adventicias, reclutadas en esos días. No había, pues, sino dejar desembarcar a Lavalle, en caso que éste lo intentase, pues Pacheco era demasiado oficial de escuela para pretender oponerse al desembarco de una fuerza militar, apoyada en los poderosos cañones de una escuadra, oponiendo sólo gauchos armados con lanza y sable. La sorpresa había sido absoluta: nadie se imaginó el audaz golpe de mano de Lavalle. El plan de resistencia fué, entonces, de observar el enemigo, darse cuenta exacta de su fuerza, y organizar precipitadamente la del gobierno, pidiendo a Rosas enviara los pocos cuerpos veteranos que le quedaban. "Es indudable — decía Pacheco (10) — que los buques conducen un número de gente de tierra que pasará de 1500 hombres, lo que se advierte fácilmente, porque vienen sobre las cubiertas".

Rosas, curioso es decirlo, se encontraba en una situación especial: ni había soñado siquiera con la posibilidad de semejante invasión. El general Echagüe, después de la victoria del Sauce Grande, le escribía que los restos del ejército unitario se habían refugiado en

(10) Pacheco a Rosas. *San Nicolás, agosto 2.*

el Diamante, en los buques franceses, con el propósito de huir. Las mejores tropas veteranas, incluyendo el regimiento *Auxiliares de los Andes*, habían sido sucesivamente enviadas por Rosas para reforzar al ejército de Echagüe. No quedaban en la provincia sino sus milicias, y éstas no habían sido movilizadas, porque reinaba la seguridad de que, gracias al triunfo obtenido, el embarque de los unitarios significaba una retirada a Martín García y la consiguiente disolución de su ejército: de ahí que el paso de la escuadrilla por el Paraná fuera observado, no con temor, sino más bien con burla, sin sospechar la actitud que asumiría Lavalle; y tan no creyó Rosas en un desembarco, a pesar de las comunicaciones de Pacheco, que no envió a éste las fuerzas veteranas pedidas. Este le decía: “es de mi deber poner en conocimiento de V. E. que se me han presentado voluntarios varios vecinos pudientes y algunos de edad avanzada, como el que no ha sido preciso ninguna violencia para proveernos de abundantes caballadas y las partidas de gente que de todas partes vienen a reunirse, encuentran la mayor liberalidad en cuanto necesitan, lo que me convence de que esta población cooperará en masa”. (11) Pero con esos elementos nada serio podía hacerse: Rosas seguía tranquilo, porque creía que se trataba, en último caso, de una tentativa desesperada de Lavalle, que prefería jugar una última partida con los restos de su antiguo ejército.

La actitud de Rosas era lógica: no podía sospechar la increíble ligereza demostrada por Echagüe. Este — lo confiesa uno de los jefes de Lavalle — “no supo sacar el partido que le ofrecían las ventajas obtenidas, con lo que habría afianzado a Rosas. Vencedor, vió a los vencidos ofrecerle una oportunidad de anonadarlos y

(11) Pacheco a Rosas. *San Nicolás, agosto 2.*

anonadar con ellos a la revolución. Dejéla escapar, no aceptando el combate con que se le provocó, y, lo que es más increíble todavía, dando a su adversario, colocado en situación desesperada, el tiempo suficiente para que pudiese retirarse y evacuar el territorio entrerriano, sin perseguirlo tenazmente.” (12)

Como se ve, había sido otra *caganchada*. Y, sin embargo, en el parte a Rosas, dice Echagüe que “los miserables restos de la batalla del 16 habían sucumbido casi totalmente bajo el fuego mortífero de la artillería o ahogándose en el Paraná, para sustraerse al poder del ejército”. Con razón el general Lavalle, en presencia de la actitud de Echagüe, dijo a Paz, en un arrebatado de satisfacción: “Es preciso que levantemos un monumento de oro al general enemigo, que tan generosamente contribuye a que nos salvemos!” Y Paz, comentando esas palabras, agrega: “No se si alguna vez hizo Rosas cargos a Echagüe, que bien los merecía: sin su negativa cooperación, no hubiera sufrido Rosas la importuna visita que hizo el general Lavalle a la provincia de Buenos Aires”. (13)

Echagüe era uno de los “figurones” de aquella época desgraciada: jactancioso y de una inaptitud militar dudosa, fué el principal, aunque involuntario, cooperador de la invasión de Lavalle, la cual — considerada fríamente del punto de vista militar — era una operación descabellada. Y Echagüe, al obrar así, lo hizo obedeciendo quizá instintivamente al mezquino sentimiento de estrecho localismo, pues sólo veía que Entre Ríos se libraba del adversario, y en el fondo no le disgustaba que aquél jugara una mala partida a Buenos Aires. Rosas, a pesar de su perspicacia, tenía una alta

(12) Elía. *Memoria histórica*.

(13) Paz. *Memorias póstumas*. III, 633.

idea de las aptitudes y de la lealtad de Echagüe; mientras que desconfiaba — y los acontecimientos le dieron después la razón — de J. P. López, el caudillo santafecino.

Por eso estaba desguarnecida la frontera norte de la provincia. El mismo Pacheco, su jefe inmediato, estaba residiendo en su estancia del Salto, ajeno por completo a los peligros de una posible invasión, y ocupado sólo de contener a los indios. Rosas, más por fórmula que por precaución, lo hizo pasar a la costa y tomar el mando de las milicias, precipitadamente reunidas, como si se tratara de una inofensiva demostración militar. En la Capital nadie, ni en sueños, imaginaba que se traería un ataque en esa forma.

Esas razones son las que explican el relativo éxito del desembarco de Lavalle. Al acercarse éste, destacó con anticipación una partida de 50 hombres resueltos, al mando de su ayudante Lacasa, capitán Camelino, y oficiales Iraola, Pelliza y Cané, para que se internaran ocultamente, y reunieran las caballadas que tenían ya preparadas los estancieros Lynch, Castex y Martín. El éxito coronó esta audaz maniobra: el 2 de agosto desembarcó la expedición en el arroyo Cabrera, y 24 horas después disponía de 2.000 caballos, sin haber sido sentidos. (14) Lavalle no pudo, sin embargo, desembarcar en el lugar convenido, tuvo que hacerlo primero en la isla frente al Baradero: y recién el día 5 puso en tierra, en San Pedro, una división de 1.000 hombres, al mando de Vega, Rico y Avalos. Las guardias de la costa no opusieron resistencia: el jefe de la fuerza de observación, Ponciano Montalvo, después de haber ocultado con partes falsos el desembarco de los enemi-

(14) Lacasa. *Vida militar*, ed. cit., p. 156, A. Magariños Cervantes, *Estudios históricos*, p. 163.

gos, de cuya vigilancia estaba encargado por esa parte, — como capitán de la compañía de infantería de milicias de San Pedro — se negó a ir con su compañía a hacer fuego a los enemigos. Las otras fuerzas volantes apostadas por Pacheco, estaban empeñadas en un tiroteo muy desigual: el capitán Montalvo, ya de acuerdo con los invasores, pretextó que los cívicos no querían reunirse, y concluyó por plegarse a la legión Avalos, apenas ésta se posesionó de la barranca. (15) Primero desembarcó el teniente Rufino Varela, al mando de 15 hombres, a las 3 p. m. El escuadrón Cullen siguió después, y la legión Avalos completó las fuerzas de desembarco. (16)

Este incidente demuestra acabadamente que Lavalle tenía inteligencias en la provincia, y que contaba con la neutralidad de algunos jefes, y aún con su traición: cuando se dirigió a San Pedro sabía que estaba preparada la milicia de aquel punto: entre los jefes federales que allí se pasaron a Lavalle, se encontraba el comandante José Corvalán, hijo del general y edecán de Rosas. Esto explica también el por qué del éxito de la expedición Lacasa, y cómo pudo traerle al ejército 1.600 caballos y 800 vacas, sin que arreo tan grande fuera sorprendido. En el primer momento, todos creyeron en el triunfo de Lavalle, y muchos jefes y oficiales del ejército federal se mostraron ambiguos, para facilitar una evolución, según se presentaran las cosas. Algunos jueces de paz estaban en el secreto, y esperaban sólo para pronunciarse el momento oportuno.

(15) Detalle inédito, Cf. Edecán Ramos a Pacheco, *Santos Lugares, setiembre* 3. Aquel oficial, al retirarse Lavalle, cayó en poder de Rosas y se le instruyó su proceso, donde consta su connivencia.

(16) N. Quirno Costa, *Biografía del coronel D. Angel Salva-*
vadores, (B. A. 1863), p. 78.

Ha sido, pues, un error suponer que Lavalle se lanzara ciegamente a invadir la provincia de Buenos Aires, sin contar de antemano con apoyo dentro y fuera de la misma. La "Comisión Argentina" de Montevideo, no sólo le garantía los recursos de dinero, vestuario y aún gente, sino la cooperación efectiva del ministro francés Martigny; éste, apesar de las instrucciones estrictas recibidas de su gobierno, (17) prometía cooperar con un desembarco armado en los suburbios de la ciudad, el día que Lavalle llegara a sus puertas. Los trabajos unitarios en la provincia, no sólo habían movido la actividad de los ricos estancieros de aquella filia-ción, que reunieron caballadas y recursos, sino que habían comprometido a muchos jefes del ejército: el comandante Borda, con su fuerza, cumplió su compromiso, pasándose, cerca de San Nicolás, a la legión Méndez; el coronel Lagos pretextó enfermedades e inconvenientes, para inmovilizarse apenas invadió Lavalle. Este decía oficialmente: "El coronel Lagos se ha retirado a su estancia, de acuerdo con el general en jefe", (18) después de haber solicitado garantías suficientes en caso de pasarse, (19) tanto que en Montevideo se dió la noticia de su defección. (20)

El general Pacheco, que tenía bajo su comando el departamento invadido, había notado la duplicidad de la conducta de varios jueces de paz, (21) la tibieza de otros

(17) Nota del mariscal Soult.

(18) Lavalle a Camelino, *Arrecifes*, agosto 14, (ms.).

(19) Elía, *Memoria histórica*, loc. cit., t. IX, p. 121.

(20) Carta de Montevideo, agosto 13. Hoja suelta en nuestro archivo.

(21) José V. Martínez, juez de paz, a Pacheco, *San Antonio de Areco*, agosto 3. Las caballadas a que alude, las entregó después a Lavalle.

jefes, (22) y no sabía hasta qué punto estaba minado el terreno. Trató de reconcentrar cerca de San Pedro todas las milicias que pudo, y al día siguiente, al frente de unos 1.000 hombres, se adelantó a reconocer las posiciones del enemigo: quería cerciorarse de su número, de la calidad de elementos reunidos, y retirarse sin comprometer un combate. Sus fuerzas eran inferiores, y había impartido órdenes a sus jefes subalternos para concentrarse.

Lavalle había montado una división, y emprendía ya lo que creyó ser una marcha triunfal. El 6 de agosto, al anochecer, llega al Tala, y se desconcierta al apercebirse de que venía a su encuentro una numerosa división. Pacheco aprovecha el estupor del adversario, y se corre de derecha a izquierda, reconociendo tranquilamente las fuerzas del enemigo, sin que éste se moviera. El general federal, debido a la obscuridad de la noche, se acercó tanto a las filas unitarias que casi se vió envuelto en la legión Rico, logrando escapar debido sólo a su veloz caballo y a su sangre fría. (23)

Pacheco ejecutó esa arriesgada maniobra, porque en los alrededores comenzaba a circular la voz entre el paisanaje, de que los unitarios decían: "nos vamos a la capital sin tirar un tiro; ningún obstáculo se nos opone; tenemos caballos de sobra y no nos darán alcance." (24) Era necesario, pues, evitar todo eso, y, con los escasos elementos de que disponía, Pacheco resolvió, no sólo practicar un reconocimiento, sino dar un susto a los in-

(22) Lagos a Pacheco. *Rojas, agosto 14; Pergamino, septiembre 2*, etc.

(23) Margariños Cervantes. *Estudios Históricos*, página 442. El arrojo de Pacheco pudo costarle caro, como le costó a Paz su famoso reconocimiento.

(24) Declaraciones de presos. *Archivo Pacheco*.

vasores y paralizar un tanto su empuje, para dar tiempo a que se preparara Rosas.

Tal fué el encuentro de Tala, “escaramuza que no merece el nombre de batalla, porque nadie peleó”. (25) El objeto de Pacheco se llenó más allá de sus provisiones; no sólo quedó desconcertado Lavalle y flaqueó su decisión, sino que se le dispararon las caballadas reunidas, lo que era un serio contratiempo para los invasores. (26) “Por desgracia — dice el parte oficial de Lavalle — las caballadas se asustaron con el ruido de la acción, y se dispersaron todas, no habiendo podido reunirse por lo ocurrido”. Ese resultado lo obtuvo Pacheco haciendo desfilar a la carrera a sus escuadrones que lanzaban “gritos semejantes a los de las hordas salvajes.”

Lavalle se reconcentró en San Pedro. “Ahora — dice (27) — me ocupo exclusivamente de reunir caballadas, para montar todo el resto de la caballería del ejército, y marchar sobre la capital”. Sin embargo, perdió tiempo en escribir partes y circulares, abultando “la derrota de Pacheco”, y haciendo repicar y gastar pólvora en salvas.

En agosto 10 nombró comandante militar de San Pedro, a don Juan Camelino, para que organice aquel importante punto de comunicación, en cuyas aguas quedaba fondeada la escuadrilla francesa, y desde el cual don Salvador María del Carril — su consejero en 1840, como lo había sido en 1828 — mantenía las relaciones con la “Comisión” en Montevideo.

Mientras tanto, aquel encuentro cortó el empuje de

(25) Lacasa. *Vida militar*, pág. 168.

(26) Elía. *Memoria histórica*, pág. 188. Díaz. *Historia política y militar*, t. V, pág. 67. Es, pues, errada la versión de Saldaña, *Historia de la Confederación*, t. III, pág. 187.

(27) Lavalle a Vilela. *Cuartel general*, agosto 7.

la invasión y salvó la situación; impidió que Lavalle realizara el avance audaz indicado. Rosas comprendió que aquello lo salvaba, pues le daba tiempo para prepararse; por eso le decía a Pacheco: "todas tus disposiciones son muy acertadas; en cuanto al choque de armas del 6, te repito mis congratulaciones". (28) En el acto reaccionó del abatimiento que le había producido la noticia de la invasión, y empezó a desplegar una actividad febril. Desde ese momento, la causa federal quedaba triunfante. (29)

Efectivamente, Lavalle perdió 4 días en San Pedro, de donde recién se movió lentamente el 10, yendo a acampar a legua y media; él marchó a Arrecifes con su caballería, dejando la infantería en lo de Cuero. En el ínterin, había destacado sobre San Nicolás la legión Méndez, para tomar aquella plaza, que defendía el comandante Garretón.

La expedición de Méndez fué un error militar: no sólo fraccionaba las fuerzas invasoras, sino que demoraba el avance sobre la ciudad.

El único factor en favor de Lavalle era la sorpresa: si Pacheco no lo detiene el 6, y dispersa sus caballadas, cae el 7 u 8 sobre la ciudad, y, en el desconcierto, del primer momento, seguramente habría triunfado. Con razón se le decía oficialmente a Pacheco: "el susto que los unitarios llevaron en la noche del 6 paralizó su plan, y dió tiempo a S. E. para todo". (30)

Lavalle creía que los jefes federales comprometidos se le plegarían en el acto. La legión Méndez incorporó,

(28) Rosas a Pacheco. *Buenos Aires, agosto 12.*

(29) "En el encuentro del Tala me arrojé como el primer soldado, para dar tiempo a que se preparase la capital, que iba a ser sorprendida, y quién sabe las combinaciones que habría allí con ellos". (*Apuntes de Pacheco. Ms. inédito.*)

(30) Edecán Ramos a Pacheco. *Santos Lugares, agosto 22.*

en efecto, al comandante Borda, pero con sólo 50 hombres. El 11 de agosto notifica arrogantemente a Garretón, que se presente "una hora después de recibir la intimación, bien entendido que, de no verificarlo, será pasado por las armas en el acto", agregando que "el silencio de 5 minutos, será considerado como una negativa". Garretón contestó que cumpliera su deber con dignidad. (31) Y el coronel Méndez optó tranquilamente por hacer volver grupas a sus jinetes, y venir a incorporarse al ejército invasor.

Lavalle marchaba ignorando cómo sería recibido por la población: para explorarlo, destacó al comandante Benavente, sobre Pergamino, y al comandante Sotelo, sobre Arrecifes; el primero logró incorporar 230 hombres, y el segundo, 250. Resolvió Lavalle avanzar, acampando el 13 a una legua de Arrecifes; al día siguiente 14, se le incorporó la legión Méndez.

Entonces organizó su ejército, que se componía: a) división Vega, 4 escuadrones, 500 hombres; b) legiones: Méndez, 2 id. 300; Abalos, 4 id. 400; Rico, 2 id. 300; Ocampo, 2 id. 350; Noguera, 2 id. 400; Mayo, 1 id. 80; c) batallón Salvadores, 300 infantes, 60 artilleros, con 2 piezas de a 4, y 2 obuses. Tenía, pues, entre jefes y tropa, un ejército de 3000 hombres bien equipados y pertrechados. Lo dividió en 2 cuerpos: 1º. compuesto de la división Vega, y las legiones Abalos, Ocampo, Rico y Noguera, bajo su inmediato mando; 2º. batallón Salvadores, legión Méndez y Mayo, con las partidas de Benavente y Sotelo, al mando del coronel Vilela. (32)

El cuerpo mandado por el coronel Vilela, marchó por el fortín de Acero; y el resto, con Lavalle, se dirigió a San Antonio de Areco.

(31) Ambas notas se encuentran en *El Diario de la tarde*.

(32) *Elia. Memoria histórica*.

Los víveres que requisicionaba Lavalle en el camino, no sólo eran para su división: a pesar de estar fondeada la escuadra francesa frente a San Pedro, tenía que proveer a la subsistencia de la gente dejada allí, entre la que se contaban las numerosas familias que había traído consigo desde Punta Gorda. (33)

Pacheco se dió cuenta de las faltas de su contrario. Resuelve iniciar una guerra de partidas, escopeteando de cerca a los invasores, mientras que lo sigue por su flanco izquierdo y retaguardia. Rosas le había confiado la dirección de la campaña: "S. E. lo deja a la capacidad y saber de V. E. — le dice el edecán Corvalán (34) — pues, como a la distancia no puede ponerse en todos los casos, considera más conveniente que V. E. obre según se lo aconsejen su acreditado juicio y talento". Pacheco dispone, entonces, recabar la cooperación del gobernador de Santa Fe, Juan Pablo López, para que cubra la retaguardia; indica a Rosas la conveniencia de concentrar un fuerte ejército en el campamento de Santos Lugares, para proteger la ciudad; y de hacer converger todas las fuerzas diseminadas en la campaña, a fin de encerrar al ejército invasor dentro de un anillo de hierro.

El plan se realizó con método. El gobernador López. (a) *Máscara*, se dirigió en auxilio de San Nicolás (35), donde Lavalle había dejado de jefe al comandante Camelino, y que era un punto importante, por estar ancla-

(33) Lavalle a Camelino. *Cuartel general*, agosto 11: "Remito a Vd. 15 rollos de tabaco y 9 tercios de yerba, con el objeto de racionar las fuerzas de su mando". En otra carta, *lugar y fecha ut supra*, dice: "A las familias que han venido con el ejército de punta Gorda, las hará bajar a tierra y cuidará de darles habitación, carne, yerba y tabaco".

(34) Corvalán a Pacheco. *Buenos Aires*, agosto 14.

(35) J. P. López a Pacheco. *Agosto* 12.

da a su frente la escuadra francesa y aseguradas así las comunicaciones con Montevideo.

El coronel Bernardo González, con el regimiento veterano número 2, se situó al flanco izquierdo del ejército unitario (36). Al mismo tiempo, el día 13, Rosas organizaba el ejército de Santos Lugares, enviando allí, como mucho, el batallón *Libertad* del coronel Maza, y el *Restauradores*, del coronel Ravelo.

En agosto 14 el invasor estaba en el Pergamino: 300 hombres, mandados por Rico, ocuparon el punto y cambiaron autoridades, mientras otra división partía de Arrecifes para el Salto (37). Era otro nuevo fraccionamiento de los invasores: Rico se dirigía al sud, con el propósito de reanimar las cenizas de la insurrección del año anterior.

No descuidaba el general unitario recoger cuantas fuerzas podía: la falta de presentación de voluntarios lo preocupaba profundamente. "Habiendo resuelto incorporar al ejército toda la milicia activa del territorio que vamos ocupando — decía Lavalle — prevengo a Vd. haga marchar al mayor Reinoso con toda la milicia activa: debe incorporar todos los hombres aptos para las armas, que encuentre en su tránsito, las armas que encuentre, y los caballos necesarios". (38) Pues bien, Reinoso se le incorporó sólo con 139 hombres. (39)

Las fuerzas federales, obedeciendo la consigna recibida, se retiraban apenas avistaban la vanguardia unitaria: así lo hizo la columna de González y Navarrete, fuerte de 600 hombres, al aproximarse Lavalle a San Antonio de Areco. Sigue el invasor a Capilla de Giles: se retiran las tropas del gobierno en dirección a Luján.

(36) J. Lorenzo Moreno a Lavalle, *Pergamino*, agosto 17.

(37) Lagos a Pacheco, *Rojas*, agosto 14.

(38) Lavalle a Camelino, *Arrecifes*, agosto 14.

(39) Camelino a Lavalle, *San Pedro*, agosto 17.

Así lo llevaron a Lavalle, atrayéndolo al centro de la provincia, alejándolo de su base de operaciones, que era la costa, y envolviéndolo poco a poco.

El 20, por fin, llega Lavalle a Luján, ocupada la noche antes por Vilela.

Lavalle había engrosado su columna: tenía como 4.000 hombres, pero su marcha era lentísima, porque recogía mujeres y chusma: su infantería se componía de 300 correntinos; y su artillería, de 5 piezas.

El coronel Vicente González, (a) *Carancho del Monte*, se encontraba al frente del regimiento núm. 3, en ese punto. El comandante Lorea, (a) *Chirino*, estaba con dos escuadrones en Navarro. Pacheco picaba la retaguardia. Rosas estaba a vanguardia. El general Prudencio Rosas organizaba en Chascomús otra fuerte división. El movimiento envolvente de las fuerzas federales se llevaba a cabo.

Lavalle parecía distraído. En lugar de efectuar marchas rápidas y caer como el rayo, para lo cual tenía soberbias caballadas y tropa entusiasta, andaba a paso de tortuga, se cargaba de tráfago inútil, no se apercibía del movimiento circular del enemigo; y se contentó con ordenar la concentración de las diversas divisiones volantes, que había mandado en todas direcciones. Hasta sus mismos jefes habían perdido la noción de la movilidad: Rico, enviado a sublevar el sud, que debía obrar con rapidez suma, atravesar el río Salado, reclutar gente y volver sobre la ciudad, se detiene en la cañada de Navarro a cargarse con pesadas carretas.

Lavalle fija como punto de concentración, Mercedes. Rosas confirmó entonces en que el plan unitario era atacar la ciudad, pero en la duda esperó a cerciorarse, dejando diseminadas en la campaña las fuerzas con que contaba. El fraccionamiento del ejército unitario lo intrigaba, y más lo desconcertó la marcha al sud de la

división Rico: cuando Lavalle penetró en Giles, Rosas temió que se dirigiera a marchas forzadas sobre el Monte, para tomar el valioso parque depositado allí, y que custodiaba el coronel González, con el regimiento número 3. Supuso que Rico pasaría a sublevar al sud, dirigiéndose por el exterior del río Salado. Sin embargo, aquellas marchas podían tener por objeto una rápida convergencia de todas las divisiones cerca de Luján, y un súbito ataque a la ciudad, que los unitarios suponían sin ejército.

El 17, a media noche, Rosas se dirigió al campamento de Santos Lugares, y modificó su plan de campaña, como sigue: la división del Monte tenía allí 1.000 hombres, incluso 200 infantes, 40 artilleros y 3 piezas, habiendo destacado 2 escuadrones a Cañuelas. El coronel González permanecía al frente del grueso del núm. 3; y el comandante Lorea, a la cabeza del destacamento de Cañuelas. Si cargaba sobre esa división el grueso del ejército unitario, era seguro un fracaso: el ejército de Santos Lugares estaba en plena reorganización, por la incorporación de reclutas, y no era prudente enviarlo a reforzar la posición del Monte. Una batalla en esas condiciones equivalía a la pérdida de aquellos 1500 hombres, y, sobre todo, el parque. Concentrar en Santos Lugares la división núm. 3 era peligroso, pues una batalla sería dudosa, y no se sabía si Lavalle se dirigía al Monte, o iba sobre la ciudad, o retrocedía sobre Pacheco.

Rosas resolvió entonces que González enviase el parque a San Vicente; que si Lavalle atacaba, retrocediese y se contentase con hostilizarlo por su flanco izquierdo, por medio de tiradores. El comandante Lorea, desde Cañuelas, quedó encargado de mandar partidas a Luján, y de contentarse con seguir por la izquierda al ejército invasor, hostilizándolo. Se les recomendó a ambos jefes

que, aún atacados, prefirieran retirarse y no aceptar combate bajo ningún pretexto. El general Prudencio Rosas, que en Chascomús, a la cabeza del regimiento número 6, reunía una división, debía reconcentrarse en la Magdalena, en caso de avanzar en esa dirección el ejército unitario: tenía por base la creciente extraordinaria del río Salado ese año, que constituía un obstáculo serio para las operaciones militares. Por último, se ordenó a todas las fuerzas diseminadas que evitaran cualquier combate, y se contentaran con seguir a la distancia y por los flancos al ejército invasor, hostilizándolo siempre, y sólo aceptaran batalla siendo evidentemente inferior el enemigo. Todas las fuerzas situadas en el radio de 5 leguas a la redonda, de la ciudad, fueron concentradas en Santos Lugares, a donde se llevó la infantería y artillería, que estaban en Lomas. Y siendo tan extensa la línea del río Luján, se resolvió que, del Pilar arriba, la vigilara el regimiento número 1, al mando del coronel B. González; y del Pilar abajo, el número 2, que mandaba el comandante Navarrete. (40)

Rosas delegó el mando en el ministro Arana, y se dedicó por entero a la campaña, sin descuidar la negociación con los franceses, que fué su gran *coup de Jarnac*.

La reacción se había producido. La palabra de orden en la ciudad, era afectar la indiferencia más extraordinaria. Cualesquiera que fueran las emociones que en el foro interno abrigaban las familias, en pro o en contra de la invasión, la vida exterior nada traslucía. No se hubiera dicho que era aquel un momento crítico. Los diarios seguían tranquilamente publicando extractos de periódicos europeos. Los teatros funcionaban como siempre: el público se apasionaba en el teatro Argentino por la preciosa comedia de Bretón de los Herreros: *Muérete*

(40) Edecán Ramos a Pacheco, *Santos Lugares*, agosto 20.

y verás; o aplaudía *El Trovador*, en el teatro de la Victoria. En los días en que Rosas se encontraba en Santos Lugares, el teatro Argentino estrenó un dramón que conmovió a todos: *El gitano, o ciudades y montañas*; (41) y en el teatro de la Victoria se aplaudía frenéticamente a la diva Bergatti, en *Semíramide*, o a Miguel Vacani, en *Cristina*. Lo único que se había innovado, era el agregado del duo bufo: *Che bella vita e il militar*, en que se lucían Vacani y Viera. En los negocios se repetían con la acostumbrada regularidad los remates de Arriola y los de Gowland; y el jardinero Thorndike continuaba vendiendo con éxito sus moreras y sus plantas. El mismo Circo de Gallos, de la calle Venezuela, tenía siempre público numeroso.

En el ínterin, se concentraban en Mercedes las diversas divisiones unitarias: Méndez llegó allí después de su inútil excursión a San Nicolás; Vilela convergió también, sin haber obtenido resultado alguno de su correría; Rico, al poco tiempo, regresó porque el río Salado no estaba vadeable. Lavalle pudo entonces darse cuenta de su situación; la invasión "había encontrado algunas simpatías en San Pedro, Arrecifes y Areco, pero éstas terminaron enteramente a la altura del río Luján." (42) Ya no podía escribir a Lamadrid, como lo hizo al desembarcar: "La opinión del país está muy pronunciada en nuestro favor. Mis paisanos esperaban con impaciencia la venida del ejército libertador, y nuestras filas se engrosarán más considerablemente en poco tiempo, porque los más están hoy con nosotros. Esta favorable disposición me hace esperar que venceré en breves días al tirano." (43) Una semana después, ya orde-

(41) De unos autores hoy olvidados: Alboire y Fauché.

(42) Lacasa. *Vida militar*.

(43) Lavalle a Lamadrid. *El Tala*, agosto 7.

naba a sus jefes subalternos que incorporaran todos los hombres aptos para las armas, sin esperar que se presentaran voluntarios. (44) En Mercedes, el vacío más completo se hizo a su derredor: no contaba sino con sus propios elementos, y le era hostil la población. Resuelve entonces intentar el esfuerzo supremo, y aprovechando la decisión de sus parciales y las magníficas caballadas de que disponía, avanza a marchas forzadas sobre la ciudad, a fin de provocar una sublevación popular, y el desembarque por la Recoleta de la prometida división francesa.

Pero, realmente, el caballeresco Lavalle era impotente para dominar los acontecimientos: "la negra estrella", de que habla su ayudante, (45) ya lo perseguía. Su avance, en lugar de ser rapidísimo y sólo con los elementos de pelea, fué de una lentitud desesperante. Habiendo salido de Mercedes el 19 de agosto, todavía el 21 estaba en Luján, acampado en la estancia de Gómez. Allí vuelve a modificar su plan, y destaca una división de 1000 hombres, a las órdenes de Vega, sobre Navarro para desalojar de allí al comandante Lorea, que lo seguía, observándolo. Marcha en seguida con 2500 hombre a la estancia del Pino. (46) Lorea, cumpliendo sus instrucciones, al acercarse la columna enemiga, se deja perseguir hasta desbandarse ostensiblemente el 24, después de haber dado tiempo a Pacheco para interponerse entre ambas fracciones del ejército unitario.

Esa es la también "famosa" *chirinada* de Lorea, como la proclamó Lavalle. (47)

Rosas, entre tanto, desplegaba en Santos Lugares una

(44) Lavalle a Camelino, *Arrecifes*, agosto 14.

(45) Lacasa, *Vida militar*.

(46) Lorea a Pacheco, *Navarro*, agosto 22.

(47) Lavalle a Camelino, *En marcha*, agosto 20.

actividad febril; a todo atendía, al despacho ordinario, al servicio especial de campaña: "me tienen loco los chasques de todas partes," exclamaba. (48)

Lavalle había destacado a Valdez, con una partida en la que iban los indios presos en Martín García, con el objeto de sublevar las indiadas del sud. Rosas ordena entonces que el coronel Martiniano Rodríguez, que bajaba de la frontera con 400 soldados, se incorpore a la división del Tandil — otros 400 hombres, — que mandaba el coronel Aguilera.

Los jueces de paz habían recibido orden de hacer arrear todas las caballadas, pero no cumplieron sino a medias, sea porque en unos casos los particulares las escondiesen; sea, en otros, — como en el de San Antonio de Areco, — porque se declararon por Lavalle. Rosas necesitaba 3000 caballos para montar el ejército de Santos Lugares, y sólo contaba con la reserva de las caballadas de Morón, Matanzas y Quilmes, pero quería "más bien se limpiasen los que estaba en riesgo de caer en poder de los enemigos." (49)

Además, lo tenía perplejo la actitud de *Máscara*. "¿Por qué no habrá aproximádose a dar cuidados al enemigo, y reportar con esto las ventajas recíprocas que serían consiguiente?" Y agrega: "¿Podrá ser miedo? ¿De qué?" (50) Tenía fundados motivos para desconfiar de las intrigas de Vera, secretario de aquél...

La marcha de Lavalle era de una morosidad incomprendible. En agosto 24 su posición era la siguiente: una división de caballería de 1000 y pico de hombres, desde la estancia de Gómez hasta la cañada de Navarro, donde estaban las fuerzas de Olmos: el resto, con la in-

(48) Rosas a Pacheco, *Santos Lugares*, agosto 22.

(49) Edecán Ramos a Pacheco. *Santos Lugares*, agosto 22.

(50) *Ibid.*

fantería y artillería — 6 piezas: 4 cañones y 2 obuses — en Luján, en la quinta de Solveira.

Por fin, el 27 vuelve a Luján: “allí se ocupó de los aprestos de la marcha del ejército sobre la capital”, dice su jefe de E. M., coronel Elía. Pero recién el 28 a la noche rompe la marcha, y acampa en la quinta de Marcó... a 2 leguas de allí.

Estaba entonces lo más optimista. Acababa de interceptar comunicaciones de Aldao a Rosas, comunicándole el estado de Cuyo, la actitud de Brizuela, y la marcha de Lamadrid a Córdoba. La división Vega había dispersado en esos días los escuadrones de *Chirino*; las milicias de la Magdalena, se habían sublevado; el regimiento de Granada — que formaba el núcleo de la división federal de Chascomús — estaba muy indeciso. De ahí que comunicara oficialmente: “La causa de la libertad hace rápidos progresos, y el general en jefe espera que bien pronto serán premiados los esfuerzos de los soldados de la patria”. Y agrega: “El ejército libertador no imita el sistema de mentiras, con que el tirano intenta ocultar su crítica situación”. (51)

Ahora bien, el coronel V. González, al frente del regimiento núm. 3, habiéndosele reunido el comandante Maestre, que trajo 200 infantes y 2 piezas desde Lobos, se acerca a la línea unitaria. Rosas, al tener conocimiento de su movimiento, le reitera su orden de “no exponer la artillería e infantería, sino hacerlas retirar adentro, hostilizando de cerca al enemigo con los escuadrones de caballería, a no ser que se cortase alguna división inferior, en cuyo solo caso podría atacar”.

Rosas no acertaba a comprender la singular actitud de Lavalle y su casi paralización. Creía que no era sino un ardid de guerra y que encubría algún plan, que

(51) Lavalle a Camelino. *En marcha*, agosto 29.

se esforzaba por adivinar. Estaba perplejo. “Bien satisfecho de la exactitud de cuanto me indicas, — le escribía a Pacheco — no puede hacerse una pintura más exacta del mismo juicio, que yo, como tú, tengo formado. En cuanto a la fuerza del enemigo y demás a este respecto que me comunicas, estoy persuadido de lo mismo, pero aún no se qué hacer hasta hoy, para decidirme a atacar las columnas divididas.” Su plan era que Pacheco marchase con su división, a la que se incorporaría el coronel Rodríguez, y persiguiera a la columna unitaria que estaba en Lobos. Rosas, con su ejército, atacaría a Lavalle en Luján, cooperando el coronel V. González. Sin embargo, Rosas escribe aún a Pacheco: “Si pudiéramos vernos acá, creo que a la voz, aunque fuera unas pocas horas, algo acordaríamos de provecho. En su consecuencia, vente dejando tus órdenes, y acordaremos lo que hemos de hacer, porque, de todos modos, creo de absoluta necesidad ya disponer algo, después de la división que ha hecho el enemigo.” (52)

Pacheco le observó que su división era informe, compuesta de paisanaje casi sin armas ni municiones, con escasez de caballos, pues todos los del norte habían sido o tomados por Lavalle, o recogidos por Rosas, por Lagos y Lamela: más de 500 reclutas iban desarmados. No tenía sino caballería. “No se ha consultado el armamento disponible para la reunión de estos hombres: hay que instruirlos, desde los ejercicios doctrinales”. Rosas, en el campamento de Santos Lugares.

El coronel González (a) *Carancho del Monte*, que se había dado cuenta de que Rico quedaba cortado en Lobos, (53) avanzó sobre Lavalle, creyendo que no choca-

(52) Rosas a Pacheco. *Santos Lugares*, agosto 25.

(53) González a Rosas. *Monte*, agosto 24.

ría sino con columnas sueltas, y que el grueso del ejército había continuado su marcha. Lo creía, con cierta lógica, empeñado en el avance sobre Santos Lugares: lo pica entonces por la retaguardia, persigue las pequeñas partidas que salen a su encuentro, y se vé de repente casi envuelto por el ejército entero. Consecuente con las órdenes terminantes de Rosas, rehuye el combate, pero al retirarse vése a su turno perseguido por una división de 1000 hombres, que lo obliga a disparar más de 5 leguas, con pérdida de alguna gente y teniendo que abandonar parte de sus bagajes. He ahí la sonada "derrota" de González. (54)

El ejército invasor, que había abandonado a Luján el 1º de setiembre, se dirigía a la ciudad por la cañada de la Paja; y fué el coronel Vega quien chocó con González.

Simultáneamente, Lavalle ocupa el pueblo del Pilar con su vanguardia, pero manteniendo siempre cerca de Luján el grueso del ejército (55). En la noche del 3, había acampado en la estancia de Irigoyen. Esperaba por momentos recibir noticias de que el cacique Baigorria — a quien había escrito con antelación en ese sentido — había aparecido con la indiada alzada, por las Mulitas,

(54) Lavalle a F. Soto. *Cañada de la Paja, setiembre 4*. La división González era relativamente importante, pues el mentado "regimiento núm. 3 de milicias patricias de la campaña" se componía: a) batallón de infantería: 4 compañías — 225 hombres, 170 soldados, 55 clases); b) regimiento de caballería: 6 escuadrones — 1946 hombres, 1633 soldados, 313 clases); c) auxiliares indígenas: 2 caciques con 3 capitanejos y 85 indios. Su armamento era: para la infantería, 222 fusiles; para la caballería, 530 tercerolas y 1405 lanzas. La plana mayor se componía de 1 coronel, 2 comandantes, 2 sargentos mayores y 12 ayudantes. Cf: *Estado fechado en el Arroyo del Contador, septiembre 20 de 1840. Archivo Pacheco; doc. of. 40 p. 243.*

(55) González (B.) a Pacheco, *Puente de Márquez, septiembre 2*.

Barrancosa o Federación, dispuesto a cumplir su compromiso de que "él y su gente tendrán un premio que les asegure una vida regalada y pacífica". En este sentido escribe a los jefes adictos de campaña para que toleren los malones de Baigorria. (56)

Mientras tanto, Rosas reconocía la precisión militar del director de la guerra. En agosto 26 le escribía a López: "Pacheco está con su ejército ocupando la vanguardia, y ha rendido con la división benemérita de su mando un servicio de la más alta importancia, porque no ha perdido de vista ni un momento al enemigo; chocándolo, cuando debió hacerlo, con el objeto de entretener sus marchas, como consiguió, y trayéndolo siempre incomodado, tiroteándolo, empujando sns partidas para que no tomasen más extensión." (57)

Rosas estaba ya más tranquilo: sabía que Pacheco estaba disciplinando rápidamente sus milicias, habiendo recibido vestuario y armas; Oribe había pasado el Paraná, con sus parciales; J. P. López venía al frente de sus santafecinos; el círculo envolvente se estrechaba al alrededor de Lavalle: el ejército de Santos Lugares estaba ya montado. "Dijo Lavalle que venía derecho a tomar la ciudad, porque yo no tenía ejército, — le escribe al gobernador de Santa Fe—; en efecto, no lo tenía reunido, pero se equivocó porque cuando menos él creyó, marché y me coloqué a la cabeza de fuerzas que respetó, y no siguió más adelante a atacarlo." (58)

Lavalle combinaba en esos momentos su plan definitivo de ataque. La partida de Valdez y Villalba debía sublevar el sud, para lo cual solicita en agosto 21 del almirante francés el envío de un buque de guerra, con

(56) Lavalle a Soto, *Cañada de la Paja*, septiembre 4.

(57) Rosas a J. P. López. *Santos Lugares*, agosto 26.

(58) Rosas a J. P. López, *Santos Lugares*, agosto 26.

tropas de desembarco, para que se situara en las bocas del río Salado. El debía atacar la ciudad el mismo día que la escuadra francesa desembarcase en los bajos de la Recoleta una fuerte división: envió en septiembre 2 a su hermano don José Lavalle, a que determine el momento preciso de aquella operación. (59) Calculaba que, al anuncio del desembarco, Rosas destacaría sobre el punto amenazado su infantería y artillería, y sería entonces fácil atacar la caballería de Santos Lugares, y destruirla. Por fin, la noche de septiembre 4 fué de ansiedad en el campo unitario: se dieron los toques de marcha, y se ordenó dirigirse "a trote y galope" a la estancia del Pino. ¿Era el comienzo del ataque? Así lo creyó todo el mundo, y en los fogones corrió la noticia de que la escuadra francesa había ya desembarcado en la playa de la Recoleta un cuerpo de ejército de 3.000 marinos de desembarco, con dos baterías de artillería. (60)

¿Cuál era, en esos momentos, el estado respectivo de los ejércitos de Lavalle y Rosas, que iban a chocar en la cañada pantanosa de Morón? Lavalle revistaba 3.500 jinetes, 400 infantes y 6 piezas; Rosas tenía 3.300 jinetes, 2.200 infantes y 12 piezas. En la ciudad se calculaba en 2.000 hombres y el número de los que Mansilla podía oponer a los 3.000 franceses. Lo único que a Lavalle hacía falta era armamento. "Mande 300 tercerolas, 300 cananas, 400 sables, 400 tiros, 500 lanzas, 10.000 cartuchos a bala, 4.000 piedras de chispa, y vestuario del que he dejado en el campamento. Que sea con la mayor actividad y prontitud, porque sólo espero ese armamento para marchar." (61)

(59) F. Varela a Lavalle, *Montevideo, octubre 4.*

(60) Carta de Luis Manterola, *Morón, septiembre 4.*

(61) Lavalle a Camelino, *Guardia de Luján, agosto 30.*

A pesar de su desgraciado prurito por querer disfrazarse de caudillo de montoneras, Lavalle era un militar experto y que se había dado perfecta cuenta de la situación crítica en que se encontraba. Su invasión había sido un golpe de sublime audacia, fiado en las seguridades de sus *mentores* civiles — que siempre le fueron tan fatales—, y los que garantían que la campaña se levantaría en su favor como un solo hombre. En cambio, el vacío absoluto que se hizo a su derredor le convenció de que no se trataba de una marcha triunfal, sino de una guerra de conquista: no podía contar sino con los hombres que lo rodeaban y no podía fiarse del paisanaje. Atacar la ciudad con su sola fuerza, era insensato. La alianza con los franceses era lo que lo salvaba: desde que juntos hacían la guerra, exigió que cooperaran con los batallones de desembarco, la marinería y la artillería de la escuadra. Se convino en practicar conjuntamente el ataque: la escuadra desembarcaría un cuerpo de ejército igual al suyo — 3.000 hombres — y tomaría por asalto la plaza, al mismo tiempo que él se arrojaría con sus lanzas sobre las rancherías de Santos Lugares.

La ciudad no podía lógicamente resistir la embestida de 3.000 veteranos franceses; Rosas no la habría podido auxiliar, so pena de comprometer el éxito del choque simultáneo con Lavalle; y es indudable que los elementos unitarios de la ciudad se habrían alzado, apenas ocupada ésta militarmente. El éxito del ataque forzosamente tenía que producir el desbande de las fuerzas milicianas aisladas, en diversos puntos de la campaña, y muchos jefes federales habrían aprovechado la ocasión, para proclamarse unitarios y revelarse más papistas que el papa. Por eso decía entonces Lavalle con razón: “Lagos anda titubeando”. (62)

(62) Lavalle a Soto. *Cañada de la Paja*, septiembre 4. Ms.

Lo curioso del caso es que la actitud de López era, también muy sospechosa. Se eternizaba en el sitio de San Pedro, y se susurraba que estaba ganando tiempo a la espera de algún triunfo decisivo de Lavalle, para pronunciarse en su favor, como lo hizo en peores condiciones un año después. Así, habiéndole solicitado Pacheco lo auxiliara con un batallón de infantería, de cuya arma carecía en absoluto, resuelve López enviar su mejor cuerpo, el *Defensores de la independencia*, con 1 pieza a San Nicolás. Pacheco se encontraba con eso reducido casi a la impotencia: “si V. S. hubiese tenido consigo ese batallón — le decía Rosas, el día 24 — no estarían los salvajes unitarios donde se encuentran.” (63)

No podía ser más grave la situación.

¿Era posible el éxito en esas condiciones? Sí, lo era, suponiendo que el cuerpo de desembarco tomara la ciudad, lo que dejaba a Rosas entre dos fuegos. El movimiento de Lavalle parecía, pues, serio.

Rosas lo consideró así, y tomó las más estrictas medidas para estar preparado a recibir el choque definitivo, al saber que Lavalle reanudaba su marcha, en la noche del 4. Pero fué una falsa alarma: aquella marcha era uno de los tantos movimientos que ordenaba y contraordenaba en esos días Lavalle, y que sus partidarios suponían inspirados en el deseo de despistar a los numerosos *vichadores y bomberos* de que estaba rodeado el campamento unitario. En Montevideo, la expectativa era intensa: el mismo contraalmirante Dupotel, en presencia de los hechos, declaró que “le hacía gran impresión, por lo ventajoso de la posición de Lavalle”, (64) llegando hasta demorar su contestación a las propuestas que había recibido de la cancillería de Rosas, pa-

(63) Ramos a Pacheco. *Santos Lugares*, agosto 24. Ms.

(64) Florencio Varela a Lavalle, *Montevideo*, octubre 4.

ra dejar que los acontecimientos le indicaran la ruta a seguir. El momento era, pues, solemne.

El general Mansilla, jefe de la plaza de Buenos Aires, como inspector y comandante general de armas, organiza ese mismo día, septiembre 4, un plan de defensa para resistir al ataque inminente de Lavalle. (65) Los generales Soler, Guido y Huidobro, fueron puestos al frente de las divisiones de la guarnición, y se resolvió concentrar la defensa de la plaza en un perímetro de 2 cuadras de la plaza de la Victoria, con la base del río. El efectivo de las fuerzas disponibles era reducido: (66) las barricadas fueron ordenadas de carros y fardos, con

(65) *Plan de defensa de la ciudad de Buenos Aires, amenazada de un ataque de las fuerzas al mando del general Lavalle.*

(66) 1ª división, al mando de Soler:

- a) 1.er batallón de cívicos.
- b) batallón "Guardia Argentina".
- c) 4º de vigilantes.
- d) piquete de 50 serenos.

La 2ª división, al mando de Guido:

- a) cuerpo de 40 tenientes alcaldes.
- b) 3.er batallón, (40 hombres).

La 3ª división, al mando de Ruiz Huidobro:

- a) piquete de 50 tenientes alcaldes.
- b) " " 30 serenos.
- c) 3.er batallón 60 hombres).

La reserva se componía:

- a) remanente de serenos.
- b) " de cívicos.
- c) " de tenientes alcaldes.
- d) 2 piezas de artillería.

Además, quedaban "disponibles" para reforzar el punto atacado:

- a) 100 serenos, 60 alcaldes y 40 cívicos.
- b) 350 hombres del batallón *Rebajados*.
- c) 700 del regimiento id.
- d) escuadrón del Nº 1.

una zanja. En la recoba se colocó la reserva y se concentró todos los elementos de parque, maestranza y proveeduría, en el fuerte. Se tomaron las medidas más minuciosas para prever cualquier contingencia, determinando la forma de la concentración de las fuerzas.

Como se ve, nadie dudaba del ataque decisivo de Lavalle...

III

LA RETIRADA FATAL

...Durante varios días permaneció Lavalle en Merlo, a las puertas de Buenos Aires, sin tomar resolución alguna. Mientras tanto, el movimiento envolvente de las fuerzas federales se iba efectuando con toda precisión. Rosas no se explicaba la inacción de su adversario, y seguía obrando con toda cautela, recomendando se circunvalara y hostilizara al invasor, pero sin arriesgar combate alguno.

Nadie se movía en Buenos Aires: el inspector general de armas, general Mansilla, seguía reuniendo a los enrolados del batallón de patricios de infantería, y del batallón "Restauradores" sin apresuramiento alguno; (67) en las listas diarias de los que pedían pasaporte, se leía la mención lacónica: "no ha habido solicitantes"; los teatros funcionaban como si nada extraordinario aconteciese, y la actriz Alvara García elegía esos

(67) En septiembre 2, los avisos de convocatoria, pegados en las esquinas de las calles, daban término de 15 días para concurrir a los cuarteles respectivos. Cf. *Diario de la tarde*, núm. 2738.

días para dar su beneficio, con *La madre culpable*, y bailar unas *boleras del contrabandista*, que hicieron furor.

¿Qué le pasaba a Lavalle? No bien se situó en Merlo, dentro del radio de los sucesos definitivos, en que era indispensable vencer o sucumbir, el general Lavalle se quedó embargado: se puso preocupado, silencioso, retraído, como si quisiera ocultar a los que le rodeaban que estaba vacilante, irresoluto, sin plan. (68) “A su paso, los pocos hacendados que se habían declarado por los invasores, habían quemado sus naves”, vale decir, no podían ya retroceder (69). ¿Qué resolución toma Lavalle? Al anochecer del 6 de septiembre da orden de marcha. ¿Es el ataque a la ciudad, por todos anhelado? No. Es... la retirada! “Habiendo sido la intención del ejército batir la fuerza de González, y entablar relaciones importantes; — participa oficialmente el general invasor, (70) — conseguidos ambos objetos, ha resuelto alejarse, porque la escasez de pastos hace imposible la permanencia del ejército”. ¿Es esa toda la explicación? Al comandante militar de Luján, le oficia: “Habiendo batido el ejército las fuerzas de González, y persuadido el general en jefe que la intención de Rosas es concentrar su caballería, que no se atreve a desprender de Caseros y con el objeto de batir las fuerzas de J. Pablo López, que se halla interpuesto entre el ejército libertador y el de las provincias amigas, mandado por el general Lamadrid, he resuelto marchar con una columna ligera en persecución de López, debiendo seguir este mo-

(68) V. F. López. *Historia argentina*, ed. cit. página 556.

(69) Cf. manifiesto del vecindario de Giles, Agosto 26 (J. M. Gutiérrez, *Vida de Echeverría*, en t. V, página 71 de las *Obras completas*, ed. cit.).

(70) Lavalle a F. S. Vilela. *Merlo, septiembre 6*.

vimiento el resto del ejército, a las órdenes del coronel Vilela." (71) Y eso es todo!

La retirada fué un fracaso. El pánico de los que se habían comprometido por Lavalle, fué sin límites. "No sólo hombres sueltos, sino padres de familia, tuvieron que asilarse con mujeres e hijos, en aquel laberinto que se llamaba ejército. Más de 5.000 hombres, carretas, bagajes, 20.000 caballos van en la columna." (72) El mismo Lavalle se dió perfecta cuenta del desastre. En las circulares a las autoridades adictas de la campaña, les dice: "Reuna toda la gente y caballada, marche con ellas, unido a la columna del coronel Vilela; previniendo a todos los patriotas comprometidos, a fin de que se retiren de ese punto, para librarse de la ferocidad de Rosas, que sacrificará a cuantos se hayan pronunciado en favor de la causa de la libertad." (73)

La resolución adoptada por Lavalle en Merlo causó estupor profundo en los contemporáneos. "Su retirada ha sido un golpe de muerte para la revolución, — le escribía sobre la marcha Florencio Varela (74); — no hay una sola persona que no haya condenado ese funestísimo movimiento. No comprendo cómo se justificará Vd. ahora ni nunca. El defecto de Vd. ha sido no pedir consejo ni oírlo de nadie, decidir por sí solo; y, por desgracia, no siempre decide Vd. lo mejor. Vd. es militar, buen militar, excelente militar, bajo muchísimos respetos; pero no bajo todos; y, sobre todo, no es Vd. tan político como militar. Por desgracia, la guerra actual es más política, más de revolución, que militar y de estrategia. La última evacuación de Buenos Aires no

(71) Lavalle a Soto. *Cañada de Arias, septiembre 7.*

(72) V. F. López *Historia, cit.,* pág. 560.

(73) Lavalle a Soto. *Cañada de Arias, septiembre 7.*

(74) F. Varela a Lavalle. *Montevideo, Octubre 4 de 1840.*

es ciertamente operación militar: su importancia política es inmensa, domina todo.”

Y el conspicuo unitario no se equivocaba. La retirada de Merlo fué la señal del desastre. De ahí que los hombres pensadores de aquel tiempo tuvieran la más desencantada idea de Lavalle, pues, como militar o político, sólo había acarreado males a su patria, esterilizando los esfuerzos más ingentes, por más que otro fuera su propósito y a otro objetivo tendieran sus anhelos. No se animaban los unitarios a decirlo en público, en vida de aquél, porque era el único prestigio militar de que disponían, pues Paz, después de su *boleada* de Córdoba, su permanencia en Buenos Aires, y su poco altiva evasión violando su palabra de honor, estaba reducido a posición secundaria y no gozaba de popularidad. Lo curioso es que participaba de esa opinión el mismo Rosas: “El general Paz veremos cómo se conduce — escribía aquél (75) — de cualquier modo, este hombre no lo considero ya capaz: está como abotagado o entorpecido”. Respecto de Lavalle, tampoco se han resuelto sus correligionarios a confesar su incapacidad posteriormente, por temor de destruir una leyenda, que sólo se mantiene gracias a un piadoso *noli me tangere*.

Sin embargo, Echeverría, rompiendo el acuerdo tácito, no pudo menos de decir:

*Todo estaba en su mano y lo ha perdido:
 Lavalle es una espada sin cabeza;
 Sobre nosotros, entre tanto, pesa
 Su prestigio fatal, y obrando inerte
 Nos lleva a la derrota y a la muerte!*

Y, en otra ocasión, exclama:

(75) Rosas a Pacheco. Buenos Aires, Abril 28 de 1840. M. S.

*Lavalle, el precursor de las derrotas...
Oh Lavalle! Lavalle! muy chico era
Para echar sobre sí cosas tan grandes* (76)

Hasta los escritores más enemigos de Rosas y partidarios de Lavalle, no han podido encontrar explicación plausible a la retirada. López, cuya clara inteligencia se oscurece cuando se refiere a Rosas, llega a declarar: "La verdad, por dolorosa que sea, debe decirse: no fué Rosas, sino el general Lavalle quien se inutilizó a sí mismo; porque algo le faltara, ese no se qué de las grandes ocasiones, para responder a la misión que en aquel momento pesaba sobre sus hombros." (77) Otros llegan a calificar aquel paso, como "extraña conducta". (78)

Y era tanto más "extraña", cuanto que Lavalle acababa de escribir a Lamadrid estas significativas palabras: "Vd. no dude que aquí está el nudo de la cuestión, y que, vencedor el ejército libertador en Buenos Aires, los partidarios de la tiranía en las provincias caerán muy luego." (79) El grande y radical error de Lavalle y del partido unitario en 1839 y la guerra civil subsiguiente, fué no darse cuenta de que pertenecían a una facción metropolitana y no a un partido popular; contaban con parte de la minoría culta, pero tenían en su contra a la inmensa mayoría. La emigración unitaria, durante su alejamiento del país, nada había olvidado y nada había aprendido. Creía en la panacea de la constitución unitaria de 1826, e imaginaba las revoluciones como la decembrista de 1828. No faltaron, sin embargo, hombres ilustrados — no de "pontífices", pero

(76) Echeverría. *Avellaneda*. (Poemas, p. 351).

(77) V. F. López, *Manual*, p. 560.

(78) Magariños Cervantes, *Estudios históricos*. p. 167.

(79) Lavalle a Lamadrid. *El Tala*, agosto, 7. Ms.

sí de la nueva generación — que señalaron el escollo. Alberdi le escribía a Lavalle: “En 1828 la campaña y sus ideas sometieron al pueblo. Hoy, el pueblo y sus ideas deben someter la campaña. El general Lavalle no será fuerte en su país por las masas ignorantes: es preciso que la minoría ilustrada llegue a subordinar la mayoría semi-bárbara” (80). En el fondo, Lavalle no conocía su país: era el prototipo del porteño metropolitano, que consideraba al “interior” como un apéndice de la campaña de su provincia; y era tan iluso que la cruel experiencia de 1829 nada le había enseñado, y continuaba siendo el ensorberbecido decembrista de 1828.

¿Cuál fué, entonces, la explicación verdadera de su retirada? La ostensible la tenemos en sus comunicaciones oficiales de esa fecha: retrocedía para batir a López. La verdadera la podemos encontrar en dos fuentes auténticas: el testimonio de su biógrafo y ayudante Lacasa, y el de su jefe de E. M. entonces, Elía. El primero sostiene que fué por la inferioridad numérica del ejército unitario: 2.500 jinetes y 300 infantes con 2 piezas; mientras que Rosas defendía la ciudad con 3.300 jinetes, 2.200 infantes y 12 piezas. La división santafecina venía por su espalda: atacarla, era asegurar la comunicación fluvial, por donde recibían los recursos franceses, y dar, también, así la mano, aunque indirectamente, a la “coalición del norte”. Pero dice esto, que es muy sugestivo:—“La columna libertadora no tenía más terreno que el que pisaba. El ejército permaneció tres días en Merlo, a 2 leguas del enemigo, con el objeto de ver si alguno de sus cuerpos se insurreccionaba. ¿Por qué el pueblo de Buenos Aires no se puso de pie, para

pulverizar a su tirano?" (81) Elía es también explícito:—"El general esperaba que su presencia en Merlo despertase el entusiasmo de los habitantes, y que produciría también en el ejército enemigo alguna reacción... y el ejército libertador no vió un solo hombre, de ninguna condición, que fuese a llevarle la más simple noticia. Nada se sabía del enemigo, ni de la capital, pues desde Luján los lugares que habían sido recorridos ofrecían un aspecto sepulcral." Pero agrega que la retirada "habría podido evitarse si no hubiese faltado al general Lavalle, la cooperación de sus aliados los franceses y del Estado Oriental." (82)

La fragilidad de la alianza franco-unitario-uruguaya se vió desde el primer momento, y hemos ya explicado sus causas: Rivera buscaba sólo "los subsidios"; Martigny empleaba a los unitarios como "carne de cañón". Por eso Rivera se llamó a sosiego apenas recibió su medio millón de francos; y la política de Martigny fué considerada tan inhábil por el gobierno francés, que despachó pliegos revocándole sus poderes y ordenando al almirante Dupotet cesara de subvencionar una revuelta semejante, ínter llegaba Mackau para arreglar todo. Esa orden había llegado a Montevideo el 9 de agosto, por un bergantín que precedía a Mackau, y Dupotet en el acto significó a Penaud, jefe de la escuadrilla francesa en San Pedro, que se retirara de allí. Pero el 12 llegó la noticia del desembarco de Lavalle, y Dupotet titubeó. De Merlo despacha aquél a su hermano para solicitar el desembarco de los marinos franceses: antes de que Dupotet tuviera que resolver el arduo problema, — pues, a pesar de sus instrucciones, el golpe era tentador por lo teatral, — llega conjuntamente la noticia de la ino-

(81) Lacasa. *Vida de Lavalle*, p. 168.

(82) Elía. *Memoria histórica*, 180.

pinada retirada de Lavalle... Con razón le dice Varela: "Vd. había escrito el 21 de agosto al señor Martigny pidiéndole la cooperación armada del almirante: el 4 de septiembre despachó Vd. a su hermano con ese solo objeto; y el 7, tres días después, abandona Vd. la provincia, y se va a Santa Fe, sin aguardar respuesta a una misión tan grave. Esa conducta es inconcebible." (83)

Y efectivamente lo era. En una comunicación destinada a permanecer secreta, le dice Lavalle a Lamadrid, al proponerle éste más tarde que él invadiera a Buenos Aires: "En cuanto a la empresa que Vd. medita sobre Buenos Aires, siento decirle que soy de muy diferente opinión. Yo desembarqué en San Pedro más de 2.000 hombres, entre los cuales había algunos centenares de porteños, llenos de simpatías y de relaciones en aquel país. Esta columna deshizo tres grupos enemigos, fué dueña de la campaña durante un mes, y no encontró lo que tiene Vd. esperanza de hallar." (84). Esa es, pues, la verdadera explicación de su conducta: la invasión era impopular, no encontró sino el vacío; los mentores civiles que en Montevideo le aseguraban que el pueblo era unitario y que todos odiaban a Rosas, lo engañaron miserablemente: el pueblo era federal, y sostenía a Rosas, detestando el círculo faccioso y anárquico de "la logia unitaria". Esta impopularidad unitaria fué lo que más exaltó a Rosas: "Ninguna insurrección en los pueblos; ninguna defección en el ejército, ni en las numerosas tribus de indios, ha manchado tanto honor y tanta gloria." (85). Los pocos que se incorporaron, no fueron paisanos, sino "unitarios de copete": (86) por eso Ro-

(83) Varela a Lavalle, *loc. cit.*

(84) Lavalle a Lamadrid. *Diciembre 15 de 1840. Ms.*

(85) Rosas a Arana. *Morón, octubre 25 de 1840.*

(86) Rosas a Arana. *Morón, septiembre 20.*

sas fué implacable para con éstos, que eran los causantes de la perturbación, y fué benigno con las otros, a los que nada hizo. Lavalle, efectivamente, ante la absoluta falta de cooperación en la población, y en la necesidad de remontar su ejército para emplear el abundante armamento que le proporcionaban los franceses, recurrió al error de hacer pasar como "voluntarios" a todos los que podía tomar: de ahí que le escribieran de Montevideo que era preciso que abandonase "el errado sistema de agarrar gente por fuerza, para que luego lo agarre Rosas." (87)

(87) Varela a Lavalle. *Montevideo, octubre 4.*

IV

EL "EJERCITO" UNITARIO

Hay, además, otras razones que explican el fracaso de Lavalle y la poca cooperación que su invasión militar encontró en el país. El llamado "ejército libertador" era un conjunto de huestes desordenadas e indisciplinadas. "La subordinación era poco menos que desconocida, o, al menos, estaba basada de un modo particular y sobre muy débiles fundamentos: todo se hacía consistir en las afecciones y en la influencia personal de los jefes, y muy particularmente en la del general. Toda autoridad, todo, derivaba de la persona del general, y es seguro que, si éste hubiese faltado, se hubiera desquiciado en un día el ejército. No se pasaba lista, ni se hacía ejercicio periódicamente: no se daban revistas. Los soldados no necesitaban licencia para ausentarse por 8 o 15 días, y lo peor es que estas ausencias no eran inocentes, sino que las hacían para ir a merodear y devastar el país. Eran unas verdaderas expediciones en pequeño, para las cuales los soldados nombraban oficiales que los mandasen entre ellos mismos, y cuya duración era la de la expedición. De aquí resultaba que una cuarta parte del ejér-

cito estaba fuera de las filas, porque andaba a 6, 12 o 20 leguas, de modo que cuando se quería que estuviesen, era preciso recurrir a arbitrios ingeniosos." Más aún: "Todo eso lo referían unánimemente los jefes y oficiales del ejército, añadiendo en tono de alabanza, que esas partidas merodeadoras, con sus oficiales improvisados por ellas mismas, habían batido otras enemigas que les habían salido al encuentro. Eso se quería explicar atribuyéndolo a una muestra de exaltada bravura y patriotismo; pero, en realidad, era un efecto de la más terrible desmoralización, que había de despopularizar al fin la causa y el ejército." (88)

¿Quién hace pintura semejante del ejército "libertador"? ¿Acaso es algún adversario, algún federal implacable? Nada de eso: es uno de los jefes más ilustres de la cruzada unitaria, el cual ha dejado una obra, que, — al decir de autoridad tan irrecusable como la de V. F. López, — "no sólo es lo mejor que se ha escrito sobre el período de la guerra social de 1820 a 1848, sino un libro de tan indispensable estudio que los profesores y maestros de historia nacional no deben dejarlo de la mano: *diurna nocturna que manu*". (89)

El mismo Lavalle, en aquellos días críticos de la invasión, confirma aquellos hechos lamentables. "Ya tendríamos alguna gente de armas — escribe en septiembre 21 (90) — si no fueran los inauditos desórdenes de algunos foragidos que vienen entre nosotros; pero he resuelto empezar a fusilar para contener estos excesos que acabarán por perdernos". ¿No es esto bien explícito? Pues bien: el jefe de E. M. del ejército invasor también ha tenido que confesarlo: "Por desgracia, —

(88) Paz, *Memorias póstumas*. III. 667.

(89) V. F. López, *Manual de la Historia Argentina*. 545.

(90) Lavalle a Camelino. *Las Barrancas, septiembre 21 de 1840 M. S.*

dice (91) — desvirtuada la moral, se cometieron algunos excesos, cuya reprobación reclamaba una severa disciplina. Por una fatalidad que nunca será bastantemente deplorada, el ejército libertador, en vez de conquistar simpatías, con tal conducta labraba la fosa en que debían sepultarse su fama y sus merecimientos. Así, las órdenes generales del ejército no son un baldón eterno para los que, con su complicidad o tolerancia, las motivaron.”

Y esto es tan exacto, que bastará recordar, sin comentarios, la siguiente orden general: “El general en jefe del ejército libertador está cansado de reconvenir a los jefes por su tolerancia y su abandono. Nada ha obtenido, y los soldados se han convertido en una horda de salteadores y foragidos. El general en jefe se avergüenza de mandar hombres tales. La locomanía que se ha apoderado de algunos jefes, que con su tolerancia han creído ganarse la estimación del soldado y hacerse de partido, ha producido un mal que graba un borrón eterno en un ejército, cuya gloria se halla eclipsada por tan infame proceder.” Y, para hacer efectivas sus miras, concluye por establecer que “los jefes de día están suficientemente autorizados para castigar en el acto, con la pena de muerte, a todo individuo o individuos, de cualquier clase que fueren, y que, llamados al orden, no obedecieran.” (92)

Pero eso, desgraciadamente, no era sino una ráfaga pasajera de energía. Lavalle parecía haber olvidado el principio fundamental del arte de la guerra: “Nada más delicado que la institución militar: por el hecho mismo de que tiene la fuerza, el hombre está siempre inclinado a abusar de dicha fuerza; y para que un cuer-

(91) Elía. *Memoria histórica*, IX, 139.

(92) *Ibid.*

po franco permanezca inofensivo en medio de la población civil, es preciso que se encuentre retenido por el freno de la más poderosa disciplina.”

Puede juzgarse el efecto que produciría en las pacíficas poblaciones argentinas, que principiaban a gozar de tranquilidad y que se hallaban dedicadas a las labores rurales, una irrupción semejante de “hordas de salteadores y foragidos” — para usar el calificativo de Lavalle, — que comenzaba por arrebatarles todos sus caballos, por arrearles toda su hacienda, por talarles sus campos y arrasarles sus viviendas, dejándolos sumidos en la más negra orfandad!

No se crea que hay en esto la menor exageración. “No admite duda — dice un conspicuo unitario (93) — que el ejército libertador cometía desórdenes, y que estaba entregado a una desenfrenada licencia. Este método, si mal puede llamarse, era sistemático; el general Lavalle se había propuesto vencer a sus enemigos por los mismos medios con que ellos lo habían vencido 10 o 12 años antes. Entonces, la licencia gaucha-demagoga se sobrepuso a las tropas regulares que él mandaba, y ahora quería él sobreponerse a sus enemigos, relajando todos los resortes de la disciplina y permitiendo todos los desórdenes. Funesto error que, tanto en política como en lo militar, nos ha causado horribles males, y, lo que es más, ha hecho desvanecer la mayor parte de nuestras esperanzas”.

Se trataba, pues, de un procedimiento sistemático: era la “entrada a saco” en país enemigo, al son de conquista. ¿Qué de extraño tiene que el país entero se estremeciera de indignación y repeliera con rabia invasión de tal naturaleza? Parecía que se hubieran desatado en el país las iras de la revolución francesa en el 93, cuan-

(93) Paz. *Memorias póstumas*. II, 434.

do los demagogos — al decir de Taine — “habían hecho de su facción un ejército que, por consigna, tenía la licencia y, por prest, el pillaje: parecido a los de Tilly y Wallenstein.”

Pero no era esto sólo. La alianza con los franceses proporcionaba a la invasión recursos en abundancia y oro a discreción. ¿Qué uso se hizo de todo ello? Oigamos a un testigo ocular: “El mismo desgüeño se observaba en la administración de los caudales públicos, pues aunque había intendente (94) y comisión, pienso que estos funcionarios ni llenaron, ni pensaron jamás seriamente llenar sus funciones. La distribución de armamento, vestuario, raciones, no era menos irregular, y hablando del primero, diré que tuvo el ejército una abundancia nunca vista en los nuestros, tanto por su número como por su calidad superior: los franceses proveyeron con profusión. A nadie se hacía cargo por las armas que perdía, rompía o tiraba: tal era la facilidad de conseguirlas. La distribución de raciones participaba del mismo desorden que todo lo demás: la yerba y el tabaco se sacaban por tercios, sin cuenta ni razón. ¿Y la comida? Se hacía a discreción: no hay idea de tal desperdicio y ni será fácil imaginarse cuánto se perdía inútilmente; baste decir que donde campaba el ejército, desaparecían como por encanto numerosos rebaños, y se consumían sin aprovecharse, rodeos enteros.” (95)

Con razón, pues, huían despavoridos los habitantes al aproximarse los “libertadores”. Y con no menor razón se desataron todas las iras de la venganza en presencia de tanto vandalismo.

Las huestes “libertadoras” atravesaron así la mejor

(94) Y eso que el intendente general era don Salvador M. del Carril.

(95) Paz, *loc. cit.*

parte de la provincia, y cada día fué más sensible el vacío en su derredor. Pero nada se les importaba. El oro francés los indemnizaba de todo. "Muchas veces se repartieron a la tropa efectos de ultramar, finos, y particularmente a las mujeres, a quienes se daba el gracioso nombre de *patricias*, las que tuvieron su parte en ellos. Se les distribuyeron pañuelos y medias de seda, y otras cosas de esa clase, y con la misma irregularidad que se hacía con todo lo demás... Las mujeres son un cáncer de nuestros ejércitos, pero un cáncer que es difícil cortar, principalmente en los compuestos de paisanaje, después de las tradiciones que nos han legado los Artigas, los Ramírez y los Otorguez, y que han continuado sus discípulos." (96) ¡Curiosa confesión! Al estudiar la marcha de aquel histórico ejército, el observador imparcial se cree transportado a la época anterior a la famosa guerra de los 30 años, a los tiempos del duque de Alba y de la lucha de los Países Bajos. Cuando Alba marchó a las provincias flamencas, atravesó media Europa a la cabeza del primer ejército del siglo; oigamos como lo describe Motley (97): "Ese ejército perfecto en todos sus departamentos, llevaba además una división de 2.000 prostitutas, regularmente enganchadas, disciplinadas y distribuídas en cuerpos, como la caballería o la artillería. Brantôme especialmente encomia esa organización, y dice que había 1400 a caballo, *belles et braves comme des princesses*, y 600 a pie, *bien á point aussi*." El ejército de Lavalle podía, pues, en esto paragonarse con el de Alba.

¿Qué "regeneración" podía llevarse a cabo con métodos semejantes? Inútil era que corriera el oro a raudales. "Fuera de los suministros de todo género que hizo

(96) Paz, *Memorias póstumas*, II, 622.

(97) Motley, *The rise of the dutch republic*. II, 110.

la comisión argentina, del producto de gratuitas erogaciones, de valiosos empréstitos que contrajo, y fuera de lo que daban los franceses, el general Lavalle celebró contratos y contrajo empeños que montaban a sumas considerables. No se detenía en ofrecimientos; siguiendo el sistema de Rivera, se proponía ligar los hombres y hacerlos depender de él, por la esperanza de que los tuviese presentes para los pagos. Los agraciados poco aprovechaban, porque el dinero que recibían iba por lo general a la carpeta: el juego era la diversión universal, y hasta se hizo distribución de naipes a los cuerpos." (98) El general Lavalle no se paraba en barras; apenas desembarcado en San Pedro, escribe a Lamadrid: "Se que la falta de numerario es la mayor dificultad con que Vds. cuentan. Yo puedo responder a Vd. de que el tesoro de Buenos Aires pagará la cantidad de 20.000 duros de que Vds. pueden disponer." (99) Era tan singular aquella confianza ingenua que, más adelante, vuelve a escribir a Lamadrid pidiéndole ganado del interior, y le dice: "Es obvio que los propietarios de esos ganados han de ser resarcidos con ventaja en la provincia de Buenos Aires." El "*con ventaja*" es encantador... pero, como decía el mismo Lavalle: "Nosotros debemos sacrificar las formas y los usos de un orden regular, a la rapidez y comodidad." (100) El reparto de la túnica resultó, sin embargo, anticipado.

"Mucho se ha dicho — escribe el general Paz (101) — de los provechos y sórdidas especulaciones de algunos exaltados patriotas en Montevideo, tanto con los caudales que suministraron los franceses, como con el producto de las cuantiosas erogaciones y empréstitos que se

(98) Paz, *loc. cit.*

(99) Lavalle a Lamadrid. *El Tala*, agosto 7 de 1840. M. S.

(100) Lavalle a Lamadrid, *Calchines*, noviembre 12. M. S.

(101) Paz, *loc. cit.* II. 626.

contraieron. El almirante Dupotet lo creía y lo decía así, bien que en la universal corrupción de Montevideo esto no debiese causar grande escándalo. Lo admirable es que en este siglo de positivismo, cuando se han hecho sudar las prensas con asuntos insignificantes, nadie haya tocado éste; antes por el contrario, se ha procurado echarle tierra. Jamás se ha tratado de exigir, ni de dar una cuenta, una satisfacción cualquiera, de la inversión de tan ingentes caudales.”

Este conjunto de razones es el que explica como, desde un principio, los unitarios sensatos se dieron cuenta del fracaso. “La autoridad de los libertadores no se siente fuera de su campo, escribía Pico. (102) Esto nos aflige infinito a todos. Si al general no se lo dicen, será por contemplaciones, que en tales negocios son muy inoportunas. Vds. no han ido a dar batallas por el placer de combatir, ni por ganar glorias. *En las guerras civiles no hay glorias militares.* Han ido a ganar prosélitos contra Rosas, y esto no lo han de conseguir sino esparciendo su acción por todo el país.” La conducta del ejército unitario, en vez de ganar prosélitos, enajenaba voluntades, y convertía a los indiferentes en adversarios iracundos.

Hemos preferido abusar de las citas para reconstituir la fisonomía moral del “ejército libertador”; y para mayor acierto nos hemos contentado con reproducir los rasgos que nos revelan escritos o documentos de exclusiva procedencia unitaria. Hasta hemos creído conveniente repetir determinadas citas de documentos, utilizados ya en el libro que a *Lamadrid y la coalición del Norte* hemos dedicado, pero obramos así deliberadamente para que testimonios semejantes, de una importancia decisiva, se graben en lo más hondo de la conciencia de

(102) F. Pico a Chilavert, *Montevideo*, octubre 23 de 1839.

nuestros lectores. Por eso, al historiar nuevamente estos sucesos, a los que fué menester referirse en el citado libro, hemos preferido repetir las probanzas a omitirlas del todo, sobre todo cuando se trata de documentación auténticamente unitaria. Tenemos sobre la mesa infinidad de testimonios federales de la época, que refieren hechos cometidos por los "libertadores", y que harían parar los pelos de punta: preferimos no servirnos de esos documentos, porque pueden ser argüidos de parciales, y deseamos estudiar aquellos acontecimientos con la máxima imparcialidad, aun cuando quede destruída una leyenda que resulta injusta, y restablecida la verdad, por dolorosa que sea. Pero tiempo es de llamar las cosas por su nombre.

Alguna razón asistía, pues, a Rosas para decir oficialmente en esos días (103): "Los unitarios se han propuesto, impíos, sacrílegos, hacer a su patria una guerra salvaje desconocida en el mundo civilizado; los federales están resueltos a marchar primero por todos los diversos escombros de la más tremenda desolación y ruina, antes que pasar por una vergonzosa, humillante esclavitud."

¿Cómo se explica que el general Lavalle llegara a esos extremos? "Era — dice un coetáneo (104) — generalmente querido de la tropa, y tenía gran influencia en el soldado; nadie ignora que poseía ciertas dotes especiales que lo hacían amar; a la par del efecto de la varonil presencia, poseía buenos talentos, tenía rasgos de genio y concepciones felices, que emanaban de aquellas primeras cualidades; hubiera sido de desear más perseverancia para seguir un plan, y un poco de más paciencia

(103) Rosas al gobernador delegado, *Morón, septiembre 20 de 1840.*

(104) Paz, *loc. cit.*

para desarrollar los pormenores de su ejecución. Estaba sujeto a impresiones fuertes, pero transitorias, de lo que resultó que no se le vió marchar por un sistema constante, sino seguir rumbos contrarios y con frecuencia tocando los extremos." Podemos considerar como exacto ese retrato trazado por el general Paz; coincide con lo que Florencio Varela le decía al mismo Lavalle: "Cuando Vd. haya adoptado una idea, un plan, ejecútelo y no lo deje al día siguiente por otro, ni por accidentes. Todos, pero principalmente los marinos franceses, que han tratado a Vd. de cerca, le acusan de no tener la menor consistencia en sus ideas: de adoptar hoy un plan y olvidarlo mañana Esta inconsecuencia debe dar funestos resultados." (105) Y un escritor que se distingue por su saña implacable contra Rosas, estudiando la invasión de Lavalle en 1840, no puede menos de confesar: "Sea que este jefe careciese de las aptitudes que requiere el mando en jefe de un ejército, para ensamblar y organizar con sistema los miembros de ese gran cuerpo coherente, vivo, semoviente, que se llama ejército, el hecho hoy reconocido es que el ejército a las órdenes del general Lavalle en 1840 era apenas un embrión voluminoso, débilmente vertebrado." (106)

Indudablemente, Lavalle estaba desorientado. Tal era su conducta, que los guerreros de la independencia que al principio entraron en la revolución y se incorporaron al ejército, fueron separándose uno después de otro. Así, desde los primeros pasos, se retiró el bravo coronel Olavarría, el cual "dejó la legión lleno de pesar y sólo estimulado por el honor: su permanencia en ella no podía conciliarse con el carácter del general en jefe." (107)

(105) F. Varela a Lavalle, *Montevideo, octubre 4 de 1840.*

(106) V. F. López, *Manual*, 545.

(107) Elía, *Memoria histórica*, v. 131,

Así, el coronel Chilavert, quien, en una carta al doctor Francisco Pico, le decía: "He tenido que abandonar las filas del ejército libertador. El general Lavalle tiene un orgullo infernal, y es más déspota que Rosas. Bien convencido estoy que para Lavalle no hay patria: no habrá sino males, y más espantosos que los causados por Rosas, porque sus propensiones son peores que las de aquél. La guerra va tomando un aspecto feo, y Lavalle no tiene capacidad para llevarla a cabo con éxito: concluirá por perder el ejército." (108) Sería interminable la lista de todos los jefes o personajes conspicuos que se vieron forzados a abandonar a Lavalle: el coronel Montero, el auditor de guerra doctor Rodríguez, el ilustre general Paz, el heroico coronel Niceto Vega. Su primer jefe de E. M. coronel Pueyrredón refiere de esta manera su separación: "Nosotros no hemos de marchar ya nunca bien, y es mejor que nos separemos, me contestó el general. Es mejor, pues, adios, fueron las últimas palabras cambiadas entre el general Lavalle y yo." (109) Antes de terminar la campaña, ya no quedaba al lado de Lavalle ni jefes, ni oficiales, ni tropa: se le fueron separando el general Iriarte; los coroneles Salvadores, Pieres, Méndez; los comandantes Cortinas, Reyes. Benavente, Hornos, Saavedra. Más aún: la tropa misma tuvo al fin que abandonarlo: "El que medita — ha dicho uno de los jefes de aquella cruzada (110) — sobre los más triviales detalles que tengan tendencia a retratar la organización que el general Lavalle quiso dar al ejército que tuvo a sus órdenes, conocerá las causas que obraron para que se disolviese como el humo". Efectivamente, concluyeron por separársele escuadrones enteros, co-

(108) Chilavert a Pico, *apud* Saldías. *Historia de la Confederación III*.

(109) Pueyrredón. *Apuntes*, 135.

(110) Iriarte. *Memorias inéditas*, 27.

mo el "Mayo", los cuerpos correntinos, etc. "Todos, a partir — dice un testigo ocular (111) — llevaban en su corazón el sentimiento de alejarse de las legiones en cuyas filas tantas veces habían marchado a los combates, y su sentimiento era tanto más profundo, cuanto presentían los males que aguardaban a la querida y desventurada patria." Es difícil, pues, en presencia de semejantes hechos, no reconocer que el general Lavalle, que así procedía con sus propios partidarios, debía concitar en su contra las pasiones bravías de la gran masa de la población.

Un conspicuo unitario, actor en aquellos sucesos, ha dicho con sinceridad: "¿Era que el general Lavalle, profundamente impresionado por sus recuerdos de 10 años atrás, en que, al mando de fuerzas bien disciplinadas, había sido vencido por montoneras; eran esos recuerdos los que lo habían inducido a cambiar de táctica y plan de operaciones, en su cruzada de 1840 contra Rosas? ¿El caudillo desgreñado y demasiado indulgente con los suyos, había reemplazado en él al hombre de orden severo de otros tiempos? Pienso que sí; y, singular coincidencia! en Rosas se había operado el mismo cambio pero en sentido inverso: de montonero que había sido en 1831, habíase vuelto militar serio en los días a que asistíamos. La organización y movimiento de sus fuerzas eran ahora correctas, prevaleciendo en ello marcada predilección por las armas de infantería y caballería. Rosas había, pues, adelantado alguna cosa en los años transcurridos." (112) El testimonio es precioso, porque proviene nada menos que del secretario militar de Lamadrid. Y otro unitario indudable, el doctor Andrés Lamas, se veía forzado a declarar: (113) "El dic-

(111) Elía, *loc. cit.*, XI, 391.

(112) B. Villafañe, *Reminiscencias*, 161.

(113) A. Lamas, *Escritos políticos*.

tador Rosas ha verificado un cambio profundo en la guerra de estos países; él ha comprendido la superioridad incontestable de las tropas regladas y de la guerra regular; y aunque incapaz de hacerla por sí mismo, ha tenido el buen sentido de intentarlo por todos los medios que han estado a su alcance.”

Efectivamente, los ejércitos de la confederación se distinguieron por su disciplina y por la pericia militar con que fueron mandados. El general Pacheco era un militar de escuela, y un brillante oficial de San Martín: “Fué clarísimo e infatigable en formar y mantener todas las clases del ejército fieles y escrupulosas observadoras de las ordenanzas, castigando inflexiblemente toda contravención, sin que entibiasen su celo jamás, ni la amistad, ni los respetos humanos, ni los demás secretos que debilitan la justicia, menos recta e imparcial que la suya. Este era el loable objeto de su vigilancia, de sus afanes y desvelos, y en virtud de él se le vió siempre incansable en el bufete, expidiendo las órdenes concernientes, para dar a los negocios el mayor impulso; corría como el relámpago a toda hora por los cuarteles, por el campo de instrucción, por los hospitales, por los laboratorios, y demás oficinas del ejército, hasta mirar por sus ojos el *rancho* y comida de los soldados; en una palabra, trató y consiguió con su ejemplo y doctrina formar de todo su ejército un modelo de subordinación, disciplina militar, honor, valor, y amor al orden, que le eternizarán en la memoria de los pueblos respeto y gratitud.” Ese testimonio de un militar imparcial demuestra que, entre los jefes al servicio del gobierno de Rosas, eran otros los métodos y los sistemas que los que imperaban en las filas invasoras. Y eran muchos los jefes federales de esas condiciones: “Quesada, (Juan Isidro) como Pacheco, Mansilla, Rolón, Ravelo, Corvalán y tantos otros, que fueron bravos guerreros de la in-

dependencia — ha dicho un militar argentino (114) — sirvió al gobierno de Rosas, nada más que cumpliendo su deber como militar, sin que su nombre haya sufrido en lo más mínimo, siendo siempre soldado caballeresco y honrado, como lo fuera en los tiempos de la independencia, a cuyos grandes y gloriosos recuerdos asoció su nombre.” El contraste, pues, se acentúa entre las tropas regulares de la confederación, y “las montoneras ciudadanas” de la invasión unitaria.

Ese mismo contraste explica la verdadera causa del fracaso de la invasión, del vacío que la rodeó, y de la tempestad de reacción que provocó. Lavalle se dió cuenta de los hechos, del fracaso, del vacío, de la reacción, pero sin atinar con la causa que los producía: apenas se convenció de lo que pasaba, comprendió que no le quedaba más papel que retirarse. Esa fué la verdadera razón de la retirada de Merlo, sin obedecer a plan estratégico alguno, y condenándose a llevar la existencia obscura de la montonera. Creyó Lavalle que su presencia a las puertas de la ciudad bastaría para producir la caída de Rosas; cuando se convenció de su engaño, “nuevo Coriolano”, — dice un escritor unitario, (115) — la rabia y el despecho se apoderaron de él; volvió la espalda a sus esperanzas, y, bajo el pretexto de perseguir a Juan Pablo López, que amenazaba su retaguardia, se encaminó hacia el interior del país, esperando de lo desconocido una reparación cualquiera de sus esfuerzos burlados. La licencia de su tropa en ese retroceso fué espantosa.”

(114) J. M. Espora, *Enciclopedia Militar*, III.

(115) B. Villafañe, *Reminiscencias*, 162.

V

LA CRUZADA LIBERTADORA

¿ Cuáles fueron las consecuencias inmediatas de la desastrosa retirada ?

En primer lugar, desacreditar la causa defendida, desanimar a los partidarios, y concluir por desautorizarse ante sus aliados. Lo que se había iniciado como “cruzada libertadora”, degeneraba en simple y obscura guerra de montonera, sin honor, sin gloria y sin esperanza de éxito.

El gobierno francés debía aprovechar con ansia ese pretexto para desligarse de un connubio incómodo, y del que ya se había apercebido el gabinete de Luis Felipe:— “Hay peligro y peligro eminente — decía en febrero de aquel año el mariscal Soult (116) — en perseverar con aliados tales como los que nos ha dado la fuerza de las cosas, en un sistema que conduce a alargar incesantemente el círculo de las complicaciones y que amenaza arrastrarnos más lejos de lo que convendría”. De ahí que fuera enviado el almirante Dupotet para refrenar

el celo excesivo de Martigny, y que se resolviera, por último, reemplazar a éste por Mackau.

Rosas conocía todos los secretos de la política de las Tullerías, respecto del Río de la Plata, gracias a las indiscreciones intencionadas del ministro inglés Mandeville. Esperaba, pues, el momento oportuno para entablar una negociación de cuyo éxito no podía dudar, porque el papel de la Francia en la contienda tomaba ya tintes subidos de ridículo, además de que le costaba erogaciones que pesaban excesivamente sobre su tesoro. Sabía que en momento alguno el bloqueo asumiría los caracteres de un desembarco armado, porque jamás se enviaron tropas con ese objeto: bastaba para impedirlo la actitud inequívoca de Inglaterra, cuyos intereses comerciales no le permitirían tolerar cosa semejante.

La invasión de Lavalle, fomentada por Martigny, cuando ya presentía éste su inevitable retiro, y sabía que Mackau estaba en viaje, tuvo por objeto tentar un esfuerzo desesperado, para que, a la llegada del nuevo enviado francés, la alianza tuviera el sello irrevocable del éxito, encontrando a Lavalle en Buenos Aires. Nada economizó Martigny en ese sentido, y Dupotet, aun cuando con repugnancia, dejó hacer. Eso explica por qué, cuando llegó a Montevideo el día 12 de septiembre la noticia del desembarque de Lavalle en San Pedro, "en el acto las músicas se lanzaron a la calle, y se dispersaron cohetes, y echaron a vuelo las campanas; durando esas ruidosas manifestaciones toda la noche." (117) Se trataba de impresionar a los franceses, sobre todo a Dupotet.

Las instrucciones que tenía aquel almirante y que conocía Martigny, le vedaban emplear fuerzas francesas en operación de desembarco; el sonado pedido de La-

(117) Carta de Alajó, *Montevideo*, agosto 13. Hoja suelta.

valle era, pues, inútil, y sólo tenía probabilidad de éxito si, a favor del entusiasmo bullanguero de sus amigos de Montevideo, y de los empeños desesperados de Martigny, — que deseaba concluir la cuestión favorablemente para su política, antes de que llegara Mackau y resultara desautorizado, — se obtenía que Dupotet extralimitara sus instrucciones. Esto, lo hemos visto, estuvo a punto de suceder.

La retirada de Lavalle desbarató todo. Martigny se vió perdido. Dupotet recobró su serenidad, y cuando, a fines del mismo mes de septiembre, arribó a Montevideo el barón de Mackau, ya no se podía dudar de que se entablaría y realizaría una negociación con Rosas. Y veremos oportunamente con cuánta habilidad supo Rosas sacar partido de la situación favorable que se le presentaba.

La retirada de Merlo fué, pues, decisiva para la causa unitaria. De rechazo vino a consolidar la posición de Rosas, a mostrar la seriedad de su gobierno, su organización militar y el apoyo que tenía en la opinión.

VI

LA SITUACION DE ROSAS

¿Cuál era la situación de la ciudad de Buenos Aires, en los días que precedieron y siguieron a la retirada de Lavalle? “Nunca Rosas se había encontrado en situación más apurada, — declara un escritor unitario. (118) — La Francia bloqueaba sus puertos; las provincias se habían alzado contra él; el general Paz, en Corrientes, organizaba un ejército. El Estado Oriental se preparaba para atacarlo; sus ejércitos, completamente desmoralizados en el interior, huían ante los libertadores. El mismo López, que desde lejos seguía la retaguardia de Lavalle, era tan impotente, que habiendo atacado por tres veces a San Pedro, donde habían quedado los enfermos del ejército, fué rechazado en todas por la escasa fuerza que lo custodiaba. Y Lavalle, en estas circunstancias, no tenía más que estirar el brazo para tocar con su lanza las puertas de Buenos Aires!”

La ciudad había sido, desde los comienzos de la revolución de la independencia, el baluarte del partido unitario; en ella contaba con sus más ardientes partida-

(118) Magariños Cervantes, *Estudios históricos*, 167.

rios; fuera de ella, las masas le eran hostiles. ¿Era, pues, extraordinaria la efervescencia? Nada de eso: mientras Lavalle permaneció en Merlo, nadie se movió de la ciudad, ni ésta se conmovió en lo más mínimo. Todas las clases sociales, las familias de ambos bandos, estaban cansadas de revueltas y no ambicionaban sino orden y tranquilidad. Nadie creyó en el éxito de la intentona unitaria; los amigos de Lavalle deploraron en silencio la obcecación de los emigrados; todos se lamentaban por los desastres que veían venir. Pero la vida ordinaria no se interrumpió; la fisonomía de la ciudad fué la misma de antes. Y, curioso es reconocerlo, la misma retirada de Lavalle tampoco la modificó: ni los federales se exaltaron al principio por ello, ni los antiguos unitarios dieron señales de sentimiento extraordinario.

¿Quiere esto decir que en la metrópoli porteña, en la cuna y regazo del partido unitario, no existían ya personas que simpatizaran con aquella causa? Sin duda, el simpatizar con las doctrinas unitarias está muy distante de implicar aprobación por la manera cómo los “próceres” las querían realizar, y menos invadiendo el propio país como aliados del extranjero. Además, los unitarios más exaltados no se encontraban ya en Buenos Aires porque habían emigrado sucesivamente, unos por haberse comprometido demasiado, otros por moda, pues el carácter de proscrito tenía un cierto tinte de romanticismo byroniano. Por último, entre los unitarios que habían permanecido en sus casas, hay que tener en cuenta que se realizaba un fenómeno conocido: “En la mayor parte de los hombres — observa Taine — la distancia entre la convicción y la acción es grande; las costumbres adquiridas, la pereza, el temor y el egoísmo, ocupan el espacio intermedio. En el momento de marchar, se siente la gente llena de inquietud, se ve que el camino a seguir es bastante peligroso y obscuro: se

titubea, se demora, se teme comprometerse demasiado, ir demasiado lejos. Aquel que ha contribuído con facilidad con su palabra, lo hace menos con su dinero; tal otro, que abre su bolsa, no está dispuesto a ofrecer su persona..." Añádase a todo esto el cansancio inmenso, general en todas las clases sociales, y se comprenderá por qué la intentona descabellada de Lavalle, fuera de la gente del pueblo — *carne de cañón* — que es la víctima de toda clase de "libertadores", no encontrará eco en la masa de la población, y provocara más bien disgusto en las clases ilustradas.

...Había en el puerto, en razón del bloqueo, sólo buques de guerra extranjeros. Los franceses tenían las corbetas *Perle*, *Triomphante*, *Alcméne*; los bergantines *D'Assas*, *Cassard* y *Vigilant*. Los ingleses, las fragatas *Caraçoa*, *Acteon*, y el bergantín *Clio*. Los norteamericanos, la corbeta *Decatur*. Los brasileros, la *29 de Agosto*. La población concurría a la alameda a presenciar aquel espectáculo singular.

Nadie hubiera dicho que un ejército invasor estaba a las puertas de la ciudad, y que una escuadra enemiga dominaba a la plaza con el fuego de su artillería.

La Colecturía se ocupaba en avisar tranquilamente al público que desde el 14 de septiembre se empezaría a cobrar la contribución directa del año anterior, 1839, y concedía para su pago un plazo prudencial de 30 días. El Crédito Público, por intermedio de don Juan Bautista Peña, anunciaba que el día 12 tendría lugar la amortización normal de los fondos públicos. Los tribunales proseguían imperturbables su tarea ordinaria: el juez de 1ª instancia, doctor Bernardo Pereda, citaba a los acreedores de Pastor Montt, a la secretaría de Izarrualde; el juez doctor Campana fallaba el asunto Fragueyro *versus* Navas, por la oficina de López; el Consulado — tribunal de comercio, — por medio de su

escribano Ortiz, llamaba a verificación de créditos en el concurso de Orma.

Los particulares se ocupaban de sus asuntos, como si nada extraordinario sucediese. En esos días, en lugar de aumentar los avisos de venta de fincas, se hacen notar los de compra de las mismas: alguno desea adquirir una quinta que no diste 20 cuadras de la plaza Victoria; otro quiere una casa en el barrio del alto, cuyo valor no exceda de 10.000 pesos; otro clama por alquilar una casa en sitio regular, por 250 pesos mensuales. Hasta hay uno que anuncia su intención de comprar una criada de buena conducta, siempre que el desembolso no pase de 1.500 pesos.

Los hacendados, a pesar del estado singular de la campaña, no modifican tampoco sus negocios. Don Pedro Sheridan sigue ofreciendo sus capones gordos en la calle Victoria; don Alejandro Noble los vende en su quinta de la Boca. Las entradas de la tablada eran numerosas: habían disminuído las de la tablada norte, pero aumentado los de la tablada sud, por razones obvias. Pero es el hecho que el mismo día 7 de septiembre — cuando dió principio Lavalle a su retirada de Merlo — entraron a la tablada 260 cabezas vacunas para abasto, procedentes de Lobos, y 160 de Arrecifes; no mencionamos las de Flores, Matanzas, etc. El día 8, desde Luján, — nótese bien que elegimos a designio los partidos rurales más afectados por la invasión, — entraron 152 cabezas; de Morón. Cañuelas, y otros puntos, varias tropas. Cualquiera habría creído que por lo menos hubiera debido interrumpirse el tráfico de haciendas...

Los negocios generales tampoco ofrecen particularidad. Unicamente los usureros parecen olfatear que ha llegado su momento: llueven las ofertas de dinero a rédito; hay un famoso escritorio en la calle de la Paz, que se distingue por sus avisos tentadores. Los escribanos también

multiplican sus ofertas de “dinero perteneciente a menores y viudas pupilares”, a fin de colocarlo sobre hipoteca; una cierta oficina en la calle Federación dice tener “cualquier cantidad”.

La gente parece preocuparse de los asuntos más triviales; uno ofrece por los periódicos gratificaciones a quien le encuentre un loro verde, extraviado el martes 8; otra familia muy conocida ruega devuelvan “una bata de muselina color caña, envuelta en un pañuelo de seda color oro”, que acababa de perder.

La Sala de Comercio se aflige porque sus socios se llevan los periódicos y no los devuelven: elige esos días para pedir por los diarios que entreguen los números atrasados del *Athenoœum*, *Mirror*, *Literary Gazette*, *Le Temps* y *Gazette de France*.

La librería de Ortiz juzga el momento propicio para anunciar un nuevo surtido — recibido probablemente por contrabando — de novelas escogidas, y es curioso darse cuenta de las preferencias literarias de la época: *El italiano o el confesionario de los penitentes negros*, parece ser un título popular, como también: *La Galatea o la escuela de Blenidoleig*; mientras que se adivinan los lectores sentimentales de la *Historia galante de un joven siciliano*. El gusto romántico de la época se revela hasta en los menores detalles. La *Gaceta Mercantil* acostumbraba publicar pequeñas novelas y ¿cuál es la que entonces eligió? Una titulada *El Barón de Grogzwig*, que es un colmo de romanticismo exagerado.

La Aduana, no teniendo quizá otra cosa mejor en que ocuparse a causa de la inacción forzada a que la reducía el bloqueo, resolvió esos días vender rezagos. Y entre rollos de tabaco negro, — el vicio favorito de nuestros abuelos, — sombreros de paja y otros artículos, saca a la venta los 20 tomos de un *Viaje al Congo*. Forzando el bloqueo, algo se recibía, pues la sombrerería de lo

de Gutiérrez ofrece una partida de felpas, "recién introducidas"; y en la acera del teatro se ostentaban ciertos elegantes sombreros de paja de Italia.

Los teatros tampoco parecen apercibirse de la gravedad de la situación. El teatro Argentino daba la comedia *Marcela* o *El Amor por el tejado*; el de la Victoria, la tragedia *El duque de Viseo*; el circo Olímpico, en el jardín del Retiro, repetía sus funciones de volantes, en las que hacían las delicias del público grueso la Manuela Donado, que bailaba el *gato* a la perfección; la Catalina Manzanares, que lo enloquecía con la *media caña*, y el *mitripili*; Gervasio Macías bailaba el *minuet provinciano*, y Segundo Laguna descollaba en el *gato* con zapateo: era, pues, el reinado del criollismo de *Juan Moreira*, sin mezcla alguna. Como se ve, la comisión creada por la ley de agosto 23 de 1837 para revisar los espectáculos teatrales, no estaba ociosa en los días críticos de septiembre de 1840.

¿De qué se ocupaban los diarios durante aquellos días? El que los lea sin darse cuenta de lo que pasaba fuera de la ciudad, no sospecharía nada anormal. Traen sendos artículos sobre temas de un interés "sorprendente": se ocupan de la actitud de O'Connell en presencia del bill Stanley; de la situación de Mehemet Alí, en Egipto; de la agitación liberal de Gronniguen contra el gobierno holandés; del Código Penal otomano; de la muerte de Paganini... Las oficinas públicas, como si nada pasara: Luca, el administrador de Correos, llama tranquilamente a los maestros de postas de la provincia "para ser satisfechos de sus alcances"; y la Biblioteca Pública no encuentra nada más oportuno que ofrecer por los diarios comprar la *Retórica Epistolar* del presbítero Márquez.

¿Se sintieron los efectos de la invasión en la carestía de los artículos de primera necesidad? El trigo, por

ejemplo, que el día 6 se vendía a 90 pesos la fanega, llegó a 107 el 10, pero el 15 baja a 88, y el 26 a 70. “En Buenos Aires ha bajado todo, — escribía un contemporáneo (119)—, tanto que el azúcar blanco está a 5 pesos, y la yerba a 9 pesos, y en proporción todos los demás renglones; la sal, de 500 pesos ha bajado a 200.”

El comercio terrestre no se había interrumpido: en esos mismos días los comisionistas enviaban y recibían tropas de carretas y arrias de mulas; don Gervasio Castro despachaba sus tropas de arrias para San Juan; Alcorta y Morón, para Mendoza; Manuel J. Molina fletaba tropa de carretas para Córdoba, y llamaba a “las personas que quieran cargar o ir de pasaje”. Asombra tal indiferencia: ¡Lamadrid estaba en Córdoba, y Lavalle interceptaba el camino!

Lo único que puede traicionar lo anormal del momento, eran los avisos ordenando la renovación de las papeletas; y el reiterado ofrecimiento de divisas “anchas y angostas, en cintas de aguas y de listón, desde 2 reales hasta 5 pesos”, en cuya confección se distinguía una conocida litografía de la calle Representantes. En cambio, un jardinero ponía grandes avisos ofreciendo “jazmines de Venus”, por más que se pretenda que Venus es frígida cuando Marte se enardece; y monsieur Mulin — un Moussion *avant la lettre* — anuncia que une a sus habilidades profesionales, la de “zurcir museлина y velos, haciéndoles el punto”.

Es curioso darse cuenta de cómo podía marchar el gobierno, en medio de la situación afligente en que lo ponía el bloqueo, por un lado, y el peligro súbito en que lo colocaba la invasión, por el otro. El nervio de la guerra es el dinero, y justamente las rentas fiscales estaban reducidas entonces a su mínima expresión. La aduana

(119) J. M. Flores a Lagos, Santos Lugares, agosto 26, M. S.

tenía en sus arcas... 96 pesos en metálico, y por derechos a lo que podía entrar forzando el bloqueo, 807.764 pesos papel, en letras, de los cuales apenas se cobraron 25.318. Se había recurrido a vender tierra pública, para procurar fondos al tesoro, y aquel mes de septiembre lo único que ingresó fué 24.526 pesos. Con esas pequeñas cantidades hubo que hacer frente a 1.504.698 pesos de gastos, de los cuales la guerra sólo absorbió 905.761. Y el déficit de septiembre se unía a una serie consecutiva de déficits provenientes de los meses anteriores, y sería seguido de otra serie, de los meses subsiguientes. Para saldarlo se recurrió primero a la deuda clasificada, pero ésta ascendía ya entonces a 1.597.473 pesos; se echó mano enseguida de las emisiones sucesivas de billetes de tesorería, mas éstos llegaban a 4.385.600 pesos; por último, para remediar la situación, habiendo agotado ya todas las economías que podían humanamente practicarse — hasta el punto que los hospitales se sostenían con donativos particulares, y de los que se daba cuenta por los diarios, — fué menester apelar a las prensas de la Casa de Moneda, y pedir a la honorabilidad de una junta compuesta por Bernabé de Escalada, Miguel de Riglos, Cazón, Alsina, Martínez y otros, que aumentaran los billetes moneda corriente hasta llegar, a fines de septiembre, a la cifra de 42 millones! Debido a eso, podían pagarse los empleados y no se sentía tanto la escasez.

VI

LA INVASION AL INTERIOR

Entre tanto, Lavalle se dirigía precipitadamente en dirección a San Pedro, sitiado por el gobernador santafecino López. Los estancieros unitarios, que habían cometido la imprudencia de quemar sus naves y declararse por la invasión, arrastrando algunos sus peonadas, estaban aterrorizados ante el fiasco. La mayor parte de ellos habían tenido el presentimiento de “la desacordada aventura de aquel hombre, a quien Echeverría llamó *espada sin cabeza*”, que venía a realizar un movimiento de hecho, visiblemente impotente; pero estaban condenados, como todos los hombres inteligentes de su generación, a ser cómplices de los errores de aquellos hombres que levantaban la bandera azul y presentaban el pecho a las lanzas con banderola roja. Los vecinos de los departamentos de campaña ocupados por las armas *liberadoras* no podían huir de entre ellos; eso habría equivalido a pasarse a las filas del déspota, porque la situación no tenía término medio, y la alternativa era forzosa y fatal.” (120) Así se expresa otro unitario de

(120) J. M. Gutiérrez. *Vida de Echeverría*, 72.

nota, que no puede menos que reconocer a renglón seguido que “la aparición de Lavalle en la provincia de Buenos Aires fué rápida y funesta como la de un fantasma”. El éxodo fué violentísimo: los que podían seguir las huestes que se retiraban; los otros ganaban la costa para emigrar, y abandonaban todo en el desastre.

Mientras tanto, la concentración de las fuerzas federales en el norte de la provincia de Buenos Aires, seguía efectuándose con método, aun cuando lentamente. El gobernador santafecino López había puesto sitio a la ciudad de San Pedro, esperando la incorporación de Oribe, que se había desprendido del ejército de Echagüe. Pacheco continuaba reuniendo y disciplinando las milicias; y los jefes tibios — en vista del fiasco de Lavalle — desplegaban ahora un celo singular: el coronel Lagos, cuya oportuna enfermedad (121) lo había paralizado desde que Lavalle invadió, apenas inicia éste su retirada, recobra súbitamente la salud y comienza a reunir con actividad toda la gente que puede. Y habiéndole Rosas manifestado su extrañeza por tan singular inacción, se apresura a contestar para protestarse de “su sentimiento porque, hallándose inutilizado, no ha podido acreditar su decisión”, y concluye diciendo que “ni el estado de su salud algo decadente por ahora será un obstáculo a sus esfuerzos”. (122) Ya Lavalle había iniciado la retirada: los dados estaban tirados.

Lagos, para acreditar su celo, atribuye al odio a los santafecinos la resistencia de San Pedro, mientras que en realidad lo que hubo fué un *quid-pro-quo* cómico.

(121) Lagos a Pacheco. *Rojas, agosto 14. M. S.* “Ha empeorado el estado de mi brazo enfermo, y se me ha agravado otra dolencia que hacía muchos días empecé a sentir”. “Todavía no puedo casi escribir”. Lagos a Pacheco. *Pergamino, septiembre 2. M. S.*

(122) Ramos a Lagos. *Santos Lugares, septiembre 21. M. S.*

Lavalle había dejado de comandante militar de San Pedro a Camelino (123), a fin de asegurar aquel punto de comunicación con la escuadra francesa y Montevideo. Como era pública voz en el partido unitario que Lagos y Borda estaban convenidos en pasarse, habiéndolo efectuado éste último, sucedió que, al presentarse en agosto 30 el mismo Lagos, con una escolta de 30 hombres, ante San Pedro, Camelino lo consideró como de los suyos. Lagos refiere el incidente de una manera original: — “Anteayer, — dice (124) — muy de mañana, estuve sobre aquel pueblo de San Pedro e intimé a la autoridad que hubiese que saliera a recibir mis órdenes; se prestaron a ello de un modo muy franco y con confianza; pero al tiempo de verificarlo, lo rehusé yo, porque se me indicó por conducto de un oficial de allí que no podían alterar las órdenes que les había dejado Lavalle, pero que irían donde yo les llamara, bajo la palabra de honor, y me retiré con los 30 hombres que me acompañaban.” ¿Qué explicación tiene ese hecho? Fué voz corriente que Lagos venía pasado, con escolta, a ponerse al frente de las fuerzas unitarias reunidas en San Pedro, suponiendo vencedor a Lavalle y en vísperas de penetrar en la ciudad. Pero se encuentra con la sorpresa del general J. P. López, y, dudando de cómo estaban las cosas, opta prudentemente por mantenerse a la expectativa en situación equívoca. (125) Por eso decía entonces Lavalle con razón: “Lagos anda titubeando”. (126)

Lo curioso del caso es que la actitud de López era también sospechosa: todos parecían entregarse a un doble

(123) Orden del día de Lavalle. *San Pedro, agosto 10. M. S.*

(124) Lagos a Pacheco, *Pergamino, septiembre 2. M. S.*

(125) Carta de *Alajó*, desde Montevideo. (*Hoja suelta impresa*).

(126) Lavalle a Soto. *Cañada de la Paja, septiembre 4. M. S.*

juego en el primer momento, mientras las probabilidades favorecían a Lavalle. La verdad es que López se eternizaba en el sitio de San Pedro, y se susurraba que estaba ganando tiempo a la espera de un triunfo decisivo de Lavalle, para definir su actitud. Así, habiéndole solicitado Pacheco que lo auxiliara con un batallón de infantería, de cuya arma carecía en absoluto, resuelve López enviar su mejor cuerpo, el “Defensores de la independencia” con una pieza, de guarnición a San Nicolás, sabiendo que con esa medida reducía casi a la impotencia a Pacheco: “Si V. S. hubiese tenido consigo ese batallón — le decía Rosas en esos mismos días (127) — no estarían los salvajes unitarios donde se encuentran”. Y esa actitud de López era tanto más significativa, cuanto que Rosas acababa de escribirle: “Pacheco está con su ejército ocupando la vanguardia, y ha rendido con la división benemérita de su mando un servicio de la más alta importancia, porque no ha perdido de vista ni un momento al enemigo; chocándolo, cuando debió hacerlo, con el fin de entretener sus marchas, como consiguió, y trayéndolo siempre incomodado, tiroteándolo, empujando sus partidas para que no tomasen más extensión”. (128) ¡Y López le niega un auxilio decisivo! Con razón pareció inexplicable su conducta.

López, con su división, se había situado en la costa del Espinillo, y sus partidas interceptaban las salidas del pueblo, “en términos que la guarnición está en alarma permanente día y noche”. (129) Los víveres escaseaban, y San Pedro desbordaba de familias refugiadas de los campos vecinos, y que huían de la soldadesca santafeci-

(127) Ramos a Pacheco. *Santos Lugares*, agosto 24. M. S.

(128) Rosas a López. *Santos Lugares*, agosto 26. M. S.

(129) Camelino a Lavalle. *San Pedro*, septiembre 10. M. S.

na: la escuadra francesa tenía que auxiliarlos con víveres y efectos. El intendente de la invasión, que estaba a bordo de la escuadra, no descuidaba la defensa: “Le mando con el patrón de la ballenera — escribía a Camelino (130) — 800 cartuchos de tercerola y con Bone le he mandado 200, lo que hacen 1.000 tiros. Es preciso economizar las municiones mucho. Le remito igualmente una caja de tercerolas, que le encargo ponga en buenas manos. No será demasiado toda y cualquiera precaución que Vd. tome contra las tentativas de *Mascarilla*”.

Los oficiales franceses experimentaron especial fastidio por el sitio, pues, sin duda para entretener sus ocios, sus buques habían principiado a ocuparse en cargar toda clase de “frutos del país”, pagando una bicocha a los paisanos que les llevaban cuero, sebo, cerda, cenizas y demás artículos, los que eran tanto más abundantes cuanto que no se necesitaban guías para justificar su propiedad, y se carneaba todo lo que se encontraba a mano. Los jefes unitarios apoyaban aquel singular comercio, “pues, es preciso — decía Camelino (131) — entusiasmar estas buenas gentes de modo que siempre estén adictos al ejército libertador; de no hacerlo así, los ánimos decaen, la confianza se aminora, y todas las ventajas que podríamos sacar de ellas quedan nulas”. Ya se ve que hasta los correctos marinos franceses sabían hermanar el *utile cum dulci*, probablemente contagiados por lo que el general Paz designa como “la universal corrupción de Montevideo”.

Camelino, entre tanto, no tenía más que 200 soldados; su fuerza militar se componía de una compañía de caballería, 40 hombres, al mando del capitán Ramón Qui-

(130) S. M. del Carril a Camelino. *Sin fecha*. M. S.

(131) Camelino a Lavalle. *San Pedro*, septiembre 10. M. S.

roga, hijo del general; la infantería tenía 58 plazas; el piquete de veteranos, 13 hombres, la policía, 40; la reserva, 60. (132) A pesar de ello, defendió vivamente la población: distribuyó la gente en cantones, situándolos en las azoteas, a las órdenes de Morales y de un oficial Miyeres, que se había pasado de las fuerzas de Garretón, con 10 hombres, (133) hecho insignificante que había sin embargo arrancado a Lavalle estas palabras hiperbólicas: “Este suceso brillante es un agüero seguro de las glorias que nos esperan. Con semejantes hombres, tendremos patria, tendremos libertad”. (134) En uno de los encuentros, un capitán Rodríguez, al frente de un piquete sitiador, entró al pueblo cubriéndose con bandera blanca; pero, escarmentado Camelino con el fiasco de Lagos y temeroso de que fuera aquello un ardid de guerra, ordenó su fusilamiento.

Lavalle se acercaba ya: López había recibido el correspondiente aviso, y no teniendo fuerzas suficientes para resistirle, resuelve levantar el sitio el día 9, a la tarde, y acampa en las chacras de Fiyingo. Además, había recibido un falso aviso de que Oroño, unido con el cacique Baigorria, se habían avistado a las inmediaciones del Pergamino. (135) López comienza entonces a desplegar una hábil táctica gauchesca: amagaba dejarse sorprender; Lavalle se precipitaba sobre él, y, en el momento crítico, el caudillo santafecino se le escurría de las manos. “*Máscara* se nos ha escapado milagrosamente — escribe Lavalle (136)—; estaba entregado al más completo descuido, casi a caballo suelto, y yo a dos le-

(132) Camelino a Lavalle. *San Pedro*, agosto 17. M. S.

(133) Zinny. *Historia de los gobernadores*. I. 107.

(134) Lavalle a Camelino. *En marcha*, agosto 29. M. S.

(135) Camelino a Lavalle. *San Pedro*, septiembre 10. M. S.

(136) Lavalle a Camelino. *Estancia de Linares*, septiembre 11. M. S.

guas de distancia, marchando sobre él, y con los conocimientos que me daba un hombre que hacía media hora había salido de su campo. *Máscara* salió de galope” Así lo fué llevando López, poco a poco, hasta los confines de la provincia. Lavalle se enardecía en su persecución. “El ejército — escribía (137) — no puede continuar la lucha sobre Buenos Aires, sin destruir primero a *Máscara*; vea, sino, la situación en que nos ha puesto”. Comenzaba, pues, a darse cuenta de lo ridículo de su posición.

De ahí que le dijera Varela (138) con razón: “¿Qué puede Vd. buscar ni hallar en Santa Fe, que justifique el abandono de Buenos Aires? Entre tanto, Rosas ha obtenido un triunfo señalado con su ausencia de Vd. de la Capital. Los pueblos de la campaña, que se habían pronunciado por el ejército, y que se ven abandonados antes de un mes, han quedado desiertos, y Rosas tala las moradas de los que mostraron simpatías por los libertadores.” Por supuesto, la retirada de Lavalle hacía imposible continuar ocupando San Pedro. Era, sin embargo, la base de operaciones y un punto de comunicación que era menester sostener con esperanza de protección, o abandonarlo con seguridad. En el desconcierto general, Camelino perdió la cabeza: en lugar de aprovechar de la excepcional ventaja de la escuadra para despachar con ella toda boca inútil, en nada pensó, y evacuó el pueblo “con una precipitación y desorden indecibles, sin dejar una res de carne para la escuadra”. (139) El pánico fué tal que hizo correr la voz de que “el ejército federal venía degollando de edad

(137) Lavalle a Camelino. *Estancia de Linares, septiembre 11. M. S.*

(138) F. Varela a Lavalle. *Montevideo, octubre 4.*

(139) S. M. del Carril a Lavalle. *San Pedro, septiembre 14.*

de 7 años arriba", lo que produjo el saqueo de la población y su abandono por los habitantes. (140)

No solamente eso: Camelino arreó consigo a todas las familias que pudo, llevando 60 carretas cargadas, y el piquete de cívicos. Lavalle entonces le ordena que "fuere sus marchas a todo andar", pero se ve obligado a demorar la retirada del ejército para no alejarse demasiado de aquella columna: — "Esta demora — le dice (141) — es muy perjudicial, pues podrían perderse las ventajas conseguidas". Y eso que Lavalle ignoraba la extensión de la grave imprudencia que cometía Camelino al arrear consigo a tantas familias inútiles. Cuando, semanas después y ya en territorio santafecino, se le incorporó aquel jefe con sus 60 carretas llenas de familias, Lavalle no pudo ocultar su disgusto, y le dijo: "Ha cometido Vd. una imprudencia, cuyas consecuencias no puede Vd. mismo calcular. Quiera el cielo no llegue un día en que esas carretas y esas familias sean causa de un desastre." (142) En efecto, puede decirse que fueron los innumerables convoyes de familias lo que hizo perder al ejército unitario su movilidad y produjo el descalabro del Quebracho Herrado.

Al retirarse de las aguas de San Pedro, la escuadra embarcó 300 heridos, conduciéndolos a Las Vacas. El capitán Balán, que mandaba los buques fletados por la intendencia, no quiso demorarse para tomar a bordo las familias que luego fueron tan fatales a Camelino, entorpeciendo sus marchas. (143)

El ejército unitario marchaba en dirección a Santa Fe en dos columnas: el grueso del mismo, mandado por Lavalle, se dirigió por la costa; y el resto, al mando del

(140) Urraco a Rosas. *San Pedro*, septiembre 16.

(141) Lavalle a Camelino. *Barrancas*, septiembre 21. M. S.

(142) Elía. *Memoria histórica*, X, 42.

(143) R. Lavalle, nota a Elía. *Memoria histórica*, IX, 133.

coronel Vilela, tomó por el centro. Mientras tanto, Oribe, con su división oriental, había sido destacado del ejército de Echagüe, y había pasado el río en agosto 30, estando acampado en San Nicolás con 700 jinetes y 300 infantes. Lavalle se dirige a sitiar aquel punto; Oribe lo evacúa con su caballería y se incorpora a López: en septiembre 17, López y Oribe se encontraban acampados en el Saladillo, cerca del Rosario, mientras Lavalle estaba en Cerrillos. (144) San Nicolás resistió victoriosamente al sitio, que Lavalle se apresuró a levantar.

Mientras tanto, Pacheco procedía metódicamente en la organización de su ejército. La evolución de Lavalle lo obligaba a concentrar sus divisiones y prepararlas para una campaña seria. Las tropas a sus órdenes eran, hasta entonces, simples milicias adventicias, pues todos los cuerpos veteranos estaban concentrados a las órdenes de Rosas, o por éste destacados en diversos puntos. De ahí que sus fuerzas fueran informes, habiendo muchos reclutas sin armas y muchos también inútiles, con escasez de caballos, pues todos los del norte, que habían escapado a la formidable *razzia* de Lavalle, habían sido recogidos para Rosas, por Lagos y Lamela.

La falta de caballos dificultaba en extremo las marchas de Pacheco. Lamela había desplegado un celo extraordinario en la comisión que le confiara Rosas: en septiembre 17 le remite todavía 700 caballos, dejándolo montado para su cuerpo de 200 hombres: (145) Pacheco reclama porque lo dejan a pie: Rosas ordena entonces a Lamela y a los jueces de paz del norte que le envíen todos los caballos que recojan, y le ordena que

(144) J. A. Garretón a J. F. Olleros. *San Nicolás, septiembre 17. M. S.*

(145) Ramos a Lamela. *Santos Lugares, septiembre 17. M. S.*

“para hacerse de todos los caballos, no se reserven ni los montados a individuos no pertenecientes al ejército.” (146) Y en carta particular, le agrega: “Respecto de los caballos, como ya te indiqué, he prevenido a los jueces de paz del norte hasta Lobos, que todos los gordos que vayan recibiendo, te los vayan mandando. Igual número de los que te llevasen gordos, podrían traer los conductores, de los que ya convenga pasen a invernada. De este modo conservarías la dotación de las divisiones, sin perjuicio de las invernadas de ellas por Ramallo, o en los mejores campos por esa parte. Pero sobre esto también tú debes disponer lo que consideres más acertado. A mí lo que me parece es que por esta parte sólo debe conservarse una dotación abundante para ese ejército. Es decir, en poder de sus divisiones los necesarios, y en sus invernadas en los mejores pastos los otros, donde estén seguros, y que, engordando, sirvan para ir mudando aquéllos. En lo que sí estoy fijo es que no debe quedar, si posible es, ni un caballo en las estancias, chacras, etc., solamente los precisos en los juzgados para hacer correr los chasques, como me indicas, y para los demás objetos relativos al servicio puramente militar. Es decir que considero conveniente que todas las caballadas estén en poder de los diferentes cuerpos del ejército, y en sus invernadas, de modo que nunca puedan servir al enemigo, y que durante la guerra y hasta su terminación así continúe” (147).

Resuelta esa importante cuestión, quedaba la del armamento. Pacheco reclamaba insistentemente de Rosas el envío de los necesarios pertrechos de guerra. Rosas se apresuraba a satisfacer ese deseo, y le remitía todo

(146) Ramos a Pacheco. *Santos Lugares, septiembre 25. M. S.*

(147) Rosas a Pacheco. *Morón, octubre 9. M. S.*

lo que solicitaba. "Puedes pedirme lo que necesites", le escribía (148).

Pacheco se dedicó entonces a disciplinar sus cuerpos. "No he perdido tiempo en la instrucción de estas milicias — escribía en septiembre 21 (149)—, con la ventaja ya de haberse vencido la repugnancia que se advertía en algunos cuerpos, a los ejercicios doctrinales. No me lisonjeo, sin embargo, que pueda establecerse una completa disciplina que en algunas proporciones estaba completamente abandonada de la cabeza a los pies. No obstante, seré tenaz a este respecto."

En aquellos momentos, Pacheco se encontraba a la cabeza de un ejército compuesto de 3000 jinetes, de pura caballería de milicia, con algunos escuadrones de carabineros. "Ocupaba la línea, desde el fortín de Areco hasta el Arroyo del Medio, donde llegaba la avanzada, y ésta seguía hasta la cola de la columna del enemigo, en proporción que vaya descubriendo la dirección de la columna principal." (150) A sus espaldas, tanto el ejército de Santos Lugares, como las divisiones volantes que dependían de aquél, ascendían a 6000 hombres.

El estado especial de las milicias que formaban el ejército de Pacheco, explica la razón de su actitud al perseguir a Lavalle en su retirada. Sin cuerpos veteranos, sin infantería y sin artillería, habría sido insensato querer impedir el paso al ejército unitario. Por eso Pacheco se desesperaba, solicitando de Rosas se le incorporaran tanto el regimiento número 3, que mandaba V. González, como los batallones de Costa y de Inostrosa, dejados en San Nicolás y Rosario, y suplica se le man-

(148) Rosas a Pacheco. *Morón, octubre 9. M. S.*

(149) Pacheco a J. P. López. *Arroyo de Burgos, septiembre 11. M. S.*

(150) Pacheco a J. P. López. *Arroyo de Burgos, septiembre 19. M. S.*

de una brigada de artillería. (151). La creciente del río Arrecifes impedía la pronta incorporación de González, y en cuanto a los cuerpos tropieza con la ingerencia de López.

El gobernador santafecino estaba empeñado en que Pacheco pasara el arroyo del Medio y pisara territorio de su mando. "Hasta hoy he fortificado los pueblos para salvarlos de los golpes de esos infames afrancesados — le escribía en septiembre 17 (152) — y he procurado contener sus marchas sin poder empeñar una acción por la superioridad de las fuerzas enemigas, y esta misma circunstancia me obliga a retirarme lentamente, esperando que V. S. acelere sus marchas siquiera con una columna de 2000 hombres de caballería, única fuerza que necesito para dar un golpe terrible y ejemplar." Justamente preocupado Pacheco con esa actitud de mando, que planteaba un problema militar gravísimo, el cual podía hacer peligrar la eficacia de la acción de Rosas, se dirige a éste consultándole el punto, pues, con arreglo al tratado del litoral, de 1831, que era ley suprema de la Confederación, apenas pasara a territorio santafecino López tendría derecho a reclamar el mando; el artículo 14 era terminante: "Las fuerzas terrestres o marítimas que se envíen en auxilio de la provincia invadida, deberán obrar con sujeción al gobierno de ésta mientras pisen su territorio". Lavalle acababa de atravesar el arroyo del Medio el 18 de septiembre, (153) y el caso era claro. Pacheco demora sus marchas y consulta si debe obedecer a López, pasar el Carcarañá, operar en Santa Fe y dejar descubierto a Bue-

(151) Pacheco a Rosas. *En Marcha*, septiembre 25. M. S.

(152) J. P. López a Pacheco. *Carcarañá*, septiembre 17. M. S.

(153) Laprida a B. González. *Las Hermanas*, septiembre 18. M. S.

nos Aires, siendo así que “Lavalle empuja las fuerzas de Santa Fe al otro lado del Carcarañá para volver tal vez sobre sus pasos, porque su cuerpo pesado lo ha dejado en el arroyo Pavón.” (154) Rosas, en presencia de la dificultad, elude la contestación directa, pero le dice: “Está V. S. facultado para proceder en todo según considere más conveniente o acertado, porque hace plena confianza de la capacidad de V. S., y porque, a tan larga distancia, no podrá darle órdenes terminantes, según las circunstancias y los sucesos que se desenvuelvan o tengan lugar”. (155)

Este conflicto inesperado vino a favorecer la situación de Lavalle, reduciendo a la impotencia a López, y deteniendo la marcha de Pacheco. Porque, si bien Lavalle llevaba un “arreo de 20.000 caballos, y esto embaraza las marchas y perjudica la conservación”, López estaba también con las caballadas muy atrasadas. (156) Eso es lo que explica cómo pudo Lavalle intentar y realizar con éxito el ataque y toma de Santa Fe, a pesar de la valiente defensa del coronel Garzón; y por qué no fué éste auxiliado oportunamente.

No quedaba ya en la provincia de Buenos Aires más que una división unitaria: la de Valdés y Villalba. Destacada del ejército al iniciarse la invasión, con el objeto de procurar la sublevación de las indias del sud y de lanzar las hordas salvajes sobre el gobierno que se quería derribar, no pudo convergir a tiempo al resolverse la retirada y se vió cortada del grueso de las tropas. Lavalle no tuvo más remedio que abandonarla a su suerte, esperando que se recostara al sud y se corrie-

(154) Pacheco a Rosas. *En marcha, septiembre 19. M. S.*

(155) Ramos a Pacheco. *Santos Lugares, septiembre 22. M. S.*

(156) Pacheco a Rosas. *En Marcha, septiembre 25. M. S.*

ra a la frontera de Santa Fe, buscando incorporarse a la división Vilela.

Valdés, gracias a los indios de Martín García que llevaba consigo, había logrado reunir algunas lanzas; pero su objeto estaba frustrado: los caciques no quisieron embarcarse en aventura alguna contra Rosas, cuyo prestigio en las tolderías estaba muy cimentado: ni Payné, ni Pichun, ni ningún cacique prestigioso de los ranqueles, quiso oír proposiciones; en cuanto a los caciques pampas, estaban recelosos por el reciente malón dado al Fuerte Mayo. (157) Se dirigía a Melincué buscando la incorporación con Lavalle: sólo lo seguían 100 hombres y llevaban 300 caballos. (158) Pacheco destaca en su persecución dos divisiones ligeras sobre el flanco izquierdo: una sobre Melincué, la otra por la India Muerta, pues en el Fuerte Federación quedaba la fuerza del mayor Plaza. Apenas conocida la poca importancia de las fuerzas de Valdés, resuelve Pacheco hacer replegarse las dos divisiones destacadas en su persecución, y abandonar ésta al mayor Plaza y a la guarnición del Fuerte Federación. (159)

Efectivamente, Valdés venía ya huyendo, y su propósito era el de evitar un encuentro. Pero Plaza lo sorprende el 30 de septiembre por la mañana, lo deshace y toma 74 prisioneros. (160) No escapó ni un hombre. La correspondencia tomada "demuestra que nada tenían conseguido de los indios ranqueles ni demás tribus enemigas, ni de ningún cuerpo del ejército de línea y milicias." (161)

(157) Rosas a Calderón. *Buenos Aires, junio 24. M. S.*

(158) Ramos a M. Rodríguez. *Santos Lugares, septiembre 25. M. S.*

(159) Pacheco a Rosas. *Pavón, octubre 1º. M. S.*

(160) Plaza a Rosas. *Cabeza de Buey, septiembre 30.*

(161) Ramos a Pacheco. *Santos Lugares, octubre 4. M. S.*

Mientras tanto, el coronel V. González estaba siempre detenido por la creciente: "El río de Arrecifes está crecido,—le escribía a Pacheco, (162) — el chasque lo ha pasado a nado; luego que el río dé paso seguiré mi marcha." Por otra parte, el mejor cuerpo de Pacheco lo tenía destacado en la vanguardia: el coronel Laprida, en efecto, mandaba unos 600 veteranos. (163)

El gobernador López no dejaba descansar a Pacheco: misiva tras misiva, las órdenes se repetían. Por fin, en septiembre 30 le escribe: (164) "El enemigo se halla en la chacra de Audino, a dos leguas de la capital, a ésta le han dado dos fuertes asaltos, en que se ha sostenido, pero hallándose escasos de municiones para una defensa de muchos días." Pacheco había reiterado sus consultas a Rosas: ya no era dable prolongar aquella situación equívoca. Rosas había reiterado su contestación: "lo faculta para proceder con plena libertad, según lo considere V. S. por más conveniente y acertado, y que, en su consecuencia, obre sin temor de errar, seguro que todo cuanto haga y disponga ha de ser siempre aprobado por S. E." (165)

Pacheco entonces penetra en Santa Fe, y se dirige a San Lorenzo, punto de reunión con las fuerzas de López y de Oribe, organizando su marcha en tres columnas paralelas, desde la frontera a la costa, con un cuerpo de vanguardia al frente, para poder abarcar la caba-

(162) V. González a Pacheco. *Arroyo del Contador*, septiembre 21. M. S.

(163) Laprida a B. González. *Las Hermanas*, septiembre 18. M. S. El cuerpo de Laprida se componía de: 1 coronel, 1 comandante, 5 mayores, 9 capitanes, 26 oficiales y 522 soldados.

(164) J. P. López a Pacheco. *Estancia de Crespo*, septiembre 30. M. S.

(165) Ramos a Pacheco. *Santos Lugares*, septiembre 26. M. S.

llada que hubiere quedado. (166) En octubre 5 atraviesa el Carcarañá, obedeciendo las órdenes de López.

Era tarde. Santa Fe caía en poder de Lavalle, obteniendo aquel triunfo solitario, debido tan sólo a la falta de unidad en la dirección de la guerra por parte de los ejércitos del gobierno.

(166) Pacheco a Rosas. *En marcha, octubre 4. M. S.*

VII

LA TOMA DE SANTA FE

Al pisar Lavalle el territorio santafecino, se le habían presentado dos temperamentos: o costear el Carcarañá, e internarse a Córdoba buscando su incorporación a Lamadrid, a quien sabía dueño de Tucumán, y adueñarse así del interior; o detenerse en el paso de Gorondona y retroceder, en vista de que el gobernador López (a) *Máscara* y el “presidente” Oribe habían cometido el error de reunir sus caballerías, dejando sus infanterías en Rosario y San Nicolás, y de que Pacheco avanzaba con lentitud, dando la última mano a la organización de sus milicias, con las que no arriesgaría un encuentro, a la espera de los refuerzos de tropa veterana que la lógica indicaba debían serle enviados de Santos Lugares. Optando por el mismo temperamento, la revolución se consolidaba, y se producía el levantamiento de todo el interior, pero venía el conflicto de mando con Lamadrid; prefiriendo el segundo camino, era probable un triunfo rápido, restablecía su comunicación con la escuadra y se ponía al habla con Montevideo y Corrientes. Se inclinó a este último plan, pero

era evidente que debía sacrificar todo a la rapidez y batir aisladamente las fuerzas enemigas, antes de que operaran su concentración.

Lavalle perdió medio mes en escaramuzas insignificantes. Volvió por los Desmochados con una gran pachorra, mientras que Vilela seguía por el camino real. Lopez y Oribe se replegaban en dirección al Chaco; el coronel Andrade hostigaba sin cesar a los invasores.

Por otra parte, "los unitarios sufrían deserciones; desde que Lavalle pasó el arroyo del Medio, fueron más de 400": esto escribía Oribe el 21 de septiembre (167) y el paso de Lavalle se había efectuado el 18.

Resolvió Lavalle el 28 de septiembre atacar la ciudad de Santa Fe, donde se había encerrado el coronel Garzón, con 750 infantes y 150 jinetes, encomendando esa operación al general Iriarte, a cuyas órdenes se puso un cuerpo de 1000 hombres de las 3 armas, compuesto de la división Vega, la legión Méndez, la legión Salvadores y 4 piezas de artillería. Intima éste a Garzón evacúe la ciudad, embarcándose desarmado con cuantos quieran seguirlo"; aquél contestó "que tiene pólvora y balas". La nota de Iriarte agregaba: "la más leve resistencia que encuentre será la señal de exterminio". Lavalle, efectivamente, le había prevenido que convenía "hacer un terrible ejemplar y aterrar a los enemigos con un gran golpe". (168)

Siquiera sea de paso, debe hacerse notar lo infundado de una de las tantas patrañas que se han hecho correr: se pretende que la intimación de Iriarte fué enviada por una mujer, y se ha dicho que "el temor que fuese degollado, hizo que se valiese Iriarte de aquella

(167) Oribe a Rosas. *Cañada de Malaquias, septiembre 21.* M. S.

(168) Iriarte. *Memorias inéditas en La Biblioteca, IV,*

mujer". (169) No sólo el mismo Iriarte se ha encargado de destruir esa invención (170), sino que para sustentarla es preciso no conocer ni de oídas el carácter excesivamente caballeresco de Garzón. No hay necesidad, al escribir historia, de recurrir a esa sal gruesa de los gacetilleros.

La lucha era desigual. En el campamento de Lavalle, ante la seguridad del triunfo y del saqueo en perspectiva, el desorden habitual llegó a su colmo. Turbas enteras se habían separado del campo sin conocimiento del general, y se ocuparon en robar todas las casas aisladas. "El camino que conduce de Audino a Santa Fe estaba cubierto de gente: era una romería que venía a participar del botín, — confiesa el general vencedor—, y esta gente que ascendía a más de 1000 hombres vagaba en todas direcciones, y una gran parte se ocupaba de saquear las casas abandonadas de las orillas, y hasta de las inmediaciones de la plaza atrincherada." Garzón, en efecto, se había replegado al reducto artillado en la plaza principal.

A pesar de estar habituado al vergonzoso desorden de los "libertadores", a Iriarte repugnaba realizar el asalto por la tarde, temiendo los horrores del saqueo nocturno. Ordena, en consecuencia, que se prepare el ataque para la mañana siguiente. Lavalle estaba nervioso, pues apenas le quedaban 600 hombres formados; ordena entonces a Iriarte que tome la ciudad "a todo trance". La fácil operación hubo de fracasar a causa de la maldita indisciplina de aquellos militares, que parecían considerar la guerra como asunto en que cada uno hacía su santa voluntad: como Iriarte había sido *lomo negro*, los jefes unitarios pretendieron desobedecer-

(169) N. Quirno Costa. *Biografía de Salvadores*, 82.

(170) Iriarte. *Memorias inéditas*.

le, y el coronel Díaz se lo manifestó abiertamente. Otros jefes, como Vega, abandonaban sus divisiones y penetraban disfrazados a la ciudad, pasando la noche en alegre francachela. Fué necesario que Lavalle escribiera, para poner orden en tal desorden.

A la mañana siguiente la ciudad fué embestida por puntos opuestos y a la vez, debiendo las fuerzas converger a la plaza, donde estaba Garzón. Al llegar allí, y estando las bocacalles enfiladas por cañones, se había resuelto forzar, por el interior de las manzanas, la puerta traviesa del convento de la Merced, que tenía su frente sobre la plaza. Tocó al entonces capitán, Juan Andrés del Campo, la tarea de realizar esa hazaña, que aseguraba el éxito de la jornada. Una vez en el interior del templo, se dió la señal general del asalto. Este fué forzosamente breve: dominada la plaza por los fuegos enemigos, Garzón tuvo que replegarse, y así lo hizo, encerrándose con un centenar de hombres en el edificio atrincherado de la Aduana.

Al coronel Díaz le fué encomendada la toma de la Matriz y de las torres ocupadas por la guarnición. A las dos cuadras de la plaza, Díaz ordenó a del Campo que, a la cabeza de 80 tiradores escogidos, avanzara por el fondo de las manzanas y asaltara por las tapias el patio del convento de la Merced, permaneciendo el resto del cuerpo a la espera de aquella arriesgada y delicada operación. El valiente capitán derribó la puerta de una casa abandonada, saltó por las tapias de los fondos y, cuando los federales, acantonados en la torre del convento se apercebieron de su presencia estaba ya en el gran patio de naranjos, a cuyo fondo se divisaba el portón conventual que daba a la plaza. El fuego certero de los de la torre le derribó 15 de sus 80 hombres pero, sin perder tiempo en contes- tarles, los distribuyó convenientemente en los amplios

corredores que rodean al patio, desde allí envió parte al coronel Díaz de que estaba cumplida la orden. Al rato penetra la fuerza de Díaz por la brecha practicada, y como no se hubiera logrado apagar los fuegos de los de la torre, ordenó se pegara fuego a ésta, lo que efectuó del Campo, haciendo que ardiera la escalera y toda la obra de maderamen del interior.

Descorridos los cerrojos del portón, y formado en columna, en el patio, el batallón, listo para atropellar la plaza a la orden de ataque, Díaz envió el parte convenido a Iriarte. Media hora después sonó el clarín del ataque y simultáneamente fué asaltada la plaza por sus cuatro costados, introduciendo la confusión en los defensores.

Al abrir el portón se vió enfrentado un cañón y a los artilleros prontos con la mecha para hacer fuego. Una certera descarga del batallón de Díaz inutilizó el piquete, y el cañón fué tomado a la bayoneta antes de que los artilleros se repusieran de la sorpresa.

En menos de una hora todo hubo concluido en la plaza. Dispersos o rendidos los defensores, apenas había podido refugiarse Garzon con un centenar de hombres en el edificio atrincherado de la Aduana. El coronel Díaz, de cuyo lado se encontraba dicho edificio, inmediatamente lo hizo cerca y abocar a él 8 piezas de artillería. Antes de hacer fuego, envió como parlamentario al teniente Rufino Varela para exigir la rendición de Garzon, dando a éste un minuto para contestar. Garzon veía la inminencia del peligro y la insensatez de la resistencia, pero queriendo ganar tiempo dice a Varela: "Pero, ¿qué entiende Vd. por un minuto?" "La respuesta instantánea" fué la contestación, y como siguiera en silencio, sin agregar palabra Varela comenzó a bajar la escalera. Entonces lo llamó Garzon y, en presencia de sus oficiales, se hizo ratificar las condiciones de la capitulación, a

saber, garantía de vidas. Acto continuo salió Varela y volvió con Díaz, quien condujo a Garzón al Cabildo, donde se encontraban las habitaciones de aquél, las cuales, sin embargo, ya habían sido saqueadas por la soldadesca, por cuya razón los prisioneros fueron trasladados a la cercana casa de la viuda de Cullen, hermana del coronel santafecino Rodríguez del Fresno, a quien ya se había resuelto nombrar comandante general de armas de la provincia (171).

“Acordé con el coronel Díaz, en el acto que supe esto — dice uno de los jefes del ataque (172) — que marchase con su batallón y dos piezas de artillería e intímase rendición. Situada esta fuerza a una cuadra, mandó el coronel Díaz al teniente don Rufino Varela como parlamentario a intimar rendición, lo que se efectuó, garantiéndoles la vida.” Mientras tanto, Iriarte se había mantenido en las afueras de la ciudad, al frente de la reserva, para reforzar cualquier punto débil, impedir un súbito ataque del coronel Andrade, y contener el desbande y el saqueo. “Temía — ha confesado Iriarte — una desbandada; todos ansiaban, jefes, oficiales y soldados, por entrar en el pueblo, y si yo no los contenía con mi presencia, la línea podía desaparecer: al menor descuido me iba a quedar sin un soldado de caballería”.

Tan razonable era ese temor que, apenas se tuvo noticia de la rendición de Garzón, “ya era tal la afluencia de soldados que robaban las casas, forzando sus puertas, que las calles estaban llenas con ebrios, en su mayor parte. Toda esa turba pertenecía a las divisiones que estaban en el cuartel general y que se habían separado del campo sin conocimiento del general en jefe; era tal el

(171) Reminiscencias orales del coronel Juan Andrés del Campo.

(172) P. Rodríguez del Fresno. *Revista del Paraná*, I, 6.

desorden — sigue diciendo Iriarte (173) — que hube de hacerlos echar sable en mano por mi comitiva para su campamento, pero salían de un lado y entraban por otro. El desorden seguía, y ni matando se podía contener a la soldadesca. Había más de 1000 hombres saqueadores de las divisiones del cuartel general, la mayor parte de éstos no se incorporaron al ejército sino 50 días después.” Huelgan los comentarios.

Luego que se supo en todo el ejército la rendición de Garzón, con garantía de vida, los jefes “libertadores” se sintieron poseídos de curiosa indignación. Se reunieron al día siguiente en el *vivac* del coronel Vega “y allí acordaron nombrar una comisión encargada de pedir al general en jefe, que el general Garzón, el gobernador Méndez y todos los jefes y oficiales tomados prisioneros, fuesen conducidos al campo del ejército, y fusilados inmediatamente. El derecho de represalias autorizaba una medida que era imperiosamente reclamada por la justicia para regularizar una guerra en la que la sangre de los libres se había derramado.” El jefe de E. M. de Lavalle, testigo presencial de los sucesos y que hace esta relación, continúa: “La comisión se presentó al general en jefe, y reclamó ante él la ejecución de los prisioneros, haciendo valer todos los motivos que exigían medida tan cruenta, pero de rigurosa justicia. El general, cediendo a la fuerza irresistible de la necesidad, les dijo: Sí, señores, los prisioneros serán fusilados.” (174)

¿Cómo juzgar conducta semejante? Los unitarios han callado la boca, y pasan por este incidente como por sobre ascuas, lo que no les ha impedido escandalizarse

(173) Iriarte, *loc. cit.*

(174) Elía. *Episodio de la guerra civil*, en *Revista del Paraná*, I. 316.

y poner el grito en el cielo cuando, un año después, Aldao hizo decapitar a Acha, prisionero en análogas condiciones: ¡tal es la justicia partidista! El hecho que resalta es éste: esos oficiales habían capitulado con garantía de la vida, y el general vencedor ordenó su fusilamiento. Ello servirá para probar que la guerra tenía caracteres tan odiosos, que ese hecho, que los unitarios han explotado contra el partido federal con tan dudosa buena fe con motivo del fusilamiento del capitulado de San Juan, del mismo modo puede atribuírseles a ellos. La ceguera era de la época y no era patrimonio exclusivo de tal o cual partido político.

No sólo predominaba aquel sentimiento en las clases militares: los civiles no eran menos exaltados. Uno de los ciudadanos más conspicuos de Santa Fe escribió esos días a Lavalle: "Exterminemos de una vez, oh valiente general, a estos hombres de sangre, a esos monstruos que han llenado de luto su patria, que les dió el ser y que les ha colmado de favores." (175)

Los prisioneros fueron amarrados y conducidos al campamento. La sentencia no fué, sin embargo, cumplida, porque "si los fusilaba, los orientales se alarmarían, en atención a que, siendo los primeros en quienes recayese una tal sentencia, creerían que obraba un espíritu de odio nacional, y que los argentinos emigrados quedaban expuestos a una terrible venganza, de la que no se escaparían ni las mujeres ni los niños." (176) Lo curioso del caso — y que demuestra cuán poco valor tenía la "capitulación" en esos tiempos — es que, pocas semanas después, sobre el campo de batalla del Quebracho Herrado y al pronunciarse la derrota, el general unitario tuvo un repentino ataque de remordimien-

(175) M. M. Aldao a Lavalle. *Santa Fe*, octubre 8. M. S.

(176) Iriarte. *Memorias*, IV. Elía, *Episodio I*, 317.

to, y ordenó que se cumpliera la sentencia de fusilamiento a los capitulados. "Lavalle tenía prisionero en su campo al general Eugenio Garzón, y en los momentos críticos del desastre resolvió fusilarlo; pero uno de los legionarios porteños, el oficial J. M. Pelliza, acercándose al general en jefe, le manifestó que la muerte del prisionero iba a cubrir de vergüenza al ejército libertador; que, si no podía custodiarse, ya que esta razón se daba, lo acertado sería devolverlo al general Oribe." (177)

El mismo día de la toma de la ciudad, fué nombrado comandante general de armas de la provincia el coronel Rodríguez del Fresno, a cuyo lado se puso a Félix Frías, como secretario. Se apresura Lavalle a ordenarle que: "el arbitrio que debe emplearse para sacar al pueblo de la vieja vía en que se encuentra, es que, reuniendo las notabilidades de la provincia, determine que ellas procedan a la mayor brevedad posible a elegir un gobierno provisorio." (178) Por supuesto, el resultado de aquella elección no podía ser dudoso: resultó canónica. "Ayer fué la elección de gobernador: Rodríguez ha sido electo", comunicaba Frías. (179)

López sabía muy bien que todo aquello era transitorio, pero se encontraba en una situación difícil: su vanguardia, compuesta de 200 hombres, mandados por el coronel Andrade, marchó en octubre 5 a la laguna Larga, buscando aguadas. "No hay ya duda de que la situación de *Máscara* es desesperadísima", decían los unitarios, y añadían que ellos "tenían cuanto sea posible para el bien del ejército". (180) Sin embargo, López ata-

(177) M. A. Pelliza. *La dictadura de Rosas*, 204.

(178) Lavalle a Rodríguez del Fresno. *El Vinal*, octubre 5. M. S.

(179) Frías a Lavalle. *Santa Fe*, octubre 9. M. S.

(180) Rodríguez a Lavalle. *Santa Fe*, octubre 4. M. S.

có vigorosamente a Coronda, donde se encontraba el jefe unitario Oroño: tomó la población a la cabeza de 500 hombres, e hizo replegar al enemigo a la isla vecina. Esto no cambiaba la situación: "No tenga Vd. cuidado — escribe Rodríguez a Lavalle — por la seguridad de este pueblo, pues estamos dispuestos a defenderlo a todo trance antes que *Máscara* se acerque a la plaza." (181)

Efectivamente, la situación parecía favorecer las armas unitarias. La inacción de las fuerzas federales les había permitido adueñarse de un puerto, que restablecía su base de operaciones, pues dominaban la vía fluvial, y por ella recibían de Montevideo armamento, vestuario y recursos; los ponía en comunicación con Corrientes, donde Paz había ya organizado un poderoso ejército, con el cual amagaba a Entre Ríos. El éxito de la guerra habría podido cambiar, y de nuevo era favorable la coyuntura para Lavalle.

Pero la intentona unitaria llevaba en sí más de un vicio orgánico que la condenaba a la muerte. Además del desorden terrible de aquel ejército, que se gloriaba de llamarse "montonera ciudadana", el cáncer principal de la situación residía en el hecho de que los hombres dirigentes del partido unitario estaban profundamente divididos y se odiaban entre sí. El partido unitario, en efecto, no era en esos días un partido principista, sino una coalición de todos los elementos adversos al gobierno de Rosas: antiguos unitarios *pur sang*, "lomos negros" despechados, federales desterrados, gentes con ideales diversos y con ambiciones tremendas, que, creyendo siempre, con una ceguera singular, que el triunfo era seguro, sólo se preocupaban de destruirse de antemano entre sí, anulando una facción a la otra, y detestándose los unos a los otros con tanta o mayor cordialidad como odiaban

(181) Rodríguez a Lavalle. *Santa Fe*, octubre 6. M. S.

al enemigo común. Los jefes unitarios no podían verse: Paz, Lavalle y Lamadrid eran incompatibles; jamás pudieron actuar juntos, cada uno desdeñaba al otro, lo consideraba en menos, ambicionaba para sí, la gloria, y. . . aun miraba con secreto júbilo los desastres de sus émulos, porque tenía la jactancia de creer que cada cual, solo, bastaba y sobraba para triunfar y dominar. Lo mismo que con los generales, pasaba con los jefes secundarios: a cada momento se separaban de sus respectivos cuerpos por no poder vivir con sus generales. La tropa, en medio de la indisciplina y en presencia de estas rencillas que se comentaban en los fogones de los campamentos, perdía la fe en sus jefes, y de antemano se sentía derrotada, por la indecisión y la vacilación continua en las órdenes. Las provincias, que presenciaban esas tristes discordias y esos ejemplos desalentadores, menos fe podrían tener en tan singulares “libertadores”. De ahí que las masas populares por doquier fueran adversas al movimiento unitario, permaneciendo fieles a los gobiernos constituidos; y la minoría ilustrada sólo con tibieza se incorporaba a esas “cruzadas” descabelladas. Los entretelones del partido unitario en esa época son tristísimos; el patriotismo parecía consistir sólo en la ambición personal; la patria era supeditada al partido, y el partido al círculo.

Lavalle, en Santa Fe, se encontró por esa razón entre Seylla y Caribdis: los “próceres” — eternos directores de la lucha armada, desde la tranquilidad del bufete — desde Montevideo lo vituperaban e impulsaban a la acción, cualquiera que ésta fuera; si se dirigía a Corrientes, tendría que actuar como segundo de Paz, además de que Ferré no le perdonaba la mala fe con que le sonsacó los batallones correntinos; si marchaba a Tucumán, donde lo sabía triunfante a Lamadrid, a la cabeza de la “coalición del norte”, tendría también que actuar en segunda fila. Permanecer inactivo era un funesto error; unirse a

Paz o Lamadrid, un sacrificio superior a su amor propio. La indecisión lo consumía, y su situación se empeoraba diariamente.

No sabiendo por cuál temperamento decidirse, tomó la peor de las resoluciones: acampar, con su inmensa caballería, en los potreros de los Calchines, lo que tenía que serle fatal, pues “la naturaleza de los pastos, algunas disparadas ocasionadas por los tigres del campo, y una hierba venenosa, el *mio-mio*, dejaron al ejército poco menos que a pie” (182).

(182) Lacasa. *Vida militar*. 171

VIII

LA ORGANIZACION DEL EJERCITO FEDERAL: ORIBE Y PACHECO

Apenas se internó en la provincia de Santa Fe, Pacheco se encontró paralizado por dos razones principales: *primero*, halló que el ejército santafecino, a las órdenes de López, y la división oriental, al mando de Oribe, constituían dos cuerpos distintos y que obraban cada cual por su lado; *segundo*, lo espantó la seca que reinaba hacía más de un año, de modo que no había ni pastos ni aguadas.

Este último inconveniente no podía ser más grave. “Desde el Rosario hasta aquí — escribía Pacheco, en Coronda (183) — no hay más aguadas que las del Carcarañá y el Paraná; un año hace que no llueve en esta parte de la provincia: por consiguiente no hay pastos, y nuestros caballos — sin embargo de todo el esmero de los jefes de los cuerpos y los que se nombran de servicio a este objeto — están tan extenuados, que en las últimas marchas, que no han pasado de 4 leguas,

han quedado más de 400 caballos en cada una, y es preciso desprender partidas para que, poco a poco, los lleven para atrás. En mucho peor estado encontré las divisiones de los señores generales López y Oribe, y sin el auxilio de mis caballos no hubieran podido moverse". La situación era tan terrible, que Pacheco temió quedarse a pie en pocos días.

Entre tanto, López pretendía que era mejor dirigirse a Santo Tomé, sobre la costa del Paraná; Oribe era de opinión opuesta. Bastaba que uno opinara blanco, para que otro sostuviera negro.

Lavalle, al mismo tiempo, continuaba tranquilamente acampado en los Calchines, con la mayor parte de su gente desbandada y entregada a las delicias de Capua de la ciudad recientemente tomada. Estaba dejando perder sus caballadas, y vivía encerrado en un campamento que parecía un aduar por el número de carretas que albergaban infinitas familias de todas clases y condiciones, produciendo el efecto más pintoresco la mezcla de pacíficos ciudadanos con los soldados de uniformes abigarrados; las tiendas de campaña alternando con los inmensos "castillos" de las travesías pampeanas; las señoras honestas codeándose con las "patricias" chillonamente ataviadas. Aquella inacción era fatal y se perdía una ocasión preciosa, pues si Lavalle cae sobre el ejército federal, aniquilado y desorganizado, es casi seguro que lo derrota. El ejército unitario tenía en ese momento una infantería superior a la contraria, — en fuerza numérica, pues en organización militar es dudoso, — y una artillería excelente, con 10 piezas bien amunicionadas y servidas, mientras los otros sólo tenían 4 piezas; la misma caballería unitaria era superior por el número y el estado de los caballos. La unidad de mando en el campo unitario era, además, una inapreciable ven-

taja, pues en el lado federal cada jefe, en ese momento, obraba por su cuenta.

Pacheco, que veía con claridad la situación, temblaba por el éxito de un encuentro. Los elementos de guerra de que disponía eran exiguos: los refuerzos veteranos pedidos a Rosas, y prometidos siempre, no llegaban, y sólo mucho tiempo después tuvo la explicación de esa enigmática demora: "Aún no he hecho marchar la división que comanda el coronel Granada, y el batallón Libertad, — le escribía Rosas, en octubre 27 (184), — porque, estando adelantado el tratado con Francia, podría tal movimiento acaso creerse otra cosa, y quizá perjudicar, y como de un día para otro espero concluir aquel importante asunto, esto es lo que aun me detiene". En el interín Pacheco veía inminente el avance de Lamadrid sobre Santa Fe, la concentración con Lavalle, y una batalla en condiciones desfavorables. Había emprendido sólo una campaña de persecución contra Lavalle, y de repente la situación tomaba un cariz gravísimo. "Esta campaña, — le escribía a Rosas (185) — va a decidir la de todas las provincias de la confederación, y afectar la seguridad de la de Buenos Aires".

Lo más serio, sin embargo, era la anarquía absoluta en el mando y dirección de la guerra. Autorizado Pacheco por Rosas, de una manera explícita y repetida, para obrar según su exclusivo criterio, tropezaba con la dificultad de que Oribe no se prestaba a obedecer, alegando sus ínfulas "presidenciales"; y, por otra parte, López invocaba su derecho como gobernador de aquella provincia, para mandar a todos. Pacheco, en el acto, informó a Rosas (186): "Como es-

(184) Rosas a Pacheco. *Santos Lugares*, octubre 27. M. S.

(185) Pacheco a Rosas. *Coronda*, octubre 16. M. S.

(186) Pacheco a Rosas. *Coronda*, octubre 16. M. S.

te ejército, si así puede llamarse, se compone de tres cuerpos distintos, — aunque el de Santa Fe no se nos ha reunido—, y con jefes de más grado y más caracterizados que yo, es de absoluta necesidad que V. E. se digne determinar cuál de los dos que son superiores debe tomar el mando en jefe; porque, dividido y cada uno con la exclusiva responsabilidad del cuerpo que manda, tiene gravísimos inconvenientes y muy principalmente para mí, que debo colocarme en el último lugar, y en el único que puedo ser de alguna utilidad, si V. E. considerase que todavía debería permanecer en este ejército.” Oribe, por su parte, se había ya apresurado a enviar a su ministro general, Villademoros, a Buenos Aires, para que obtuviera de Rosas el mando supremo, (187) con lo cual se colmaban todas sus ambiciones, y que le había hecho escribir poco tiempo antes a Pacheco: “Todo, amigo querido, anuncia triunfos y glorias; pero mis deseos, a este respecto, estarían de todo punto llenos si V. fuera partícipe de ellos, ayudándonos con su brazo y sus conocimientos, sobre lo que alguna vez llegué a lisonjearme. La cuestión es importante: es el último esfuerzo de los salvajes unitarios, y es preciso ahogarlo para siempre; para ello nada nos falta, porque nuestro ejército es superior, sin exagerar, en fuerza, moral y valor; pero cuanto más se reuna de importante, tanto más segura será la empresa”. (188) López, en presencia de las observaciones de Pacheco, que alegaba órdenes expresas de Rosas, le decía, en tono agrídulce: “No han podido realizarse las lisonjeras esperanzas de dar una acción de-

(187) Ramos a Pacheco. *Santos Lugares, octubre 13. M. S.* “El capitán Linares ha venido de San Pedro, con un piquete de 14 milicianos, escoltando a Villademoros, ministro de Oribe, y a Benitez, secretario de Echagüe.”

(188) Oribe a Pacheco. *Sauce Grande, junio 2. M. S.*

cisiva, por razones que V. S. ha manifestado, que, si no han producido el convencimiento en el ánimo del que firma, se ha prestado, sin embargo, deferentemente a esperar la aprobación del excelentísimo gobierno, encargado de los negocios de paz, guerra y relaciones exteriores.” (189)

La solución de la dificultad estaba, pues, en manos de Rosas. El conflicto era serio: el general Pacheco era el más hábil como militar y el que más respeto le merecía; el brigadier general Oribe era, nominalmente, el jefe de un estado aliado, mayor en grado militar y en jerarquía política; el gobernador López era capitán general, y, sobre todo, le amparaba el texto expreso a intergiversable del tratado de 1831.

En estricto derecho, la solución debió ser favorable a López; pero, no sólo se trataba de una capacidad militar inferior, lo que haría peligrar el éxito de la guerra, sino que Rosas desconfiaba de él, de tiempo atrás. Sabía que el cónclave unitario había estado en relaciones con López, por medio de Mariano Vera, hermano del secretario de aquél; que Ferré, el gobernador de Corrientes, había estado a punto de celebrar un tratado con él, para levantarse contra Rosas. “Contesto al señor gobernador sobre la operación de V.—escribía Lavalle a Vera, al comienzo de la campaña (190).—Es imposible que yo me desprenda de 300 hombres del ejército; para su operación no es preciso gran número de gente. Con los oficiales santafecinos que yo le mandaré, los indios, y 200 hombres, tiene V. lo suficiente.” Por eso, se ha dicho con razón que: “López estaba de acuerdo con el gobernador de Corrientes, pero no había po-

(189) J. P. López a Pacheco. *Cuartel General*, octubre 14. M. S.

(190) Lavalle a M. Vera. *Yaguari*, enero 5.

dido pronunciarse, porque las fuerzas que estaban bajo sus órdenes y las del general Oribe, eran compuestas de cuerpos enviados en su mayor parte de Buenos Aires: sobre esta clase de tropas no tenía ascendiente alguno el general santafecino, ni las fuerzas de su provincia eran suficientes para empeñar con ventaja un suceso. El gobernador de Santa Fe había perdido en consecuencia la confianza del general Rosas, cuyo carácter suspicaz trató en vano de adormecer con protestas repetidas en una lealtad, cuya exageración estaba denotando la falsedad de su origen.” (191)

Rosas hacía tiempo que trataba de evitar, con infinita diplomacia, un rompimiento con López. Cuando el ruidoso conflicto, provocado intencionalmente por éste, con Echagüe, se apresuró a escribirle (192): “He leído, con la calma e imparcialidad necesarias, los documentos relativos, y le aseguro que lo he sentido tanto más desde que no he podido encontrar esa razón bastante para fundar su retirada. Algo y mucho también, en casos semejantes, debe dejarse a la prudencia.” El alma de la intriga santafecina era el secretario de López, Calixto de Vera. De ahí que Rosas escribiera a Pacheco (193): “Si tienes motivo de acercarte al compañero don Juan Pablo López, convendría como cosa tuya le hablastes en reserva sobre el secretario que tiene, diciéndole que es hombre muy mal opinado, de intriga, muy falso y siempre tenido por unitario. A mi juicio, este hombre le está haciendo cometer al señor López mil errores y nos ha de hacer mucho mal. Ya logró hacerlo poner mal con los entrerria-

(191) Díaz. *Historia política y militar*. V. 52. En efecto, López (a) *Máscara* se declaró por los unitarios en noviembre del año siguiente, 1841.

(192) Rosas a J. P. López. *Buenos Aires, marzo 1º*. M. S.

(193) Rosas a Pacheco. *Buenos Aires, marzo 7*. M. S.

nos; después con el señor Echagüe; enseguida venirse sin decir una palabra hasta su llegada al Rosario, pasar las notas que dirigió a la Honorable Junta de Entre Ríos exigiéndole despachos de general en jefe del ejército contra Lavalle, otra al señor Echagüe reclamando acremente a Oroño, y conmigo estaría también mal si no fuese la prudencia con que conozco debo llevar esa clase de asuntos, mucho más conociendo que el secretario es la causa principal. El señor Echagüe está en la misma persuasión, sin yo haber hecho otra cosa que calmarlo y conciliarlo todo, y me ha prometido no abandonar la marcha de sobrada prudencia que corresponde.”

Antes, sin embargo, de que Rosas tuviese tiempo material para pronunciarse en el grave conflicto que le sometían los tres generales, los acontecimientos se precipitaban en el teatro de la guerra. “Una total inacción, entre tanto se obtiene con aquella resolución — escribía López (194), — no sólo perjudica altamente a los intereses generales, sino a su opinión misma, y se da tiempo al enemigo para descansar sus caballos, para prepararse más y más a una batalla decisiva, y para proveerse de cuantos elementos le sean precisos a este objeto, de tan grande importancia.” El propósito de López era sacar a Pacheco los batallones Costa y Rincón, y un regimiento de caballería, con lo que desmembraba las fuerzas y las exponía a contrastes parciales: Pacheco no podía consentir en esto. Era evidente, sin embargo, la necesidad de solucionar en alguna forma el conflicto, mientras Rosas lo resolvía. Así se hizo: “A consecuencia de las dos cartas — escribía Pacheco a Rosas (195) — que tengo el honor de acompañar a V.

(194) López a Pacheco. *Cuartel General*, octubre 14. M. S.

(195) Pacheco a Rosas. *Cuartel General*, octubre 1°. M. S.

E. original la del excmo. señor gobernador de esta provincia, y en copia la de S. E. el señor presidente del Estado Oriental del Uruguay, se formará un cuerpo mixto, con el que marcharé dentro de dos días, hasta encontrar y batir a los salvajes traidores unitarios, cuya posición me parece que no la abandonen." López no quiso permanecer en el ejército en posición desairada: pasó a Entre Ríos, "con el objeto de acordar asuntos importantes con el general Echagüe, y — dice Pacheco (196) — se sirvió encargarme, hasta su regreso, la dirección del ejército." Poco después López escribía a Pacheco (197) — "Pienso marchar esta tarde al Rosario. Están ordenados todos mis comandantes, que en mi ausencia es a Vd. a quien han de dar sus partes de todas las ocurrencias, como de quien han de recibir órdenes, como jefe principal de todo el ejército."

Coincidió este hecho con una lluvia copiosa que interrumpía la seca, y permitía emprender operaciones activas de guerra. Los resultados no se hicieron esperar. El comandante unitario Oroño fué deshecho en Santo Tomé: "Nuestra retirada — escribe Oroño a Lavalle (198) — fué tan precipitada que los soldados que me acompañaban han perdido algunas armas, monturas y ropa; de los hombres que estaban reunidos conmigo han quedado muchos dispersados en las islas, y algunas partidas que tenía sobre el Carcarañá han quedado cortadas, de suerte que necesitan una protección pronta, a fin de que al amor de sus familias no se presenten a *Máscara*, o se disgusten por el abandono que se hace de ellos." Pacheco no descansa. "Con esta ocasión — dice — determiné que el teniente coronel Jacin-

(196) Pacheco a Rosas. *Monte de los Padres*, octubre 21. M. S.

(197) J. P. López a Pacheco. *Coronado*, octubre 23. M. S.

(198) Oroño a Lavalle. *Santo Tomé*, octubre 11. M. S.

to Andrade, con 400 tiradores, marchase, cubriéndose del monte, a atacar tres escuadrones de los salvajes unitarios, acampados en las quintas de Santa Fe, y a cualesquiera otros destacamentos de que tuviesen noticia.” (199) El efecto fué fulminante: la legión Méndez fué acuchillada y destruída en octubre 19, y perseguida hasta las calles mismas de la ciudad. “Sus restos — lo confiesa el jefe E. M. de Lavalle (200) — se refugiaron, parte en la ciudad donde llevaron la alarma, y otros en el campo del ejército.” Lavalle, entonces, movió su campo del otro lado del Saladillo.

La actividad impresa a las operaciones de guerra por Pacheco tuvo pronto que paralizarse. Rosas acababa de resolver el arduo conflicto. “Soy yo hoy — escribe a Pacheco (201) — el general en jefe del ejército de la república, a cuya cabeza estoy y mientras no esté en ese cuerpo de ejército, perteneciente a aquél, el que le corresponde como segundo por la investidura que tiene, y que es el general Echagüe, soy de opinión que el general Oribe desempeñe las funciones de tal. De este modo, creo que todo se concilia, y que nuestro compañero el señor López, como tú, quedarán gustosos en este nombramiento: primero, porque así es justo que le correspondamos todos, cuando llega el caso de elegir general en jefe interino de ese cuerpo de ejército, en cuya virtud nada más natural que entre tres amigos, dignos hijos fieles de la Confederación y de la América, me incline por ahora al de más graduación. Debes, pues, decir a los mencionados generales, que tengan ésta por suya.” Esta fué toda la credencial de Oribe, cuyo nombramiento resultó un enigma para los contem-

(199) Pacheco a Rosas. *Monte de los Padres*, octubre 21. M. S.

(200) Elía. *Memoria histórica*. X, 52.

(201) Rosas a Pacheco. *Santos Lugares*, octubre 18. M. S.

poráneos, y es esta la primera vez que se ve explicado de un modo auténtico.

Pacheco recibió esa comunicación el 23 de octubre, acampado en el Monte de los Padres: en el acto escribe a Rosas (202): "La carta que V. E. me ha hecho el honor de escribirme con fecha 18 del presente mes, la he presentado original a los señores generales, S. E. el señor brigadier don Manuel Oribe, y el señor gobernador don Juan Pablo López, y hoy mismo se la he remitido en copia al excelentísimo señor general en jefe del ejército confederado, don Pascual Echagüe. Creo que el primero contestará a V. E. después que haya obtenido la contestación del señor general Echagüe. La adjunta copia es la que me contesta el señor López, al partir para el Rosario, a donde lo llamaban asuntos del servicio. Relativamente a mí, considero muy acertada la elección en el señor Oribe: a V. E. le es constante mi único deseo y mi perfecta conformidad con sus superiores disposiciones, por otra parte muy arregladas al orden militar." Quedó, pues, así definitivamente organizado aquel ejército, que tomó por nombre el de "Ejército unido de vanguardia de la Confederación Argentina", y fué considerado como parte del ejército nacional, cuyo núcleo principal permanecía acampado en Santos Lugares, y que obedecía al mando supremo del general Rosas. Oribe mandaba el ejército de vanguardia como general en jefe interino, perteneciendo el mando en propiedad del general Echagüe.

Al disolverse el "cuerpo mixto", que Pacheco había mandado en jefe durante unos pocos días, la situación era tal que, si se obraba con la actividad con que había dado impulso a las operaciones, Lavalle difícilmente po-

(202) Pacheco a Rosas. *Monte de los Padres, octubre 24.*
M. S.

dría resistir. El golpe que había recibido a las puertas mismas de Santa Fe era de más consideración que lo que expresaba el parte de Andrade, pues si aquella tropa no se hubiera detenido en el despojo, habría hasta tomado las 9 piezas de artillería que los unitarios habían abandonado en la plaza. La desertión de las tropas unitarias seguía cada día en aumento: los correntinos, sobre todo, abandonaban por grupos al ejército, para tomarse río arriba hasta Corrientes; no era más abundante en incorporarse al ejército de la confederación, porque los jefes "libertadores" hacían correr la voz de que se mataba irremisiblemente a todo pasado, y la gente pobre, arrastrada contra su voluntad, titubeaba por eso en volver a sus hogares. Los lanchones entrerrianos habían capturado uno de los buques que desde Montevideo llevaban elementos bélicos para Lavalle.

Lo único que preocupaba a Pacheco era el gran elemento criollo de guerra: el caballo. "Nuestras caballadas — escribía a Rosas (203) — se han postrado bastante; apenas hemos podido conservar la de reserva en regufares carnes. Este estado lo ha causado: 1º., la absoluta escasez de pasto en las costas; 2º., el servicio fuerte, principalmente en la provisión; 3º, la tolerancia y falta de economía en algunos jefes, sin embargo de las repetidas órdenes generales que se han dado a este respecto. Hoy tenemos reunida en los montes toda la caballada. Está bueno el campo, pero es contra todas las reglas, y lo peor es que no podemos ocuparnos de la instrucción, que es tan precisa."

Oribe fué reconocido como general en jefe, en la orden del día de octubre 29, tiempo que demoró en llegar la contestación de Echagüe. Pacheco entregaba el

(203) Pacheco a Rosas. *Monte de los Padres, octubre 24.*
M. S.

ejército en inmejorable condición “sin que hayamos tenido en todo el tiempo un solo desertor”, decía con orgullo. (204) Oribe comenzó por desaprobare el plan de campaña de Pacheco: éste había resuelto emplear la numerosa caballería, relevando divisiones puestas en movimiento para hostilizar a los unitarios, a fin de mantener sin descanso a la caballería enemiga u obligarla a encerrarse en su estrecha posición, mientras que se lograba acercarse, con sólo tres jornadas, a la frontera de Córdoba, de donde se protegía la capital, se reanimaban las milicias rurales, y se contribuía por este medio al éxito general de las operaciones militares de la confederación, aprovechándose la imprudencia con que Lavalle había extenuado sus caballos. De esa manera se le alejaba toda esperanza de recursos en una situación en que el hambre, que ya empezaban a manifestar sus soldados, lo habría obligado a salir de su refugio con las monturas al hombro, para buscar el alimento que no lo habrían encontrado en ninguna dirección, a menos de 40 leguas.

El primer acto de Oribe fué desautorizar ese plan. Y, sin embargo, “esto era práctico — escribía Pacheco a Rosas (205) — de muy fácil ejecución también, nadie lo desconocía, pero la gloria de una batalla y la economía de algunas vacas alucinaba a alguno, sin consultar la situación, las circunstancias y los resultados que sin empeñarla — si hubiera sido posible — se hubieran conseguido en una escala mayor; mejor sin duda: oportunidad que en muchas campañas apenas se ofrece una vez.” La falta militar cometida por Oribe no debía tener mayores consecuencias, porque la “ne-

(204) Pacheco a Rosas. *Lomas de Coronda*, octubre 30. M. S.

(205) Pacheco a Rosas. *Lomas de Coronda*, octubre 30. M. S.

gra estrella” de Lavalle no le dejaba errar desacier-
tos.

El hecho de que el ejército nacional fuera mandado por un extranjero no dejó de tener sus consecuencias. López se indignó: “Se me asegura — escribe a Pacheco (206) — está dado a reconocer nuestro amigo el compañero Oribe de general en jefe del ejército, y creo que, si esto es así, o ha sido un olvido en avisármelo, o que tal vez la comunicación se ha extraviado, porque no me es posible abrigar otras ideas; así es que, deseoso de salir de dudas, y de poderme mover, porque la inacción me es insoportable, y quiero obrar contra los salvajes unitarios en Córdoba cuanto me sea posible, envío ésta por medio de un propio, esperando se sirva contestarme a la mayor brevedad, para, según su respuesta, arreglar mis planes y combinaciones, o desistir de ellos, poniéndolo todo en conocimiento del general Rosas.” Y, sobre la marcha, formuló su queja a Rosas, temeroso de que aquella medida fuera una prueba de desconfianza a su persona, y tuviera por objeto impedirle declararse por la revolución. Rosas se apresuró a contestarle: (207) “No es misterioso el nombramiento del señor Oribe, de general del ejército, como Vd. me indica. Había que nombrar un general en jefe interino de un cuerpo de ejército de la república. Al marchar una noche para ésta con la esperanza de arreglar la cuestión francesa, escribí una carta al general Pacheco, diciéndole que entre tres dignos hijos fieles de la confederación y de la América, no se extrañase que me decidiese por el de más graduación. Que la dicha carta la enseñase a Vd., al señor Oribe, y al señor Echagüe, para que cada uno la tuviera por suya en

(206) P. López a Pacheco. *Rosario*, noviembre 6. M. S.

(207) Rosas a López. *Buenos Aires*, noviembre 20. M. S.

la parte que le correspondiese. Esto, o cosa muy parecida, fué lo que le decía en substancia. Vd. la vió, en efecto; y antes ya me había repetido Vd. su buena disposición a cuanto yo dispusiera sobre el particular. ¿Dónde está, pues, el misterio? Medite Vd. con madura detención, y verá el acierto, la razón y nobleza, con que he procedido. La indicación de Vd. en orden al tratado litoral, es enteramente equivocada. Léalo Vd. y verá que es todo, absolutamente todo, al contrario de lo que Vd. se ha figurado. Celebro que Vd. haya marchado a conferenciar con los generales, y no dudo que habrá sido con el provecho que es consiguiente. Vd. se aflige porque quiere las cosas a medida de su deseo; y es necesario que se haga cargo de las circunstancias extraordinarias, en que todo no puede por ello ser perfecto, ni como generalmente lo deseamos.”

En efecto, Rosas había tenido que pedir a Pacheco interviniera para impedir la separación de López, y para ponerlo de acuerdo con Oribe, lo que se había efectuado en una entrevista en San Lorenzo. Profundamente resentido López, se sometió en apariencia; pero, alegando su mala salud, desde aquel día se abstuvo de participar en la guerra, y su ánimo comenzó a inclinarse en el sentido de los consejos de su secretario Vera, hasta que, al fin, antes de un año, su situación se tornó ya tan crítica que se vió obligado a declararse abiertamente contra Rosas en las postrimerías del movimiento unitario, lo que le ocasionó la pérdida de su gobierno

Pacheco, como perfecto militar, tenía que acatar las órdenes de un superior jerárquico; pero se sintió también lastimado con el nombramiento de un jefe extranjero y que le era inferior en aptitudes de mando: además, por más melosas que fuesen las protestas de amistad que le prodigaba Oribe, sabía Pacheco que no le

quería bien, como no quería bien a ningún jefe argentino, pues vivía rodeado de un grupo de oficiales orientales que se consideraban postergados porque no se les daba mando, y que hostilizaban a todos los que no pertenecían a su círculo. La situación personal de Pacheco en el ejército se tornaba, pues, muy difícil, a pesar de que Oribe lo había nombrado jefe de la vanguardia del ejército unido. De ahí que aquél escribiera a Rosas insinuándole la idea de que, mientras Oribe con el grueso del ejército seguía a Lavalle, fuese destacada una división para caer sobre Córdoba, a fin de destruir a Lamadrid, con cuyo objeto solicitaba el mando de aquel cuerpo en caso que se resolviese organizarlo. Su objeto era ver claro, alejarse del lado de Oribe y de su grupo de orientales. Rosas, que tuvo siempre por Pacheco y sus talentos militares el respeto más profundo, le contestó (208): "Mucho aprecio tu oferta para la empresa sobre Córdoba; pero ya ves que yo desde acá no puedo resolverla. Tu separación del señor Oribe dejaría un vacío, que no tendría cómo repararlo. Pero, como todo esto puede también tener sus momentos de excepción, pudiera llegar el caso de que tu separación por pocos días no fuese tan precisa, y la comisión que te se encomendase de la mayor importancia."

Oribe era un jefe poco simpático, y su grupo de orientales, por su falta de prudencia, tenía desagradado al ejército entero. Pacheco estaba displicente. López se había retirado. Se habían recibido todos los refuerzos pedidos: los principales cuerpos veteranos, de Santos Lugares, se habían incorporado ya, trayendo un importante material bélico; el ejército tenía, en sus parques, una reserva de 30.000 tiros. Sin embargo, Ori-

(208) Rosas a Pacheco. *Buenos Aires, noviembre 20. M. S.*

be no demostraba tener plan alguno; seguía acampado. Se estaba perdiendo un tiempo precioso; el nuevo jefe resultaba inferior a la tarea. Lo único que equilibraba la situación eran las enormes faltas militares que cometía Lavalle, el horrible desorden de sus huestes, la deserción escandalosa de sus soldados y la inacción inconcebible en el fondo de los potrereros de Calchines.

Pacheco se decide entonces a escribir a Rosas: "Los unitarios — le dice (209) — permanecen en las dos posiciones de Santa Fe y los Calchines; pero, escaseándoles ya en uno y otro punto los medios de subsistencia, no debe dudarse que pronto se pondrán en movimiento. La situación va a ser crítica y podrá ser desesperada, con un poco de trabajo de nuestra parte. La opinión del presidente Oribe y del gobernador López es de que se retirarán a Corrientes. Yo estoy muy distante de pensar así, por razones que no pueden contestarse. En todo caso, intentará una reunión con el traidor Lamadrid, sobre la frontera de Santa Fe, y siempre con la tendencia de marcha sobre la provincia de Buenos Aires. Basta sólo pensar en el aliciente que esta marcha ofrecerá a estos salteadores, para no dudarlo. Podría detenerme en otras consideraciones sobre la probabilidad de los movimientos y la oportunidad de nuestras observaciones; pero, como esto pertenece al general en jefe, sólo me limitaré a decir, considerándolo de mi riguroso deber, que hasta ahora no tenemos un plan de campaña. Se han propuesto, discutido y aceptado más de uno, pero poco después ha sido alterado en lo substancial, o del todo abandonado."

(209) Pacheco a Rosas. *Coronda*, noviembre 5. M. S.

IX

EL PLAN DE LAVALLE

Pacheco estaba perfectamente en lo cierto. Véase, sino, el propio testimonio de Lavalle, quien escribía, a Lamadrid, en carta cifrada, en aquellos mismos días: “Todos nuestros raciocinios sobre las operaciones más inmediatas, deben partir del principio de que es necesario *sostener a Santa Fe*, porque es moral, político y justo, y porque además lo reclama la humanidad. La población *de esa ciudad* se ha decidido por nuestra causa y nos facilita ya 400 guerreros cuya mitad es *caballería*. Es preciso que Vd. sepa que del Carcarañá para el norte ya no hay ganado alguno. El enemigo ha consumido y exterminado el que había hasta el Salado, pues ha creído hacer con esto una hostilidad eficaz a la capital de esta provincia, cuya población y este ejército han consumido *el resto*. *La ciudad no tiene víveres sino para 20 días, y este ejército, para 8*. La guarnición de la ciudad es fuerte, *pero no puedo dejarle caballos, y de consiguiente 200 hombres montados bastan para rendirla por hambre*. Teniendo presente esta circunstancia, convendrá Vd. en la necesidad de *arrojar*

a Pacheco de esta provincia, bien sea por una batalla, si lo podemos obligar, o forzándolo a una retirada que sea desastrosa para el moral y físico de su ejército." (210) La gran preocupación de Lavalle era Pacheco; despreciaba a los otros jefes de la confederación, pero Pacheco no lo dejaba dormir tranquilo. "La operación que indiqué a Vd. — escribía a Lamadrid — era con concepto a que Pacheco hubiese venido a tomar una posición análoga a la nueva situación en que los ha puesto la gran revolución de Córdoba, suponiendo que se mantuviesen tenaces en quitarme esta provincia, u obligarme a atacarlos en posiciones elegidas por ellos, es decir, un bosque, donde sus 800 infantes les hubieran dado una ventaja considerable."

Lavalle, aparentemente, hacía creer que había resuelto, poco antes y después de muchas vacilaciones, la alternativa que se le presentaba, optando por embarcarse y dirigirse a Corrientes; con ello trataba de contener a sus mejores escuadrones, que eran los que con engaño, había sacado de aquella provincia, y que anhelaban regresar a sus lares; y a los legionarios del "Mayo" y otros cuerpos, que se veían así más cerca de la frontera uruguaya, a donde podrían pasar, si no era posible actuar de consuno con Paz. La situación de Lamadrid en Tucumán, en el fondo, no le parecía muy sólida e ignoraba aun el éxito de la tentativa sobre Córdoba. Como dominaba el río, por carecer Rosas en absoluto de escuadra, gracias al bloqueo francés, resuelve enviar al general Iriarte a Corrientes, con el objeto

(210) Lavalle a Lamadrid. *Calchines*, noviembre 12. M. S. Este documento importantísimo, tomado más tarde con el archivo de Lamadrid en el Rodeo del Medio, lo hemos traducido con la clave de la cifra a la vista. Lo indicado en bastardilla estaba en cifra.

ostensible de preparar el terreno, para incorporar su ejército al de Paz.

Esta resolución fué tomada a mediados de octubre: el 17 llegó Iriarte a Santa Fe, a fin de embarcarse para Goya, debiendo salir el 20. “La víspera de mi proyectada partida — dice Iriarte (211) — se recibió la noticia de que tres buques mercantes, fletados por el ejército para su servicio y que conducían armamento, vestuario y municiones, habían sido atacados por tres lanchones artillados enemigos. Mi viaje se hizo impracticable hasta que se concluyese el armamento de una fuerza sutil.” En el ínterin, los acontecimientos sufrieron un vuelco completo, que cambió la faz de la guerra.

En octubre 30 recibe Lavalle, por intermedio del famoso baqueano Alico, la noticia de la revolución de Córdoba y del triunfo de Lamadrid. “No es una victoria militar — escribe entusiasmado Lavalle (212) — es la sublevación en masa de la provincia de Córdoba. Debo ir a Córdoba con el ejército; es preciso aprovechar el primer entusiasmo; es el más pujante, cada hora que yo demore aquí la considero un crimen.” Ordena entonces al “gobernador” Rodríguez del Fresno que, si no puede sostenerse en la ciudad, la abandone, llevando toda la gente disponible, y despache en los buques a todas las familias que pueda. En su apuro, la eterna pesadilla de Pacheco no lo deja tranquilo: “Si Vd. hablase conmigo lo persuadiría de que no debemos atacar a Pacheco. Es preciso no darle batalla al enemigo donde él quiere y está preparado, y a un oficial como Pacheco, que sabe elegir el terreno y sacar ventajas de

(211) Iriarte al Congreso de Corrientes. *Santa Fe*, noviembre 12. M. S.

(212) Lavalle a Rodríguez. *Campamento*, octubre 30. M. S.

él". Pero le agrega: "contésteme luego, luegoísimo, y no se le dé nada, que volveremos pronto."

En el acto combina su plan: marchar a incorporarse a Lamadrid, atrayendo tras de sí en su persecución al ejército de la confederación. Una vez unido con Lamadrid, y refrescadas sus caballadas, dejarle a aquél todo el bagaje pesado — el coronel Díaz incorporó al ejército otras 90 carretas con familias santafecinas (213) — y contramarchar rápidamente Carcarañá abajo, para caer como el rayo sobre Buenos Aires. Oribe, entonces, o lo perseguía, y en ese caso Lamadrid lo traqueaba y demoraba su marcha; o libraba batalla a aquél, y dejaba, en el ínterin, descubierta a Buenos Aires. (214) Rosas se encontraba sin ejército serio: los mejores cuerpos y todos los recursos se hallaban ahora en el ejército de vanguardia... ¡Estaba, pues, en vísperas de cambiarse la "negra estrella", y de sonreír a Lavalle la fortuna?

(213) Elía. *Memoria histórica*. XI, 147.

(214) Lacasa. *Vida militar*, 172.

X

EL PLAN DE LAMADRID

Casi al mismo tiempo que Rosas celebraba el tratado Mackau-Arana, festejaba Lavalle la entrada de Lamadrid, al frente de un ejército, a Córdoba, y la revolución estallada allí (215). Esta noticia, como las demás, que continuamente cambiaban entre sí Lavalle y Lamadrid, para los movimientos de los ejércitos unitarios y para mantener o ganar situaciones políticas

(215) He aquí una importante carta inédita del general Lavalle al coronel Rodríguez del Fresno, gobernador unitario de Santa Fe, después de la toma de la ciudad: *Octubre 30, a las 2 de la tarde*. Viva la libertad, mi querido señor Rodríguez. Nuestra causa se ha robustecido con un gigante. No es una victoria militar la que tengo que comunicarle, que no supondría otra cosa que un ejército de menos. Es la *sublevación* en masa de la provincia de Córdoba, a la aparición del general Lamadrid en su frontera. Es una revolución igual a la de Corrientes. Estoy rodeado de más papeles que los que puedo leer. Cartas más nuevas que las que incluyo, me comunican la captura del comandante Sosa por su misma gente. Manuel López había huído ya para el departamento del Rosario, y aquel caudillo había quedado en el sur con 200 hombres para hacer montoneras, pero estos mismos húsares lo prendieron. Este era el último que quedaba en favor de

en el interior, se debía al famoso baqueano Alico (216), que desempeñó un verdadero papel prominente en aquella lucha terrible.

López. Todos los demás fueron abandonados por la fuerza que mandaban. El nuevo gobierno tenía ya 4.000 voluntarios. En fin, mi querido amigo, en Córdoba *ha habido revolución*, y el tirano sentirá pronto las terribles consecuencias. La carta que le incluyo del general Lamadrid, venía abierta al lado de otra para mí bajo un mismo sobre; la que va para Frías, venía cerrada y la abrí. Vamos a esto, mi querido; nuestra bella causa está ganada para la libertad. He aquí una grave cuestión. ¿Puede Vd. sostenerse en Santa Fe sin el ejército? Si Vd. lo puede, nada tengo que decir sino marcharme; pero si no lo puede, nada tengo que decir sino antes de 8 días; avíseme pronto, muy pronto. Si Vd. hablase conmigo, *lo persuadiría de que no debemos atacar a Pacheco*. Iba a empezar a escribir sobre ésto, pero es muy largo y tengo un mundo sobre mi cabeza. Luego tendremos también mucha infantería y cañones, después de eso, es preciso no darle batalla al enemigo donde él quiere y está preparado, y a un oficial como Pacheco, que sabe elegir el terreno y sacará ventajas de él. Si Vd. no puede sostenerse en la ciudad, se irá con la gente y éste lo habrá aquí. Lea todo esto a mi hermano. Es preciso reunir todos los buques posibles y concluir luego, luego. El armamento de los que se queden, todo ha de estar pronto, pero con calma y serenidad, porque de lo contrario eso será un barullo. Deme todo el dinero que pueda, en calidad de préstamo, y que pues en Córdoba hay mucha pobreza. Otro mal que hay allí es falta de caballos. Contésteme luego, luegoísimos, y no se le de nada, que luego volveremos. Mandaré al coronel Díaz para que saque y conduzca todo hasta aquí. El llevará precauciones, y con él me mandará el dinero. Ayer tarde salió de aquí la legión Abalos, para encontrar las carretas que según Vd., han debido salir anoche. Supongo que las carretas no habrán salido. Siento que Vdes. me hayan hecho hacer tal operación mal hecha. Adios, amigo, lo felicita de corazón su amigo afectísimo. *Juan Lavalle*. Los buques no deben ya salir para la Bajada, aunque concluyan su armamento, hasta segundo orden." (*Archivo Pacheco*. Legajo suplementario año 40. Esta comunicación fué tomada en el Quebracho; estaba escrita en cifra, pero ha sido traducida con la misma cifra a la vista).

(216) Alico "era tan eximio en su ejercicio de baqueano, que

Efectivamente, el general Lamadrid, — el *Pilón* (217), como le llamaban vulgarmente los federales — cuando acudió a Rioja desde Tucumán, enviado en auxilio de Brizuela, llevaba consigo un cuerpo de 300 coraceros escogidos y 130 infantes, habiendo dejado el resto de las fuerzas en Tucumán, a las órdenes del coronel Acha (218), quien estaba encargado de recibir los

puede asegurarse sin exageración que en su mente estaban vaciados al daguerreotipo el plano geográfico de toda la república, así como la carta topográfica de cada una de las provincias argentinas. Alico no sólo conocía los caminos, los lugares poblados y despoblados y las distancias por las vías ordinarias, sino también las leguas que había de un punto a otro por sendas extraviadas, la naturaleza de los pastos, la condición de las aguadas, y el tiempo preciso que necesitaba el ejército para llegar de un punto a otro. El general no tenía otra cosa que decirle: “quiero ir a tal parte o amanecer en cual”, que ya él con seguridad le determinaba las horas que se precisaban para la operación y camino por donde había de ejecutarse la marcha con más facilidad. Debe agregarse que ese hombre extraordinario era unitario entusiasta y que prestaba espontáneamente sus servicios a los ejércitos que combatían el caudillaje en cualquier parte del país en que hicieran la guerra.” Cf. Lacasa. *Vida Militar*, cit., p. 201.

(217) Manuel F. Mantilla, en sus *Narraciones*, refiere, como oída al general Mitre, la titulada *Pilón*, en la cual se da esta explicación de aquel sobrenombre: “Angelis, en su empeño por complacer a Rosas, cansado de insultar a Lamadrid, inventó para él el apodo de *Pilón*, vocablo equivalente a *caballo de oreja cortada*, patrio, — en el lenguaje de las provincias del interior — y que fué aplicado a Lamadrid porque tenía una oreja desperfecta a consecuencia de una herida recibida en la guerra de la independencia.” (M. F. Mantilla: *Narraciones*. Buenos Aires, 1888, p. 88). Llamaban entonces en las provincias mediterráneas — sobre todo, en las andinas — *pilonar*, cortar una oreja, y se *pilonaba* los mejores caballos del ejército, como medio más eficaz de evitar, con la fealdad que produce la mutilación el robo tan frecuente de caballos en aquella época. (V. Pérez Rosales. *Recuerdos del pasado*. Santiago 1882, p. 96).

(218) El coronel Acha, que tanto se ilustró después con su

contingentes de las provincias del norte, y disciplinar el ejército de reserva. De esa manera, Lamadrid se incorporaba al ejército riojano de Brizuela, y se proponía dominar las provincias de Cuyo; como Acha quedaba protegiendo las del norte, y como esperaba lo hiciera Lavalle con las del litoral.

Las cosas no habían pasado tan fácilmente como se lo imaginaba Lavalle.

Al plegarse Lamadrid al movimiento revolucionario de las provincias coaligadas, se conoció en el acto que trataría de obrar con la máxima rapidez. ¿Cuál sería el primer objetivo de Lamadrid? Se creyó erradamente que trataría de aniquilar a Ibarra, por ser éste la columna más fuerte del partido federal en el norte (219).

triunfo de Angaco y cuyo nombre tiene, además, la triste celebridad de su fusilamiento en el Desaguadero, había sido soldado valiente a las órdenes de Rauch y de Suárez en el sur de Buenos Aires. Siendo 2º jefe del regimiento de húsares, en cuyo seno se encontraba el gobernador Dorrego, sublevó la fuerza faltando a su honor de militar, y entregó al ilustre mártir para que fuera bárbaramente fusilado, sin proceso y sin pretexto, en Navarro por Lavalle. La acción de Acha con Dorrego es exactamente análoga a la de Sandoval con Avellaneda. ambas tuvieron los mismos resultados. Como era natural, Acha se convirtió en furioso unitario y enemigo de Rosas. Después de la batalla de la Ciudadela en 1830, en la cual el valor prodigioso que mostró le conquistó la admiración de los tucumanos, Acha emigró a Bolivia, y regresó a Tucumán al saber que iba a tener el pronunciamiento. Era indudablemente un jefe valiente y hábil.

(219) En una carta inédita de don Jacinto Flores de Córdoba, dirigida al doctor Marco Avellaneda en Junio de 1840, se daban noticias interesantes sobre los trabajos unitarios en aquella provincia y sobre el estado de su gobierno, que estaba descuidado y desarmado. Se encontraba por entonces en Córdoba el coronel Uriburu, padre del que después fué presidente de la república. Era un hombre de valer en el interior y de influencia en su provincia, a donde se dirigía, y en cuyos sucesos tomó parte muy activa, como pronto veremos. Muy amigo del general Pacheco, a la sazón residente en

De ahí que el gobierno de Córdoba no viera tan in-

su estancia "Las Gemelas", del Salto (provincia de Buenos Aires), le escribía con suma frecuencia y en aquella correspondencia se encuentra la clave de muchos sucesos oscuros del interior, y que utilizaremos al estudiar la acción militar y política del gobierno de Rosas en la época que nos ocupa. Rosas lo estimaba especialmente. "Celebro que hayas hablado con el señor Uriburu — escribe Rosas a Pacheco. (*Abril 23 de 1840.*) Le adornan en efecto las virtudes con que lo consideras. Es el hombre que en aquellas provincias endulzaba algo los disgustos que me causaban los errores de nuestro infortunado amigo, el señor Heredia." La carta que sigue demuestra que, en efecto, el gobierno de Córdoba estaba desarmado y descuidado, porque el general López creía firmemente que lo protegía lo bastante la provincia de Santiago del Estero, a cuyo frente se encontraba el general Ibarra, que no sólo era el mejor baluarte del federalismo en la región norte, sino que era la llave de la política en las provincias del centro y norte, porque, encontrándose interpuesto forzosamente entre estas últimas y el litoral, por sus manos pasaba toda la correspondencia de y para Rosas. En Córdoba no podían imaginarse que la coalición del norte se lanzara sobre el centro o sobre Cuyo, dejando a sus puertas a Ibarra: lo lógico era atacar y destruir primero a éste, y en seguida continuar hacia adelante. Del punto de vista político y militar, era esto, sin duda, lo más lógico; pero Ibarra era demasiado fuerte y demasiado sagaz: Avellaneda y Lamadrid prefirieron no estrellarse contra él, sino tratar de flanquearlo, como lo hicieron.

He aquí la carta del coronel Uriburu: "Córdoba, mayo 14 de 1840. *Señor Don Angel Pacheco:* Mi general y amigo de todo mi aprecio: El 12 del corriente llegué a esta ciudad, algo mejorado de mis males. Desde entonces he deseado una oportunidad de dirigirme a Vd., manifestándole mi profundo reconocimiento a su benévola amistad. Debía haber pasado hasta mi vecindario Salta, pues aunque no bien sano de mis males, me lo hubiesen ellos permitido; pero la noticia del pronunciamiento del Tucumán, encabezado por el traidor Madrid, del que lo creo a Vd. impuesto, me ha hecho parar en esta ciudad, donde pienso permanecer hasta que adquiera noticias ciertas de aquellos pueblos, y vea el desenlace del Entre Ríos, que de una y otra parte existimos en ésta en el mayor silencio. Parece que en caso de obrar Madrid y Acha, y según se dice en ésta, será por ahora sobre Santiago,

mediato el peligro, como lo era, según lo bien preparado del terreno.

Hemos ya indicado ligeramente cuál fué el éxito del primer movimiento de Lamadrid sobre Córdoba: veamos ahora qué razones determinaron su marcha sobre

a donde lo creo muy prevenido al señor Ibarra; si entrase La Rioja, como también lo indican los tucumanos en sus actas, extenderían sus operaciones a esta provincia y, a mi ver, en este caso, con muy buen resultado, pues está desarmada, y con muchos enemigos interiores, que trabajan hoy, y que en ese caso se pronunciarían contra el gobierno; mas La Rioja hasta hoy se mantiene en silencio a pesar de haber mandado el gobierno del Tucumán al coronel Córdoba, como agente suyo, cerca del señor Brizuela, y hay la fundada esperanza de que este señor se mantenga firme por la federación, en razón de prevenciones que deben existir de atrás en contra de Madrid. La provincia de Jujuy se ha pronunciado lo mismo que el Tucumán, y habiendo depuesto a Iturbe, su anterior mandatario, le ha sucedido don Roque Alvarado, comerciante. De Salta nada se dice; parece que no quiere dar la cara, y aun de Catamarca aseguran que hay oposiciones para hacer lo que Tucumán, de parte del comandante general de aquella provincia. Todo depende, mi general, del resultado que saquemos en Entre Ríos y Buenos Aires; pero sin embargo, creo que es necesario no descuidemos el norte de la república, que parece que hay plan vasto de conflagrarlo. Le ruego a Vd. se sirva honrarme con sus comunicaciones, bajo la cubierta de este señor gobernador, porque ellas me traerán el bien de ponerme al corriente de los negocios públicos, para según eso resolver sobre mi persona con acierto. Al señor gobernador López, que ví en el Saladillo, le dije sus muy afectuosos recuerdos, y él me manifestó la íntima adhesión hacia la persona de Vd., y sus deseos por tener una entrevista con Vd. y que por las circunstancias no se lo exigía. Le ruego a Vd., mi general, de presentar mis respetos a mi señora Dolores, su digna esposa, deseando que libre de su embarazo con felicidad, asimismo que se sirva dar mis recuerdos al señor canónigo y cura de esa, doctor Torres, y al señor coronel Lagos; cabiéndome la satisfacción de poder asegurar a Vd. que me honro mucho de ser tan adicto y antiguo amigo suyo, como su decidido servidor Q. B. S. M. *Evaristo de Uriburu.*'' (*Archivo Pacheco*, vol. *Correspondencia*, 1840, f. 268).

Rioja, y, por último, su invasión triunfante a Córdoba.

Apenas salió Lamadrid de Tucumán, tuvo lugar su primer contraste: el coronel Celedonio Gutiérrez, jefe prestigioso, se separó del ejército con su regimiento, y pasó a Santiago a fin de presentarse al gobernador Ibarra. Lamadrid siguió para Catamarca, pues en los Baldes debía esperarlo el gobernador Cubas, con un contingente militar. Allí tuvo su segundo contraste: Cubas se separó del ejército... (220)

Temiendo Lamadrid quedar sin gente, vuelve sobre Tucumán, que acababa de invadir Gutiérrez, con los *choyanos* de Ibarra (221). Logra rechazarlo en Quiroz, y

(220) “Así que supo Cubas la defección de Gutiérrez, lo encontré desalentado y sin querer dejar tampoco alguna fuerza, o, cuando menos, sus mejores caballos para continuar yo solo, so pretexto de habersele defecionado a él también un comandante con un escuadrón. En vano fueron todas las reflexiones que le hice sobre la necesidad de continuar mi marcha y no dejar chasqueados a los riojanos y cordobeses que estaban de acuerdo: él regresó a Catamarca...” (Lamadrid. *Memorias*, t. II, p. 157).

(221) *Choyanos*, en la fraseología de la época, en las provincias del Norte, equivalía a “bandidos”. En las provincias mediterráneas se llamaban así, porque Ibarra tenía por costumbre no mantener milicia fija, sino apenas un par de centenares de policianos; pero cuando necesitaba invadir otra provincia o facilitar algún contingente, hacía correr la voz entre el gauchaje de que se reunieran para una “volteada”. Con el aliciente del botín, — al estilo de los bandos irregulares de la guerra de los 30 años—, se reunían algunos centenares de gauchos, se incorporaban al núcleo militar que debía dirigirlos, y se lanzaban como azote de Atila sobre los pueblos amenazados. De esta manera Ibarra se hacía temer de sus vecinos, disponía de fuerzas militares sin gastar en ellas un real y se hacía querer de los santiagueños, indómitos entonces y bravíos. El procedimiento, sin duda, es lamentable; pero debe recordarse que no sólo fué admitido en Europa durante el feudalismo, sino que en los tiempos modernos era el sistema empleado por Felipe II, con las bandas de Noircarmes en la lucha titánica con los Países Bajos.

pasó a Tucumán, donde a la sazón se reunía el congreso de la coalición (222), y dió aviso a Lavalle en Entre Ríos de que los gobernadores de las cinco provincias coaligadas lo acababan de nombrar general en jefe del ejército de las provincias (223).

(222) Ese congreso debía nombrar al gobierno general provisional; pero, dice Lamadrid, "el objeto principal de este congreso debía ser formar un ejército de los contingentes que debía dar cada una de las provincias pronunciadas; invitar a las demás a que enviasen sus diputados para la más pronta instalación de un congreso general, al efecto de constituir el país; enviar agentes a las repúblicas vecinas, y seguir dirigiendo mientras tanto la política el gobierno que se nombraría al efecto." — *Memorias*, t. II, p. 158.

(223) "Preciso es advertir — dice el mismo Lamadrid, (*Memorias*, t. II, p. 162) — que cuando escribí al general Lavalle, yo era el general nombrado por las provincias para mandar el ejército que ellas debían formar, o al menos estaba autorizado como tal por los gobernadores."

XI

LA CAMPAÑA A LA RIOJA: BRIZUELA Y ALDAO

Mientras tanto, Aldao había ya invadido La Rioja, y Brizuela — el director “titular” de la coalición — peligraba. Entonces se resolvió que Lamadrid marchase rápidamente en su auxilio y que Acha quedara organizando los contingentes militares de la coalición.

Al llegar a La Rioja e incorporarse con Brizuela, vió que Aldao había invadido esa provincia con 1.100 hombres y que tenía próxima una vanguardia de 400, mientras que Brizuela estaba en la inacción al frente de 1.200 milicianos. Lamadrid había sido recibido con vítores, pero Brizuela, siguiendo su política de taimado, si ofrecía todo no cumplía nada. Aldao, aprovechándose de la inercia del caudillo riojano, había arreado todos los ganados, de modo que los ejércitos de la coalición sufrían hambre verdadera (224). Lamadrid logró obtener de

(224) El general Faz—*memorias*, ed. cit., II, 424—se burla del lance de Lamadrid, cuando, retirándose a su campamento gritaron los soldados en coro “*Tengo hambre...*” y él acalló

Brizuela unos 300 hombres, al mando de Peñaloza (a) *El chacho*, y con ellos sorprendió en la Redonda la van-

la grita con 2 chifles de vino y... una *vidalita*. Lamadrid (*Observaciones*, ed. cit., 382) replica refiriendo en detalle el incidente, y diciendo que hizo que los cantores tucumanos cantaran esta *vidalita*:

;Constancia, bravos riojanos,
Que aunque no haya que comer.
Tus amigos tucumanos
Sabrán morir o vencer!

que los cantores riojanos replicaron y que "pasaron casi todo el resto de la noche cantando en contrapunto, sobre cuál de los dos pueblos tenía más abnegación para salvar la patria". Villafañe, secretario de Lamadrid, confirma la escena (*Reminiscencias*, ed. cit., 143). Este último refiere otro episodio característico: "En otra ocasión — dice (*op. cit.*, 135) — era de noche; marchábamos a pie al frente de la columna el general y yo, llevando de la brida nuestros caballos. De vez en cuando oíamos a nuestra espalda, gritos como éste: — *Hambre, hambre!... Empanadas...!* etc. Evocabanse estas imágenes y otras semejantes, como quien insultara el dolor con marcado despecho. Confieso que mi alma iba traspasada, y que llegué a temer apareciera de repente una especie de *sálvese quien pueda!* El general continuaba silencioso y triste. Quise saber lo que por él pasaba y me aventuré a dirigirle estas palabras: — ¡Dónde estaba usted, general, cuando se dió la batalla de Quiroga! Después de un momento, que se prolongó demasiado, me contestó: — "Déjeme por ahora, estoy componiendo una *vidalita!!!*" Al oír esta salida, me ocurrió un extraño pensamiento: ¿es el general, o soy yo quien está loco?" "La *vidalita*" es de origen montañés, tiene su abolengo de aquella raza que tuvo al sol por deidad primera, y era adorado en templos colosales de piedra o bajo el infinito cielo de América, a la hora en que el dios flamígero se hundía envuelto en llamaradas rojas en el pavoroso occidente, y cuando aparecía de nuevo, aprisionado aun por las nubes de la noche que al asomar la aurora se tiñen de deliciosos rubores. Ella tiene su unísono en el *triste* de la llanura donde cantó Santos Vega. Tiembla la voz que modula aquella música, lo mismo que la de las vírgenes sagradas cuando entonan sus salmos ante los altares; y cuando el campesino la repite sin palabras en las laderas y en los bosques, en la quena legendaria de sus an-

guardia de Aldao, dispersándola (225). Aldao entonces retrocedió.

Fué entonces que Lamadrid tuvo conocimiento de la situación de Lavalle en Buenos Aires, por una comunicación interceptada del gobernador López (a) *Quebracho*, de Córdoba, a Aldao (a) *El fraile*, de Mendoza (226). Lamadrid, sobre la marcha, escribe al goberna-

tepasados, se siente brotar lágrimas de las peñas y correr en silencio sobre el granito el llanto secular de la Niobe de Ovidio". J. V. González. *Recuerdos de la tierra*, en *La Biblioteca*, II, p. 396). La *vidalita*, como es sabido, son "estrofas que cantaban nuestros gauchos del interior, terminando todas ellas con un *estribillo* o coro, cuya significación denuncia el sentimiento del bardo o trovador que solloza. Las de Lamadrid acababan por *¡muerte al tirano! ¡morir o vencer!* etc." Por supuesto, Lamadrid refiere el incidente con lujo de detalles en sus *Memorias*, (II, 166). El coro de la *vidalita* en cuestión, era:

*Siga la guerra,
Truene el cañón,
Pronto tendremos
Constitución.*

"Los riojanos infantes que estaban inmediatos, así que oyeron esta cuarteta, corrieron a contestarla... Luego que los vi exaltados y en *contrapunto*, comencé a distribuirles en pequeñas partes toda la provisión que había traído: todo el campamento concurrió al canto, se olvidaban todos los soldados del hambre, y se pasaron cantando con el mayor entusiasmo hasta las dos de la mañana..." (*Op. cit.*, II, p. 168).

(225) Lamadrid (*Memorias*, II, p. 162) refiere esa escaramuza con el colorido de un combate épico, en el que resulta que su sobrino el mayor Alvarez hizo actos de heroicidad. Pero "como el general Brizuela me hubiera encargado a mi salida — dice Lamadrid — que no me precipitara a cargar solo al ejército enemigo, y ya tuviese aviso de haber salido de La Rioja; y por otra parte, no tenía caballos aptos para cerseguir al enemigo, no juzgué prudente el perseguirlo..."

(226) El gobernador de Córdoba exageraba las noticias de invasión de Lavalle y la *derrota* de Pacheco, pintando como inminente el asalto de la ciudad misma de Buenos Aires, porque "tomó ese pretexto — dice un jefe unitario (Elia, *Memoria*, loc. c., X, 257) — para negarse a enviar a Aldao los auxi-

dor de Santiago una carta amenazadora (227), con el objeto de paralizarlo; hace que Brizuela intime su dimisión al de Córdoba, y le exige que destaque a Yanson con 200 hombres sobre San Juan, para destruir a Benavidez. Al mismo tiempo combina con D. Juan Rosas, una revolución unitaria en Mendoza contra Aldao; y

lios que le había pedido, y le aconsejaba que, en caso de verse apurado por las fuerzas riojanas, se replegase sobre Córdoba donde sería auxiliado con todos los elementos de la provincia.”

Lamadrid, después de imponer a Brizuela de la comunicación interceptada, y de enviarle una copia a Aldao para que se creyera perdido, resolvió devolver a López el mismo oficial portador de aquella nota, intimándole que abandonara el gobierno... Y “para que mejor se impusiera él mismo de mi ejército y de su estado — dice Lamadrid (*Memorias*, tomo II, p. 164) — le mandaba aquella comunicación con su mismo oficial conductor, que había sido preso por mis partidas, y visto todo el ejército, el cual estaría en Córdoba antes de 20 días..”

(227) Cuartel general en marcha, Agosto 28 de 1838.

Señor don Felipe Ibarra:

Mi querido Felipe: A pesar de los ultrajes que me has prodigado, como simple ciudadano no puedo ser tu enemigo: si tú hubieras escuchado mis consejos, y no te hubieras dejado alucinar por tus áulicos, tu posición hoy sería menos difícil y tu porvenir más seguro y ventajoso.

Te remito una copia de la carta que acabo de recibir del general Lavalle con el célebre Alico, por la que percibirás que tengo derecho a hablarte con la seguridad y confianza de un jefe vencedor. Te lo repito, he mirado los epítetos que me concedes y he reído. — Yo no se aborrecer. — Tu situación es bien complicada en el día. — A la fecha el general Lavalle ha puesto en conflicto al que creías invencible, la opinión pronunciada contra él producirá su esfuerzo acostumbrado, y, abatido aquel baluarte, el resultado de la lucha ya no se dudará. Considera bien la posición de Rosas, y verás si están por él las probabilidades del triunfo. Vuelve enseguida la vista sobre tu aliado de Córdoba y lo hallarás sobre un volcán. El pueblo cordobés no necesita sino del más pequeño apoyo para alzarse y destruir al guaso que lo ultraja. Si tú con tus maniobras no hubieses entorpecido mis movimientos, ya el asunto estaría concluído;

con el Dr. Miguel Piñero otra de igual carácter en Córdoba, contra López. Pero la actividad febril de Lamadrid se estrella contra la inercia bruta de Brizuela, que pierde más de un mes en idas y venidas (228); Ibarra,

pero con esto no has hecho más que retardar un acontecimiento que estallará más tarde. Mira, por otra parte, al *Fraille* pronto a sucumbir bajo los esfuerzos de una provincia poderosa por los recursos y su unión, favorecido por las simpatías numerosas que cuenta en las filas enemigas, e invencible por la naturaleza misma del suelo que sirve de teatro a la contienda. — ¿Crees tú que si aquel jefe sufre algún desastre podrá hallar nuevos elementos para rehacerse y repetir la tentativa? No te creo tan necio. — El terror es inútil cuando la opinión es protegida por un ejército vencedor; y vencerá, no lo dudes, y Córdoba estará pronto bajo nuestra protección. o pasará un mes. — Escucha. — Con tu obstinación, no conseguirás otra cosa que encrespar más los ánimos contra ti, y contra la miserable provincia que presides. No son infortunios positivos solamente los que te abrumarán — el remordimiento, los gemidos de todo un pueblo caerán también sobre ti.

Aún es tiempo. — El padre o lego que tantas veces insultaste, puede salvarte todavía si te acoges a la última prueba de amistad que te ofrece, tendiendo un velo a lo pasado. Pero para esto es preciso que me entregues al cobarde Gutiérrez, al estúpido animal que te alucinó con sus promesas quizás; con el deseo de mandar tal vez. — En fin, interpreta como quieras mi lenguaje. — el tiempo te revelará si es o no sincero. — Los momentos son preciosos, escoge; pero cuidado con errar! — Un arrepentimiento tardío suele atormentar!

Adios, manda como quieras a tu antiguo y verdadero amigo.
Gregorio Aráoz de la Madrid.

Está conforme.

Félix G. Frías.

Secretario del ejército libertador.

(Esta carta está publicada en Díaz. *Historia política y militar*, ed. cit., V. 193).

(228) Es preciso leer en las *Memorias* de Lamadrid su odisea con Brizuela. “La razón que daba este general para oponerse a todas estas medidas, era la de que juzgaba mejor que todos juntos persiguiéramos al *Fraille*. Yo tenía poco que condescender con este hombre funesto y mucho más desde que esta-

entretanto, al recibo de la carta de Lamadrid, se apresura a prevenir a López (229). Indudablemente aque-

ba nombrado y reconocido para jefe supremo y director de la guerra, por el congreso de agentes que se había instalado ya en Tucumán antes de la derrota de la caballería de Aldao, y aun antes de saberse este nombramiento, porque la fuerza de La Rioja y su armamento era toda la esperanza de las provincias''. Apenas consiguió Lamadrid orden para marchar en una dirección, recibió contraorden para ir en otra. Y eso que, como lo dice él mismo, (*Memorias*, II, p. 165) "no alcanzaba la carne para el ejército sino dando un día sí y otro no, media ración solamente, y hubieron ocasiones que nos pasamos dos días sin comer."

(229) Santiago, Septiembre 2 de 1838, 9 de la noche.

Señor don Manuel López:

Mi buen amigo y compañero:

En este momento acabo de recibir una carta del traidor Madrid, fecha 28 de agosto, en marcha, y supongo la ha escrito en Catamarca. Contiene mil disparates en forma de consejos, la cual no le remito porque lo más de ella se reduce a groseros insultos contra la benemérita persona de Vd. Asegura que en un mes, a más tardar, vendrá a tierra, y lo mismo dice del compañero Aldao; agregando que Vd. está sobre un volcán que pronto reventará.

Su principal objeto al escribirme ha sido el remitirme una copia de carta que dice haber recibido de Lavalle, y es la misma que he mandado transcribir y la remito a Vd. Parece que estos hombres, a fuerza de mentiras, pretenden hacer la guerra, pero no concibo cómo, después de sucesos tan grandes y notorios, se atreva Lavalle a decir todo lo que aparece en la carta. Léala Vd. detenidamente y sírvase hablarme sobre ella en la inteligencia que nada de todo ello me sorprende, porque veo que, en cualquier circunstancia, a Lavalle hace cuenta atizar más y más el fuego en estos desgraciados. Lo único que advierto en dicha carta de nuevo es esa supuesta derrota de Pacheco en la noche del 6 de agosto, y esto no tengo como contradecirlo, gracias al silencio de nuestros amigos de abajo, que dejan pasar 2 y 3 meses sin escribirnos una sola línea, al paso que nuestros enemigos se corresponden con la mayor actividad, y aún por encima de nosotros, salvando mil inconvenientes y peligros.

llos momentos eran importantes, pero nada había que hacer con un imbécil como Brizuela.

Ruego y suplico a Vd., mi buen amigo, que me haga saber su contestación a esta carta, comunicándome todo cuanto sepa, como acostumbra Vd. hacerlo. Y, entre tanto, admita Vd. el fino afecto de este su fiel compañero y amigo Q. S. M. B.

Felipe Ibarra.

Nota. — Amigo: le haré una indicación, si le parece bien, y es que tenga 1 o 2 hombres amigos de confianza en la provincia de Buenos Aires, prevenidos para que en el momento de tener lugar cualquier suceso, favorable o adverso, vengán volando a comunicar a Vd. Indico a Vd. esto, por si acaso nuestros amigo de abajo están creyendo que nosotros hemos de desmayar al saber una noticia funesta; si así lo creen, se equivocan, pero tal vez esto será lo que los obliga a avisarnos sólo lo bueno, y no lo malo. — (*Hay una rúbrica*).

(*Archivo Pacheco*, vol. cit., f. 136).

XII

LAMADRID EN CORDOBA

Lamadrid entonces resuelve marchar sobre Córdoba, donde todo estaba preparado para que estallara la revolución (230) dejando que los de Mendoza se entendieran solos, pues en último caso habrían servido para entretener a Aldao (231). Los jefes cordobeses, apalabrados ya,

(230) El mismo Lamadrid lo dice (*Memorias*, t. II, p. 169): A las tres horas de haber salido del Portezuelo, donde quedó el general Brizuela, recibí un chasque del coronel Aparicio desde la sierra de Córdoba, avisándome que estaba dispuesto a pronunciarse contra su gobierno, pero que necesitaba para dar este paso que yo lo auxiliara con una división... Me mandó proponer, con el Dr. Malbrán, que me dirigiera por San Roque sobre la capital de Córdoba, pero juzgué más ventajoso marcharme por Santa Catalina, ganando a todos los jefes del norte, a quienes dirigí comunicaciones al instante por medio del coronel Casanóva, que mandé a vanguardia con el mayor Alvarez, y, ordenando al coronel Aparicio que siguiera él por San Roque, continué mi marcha sobre la capital, después de haber adelantado un propio a los patriotas de Córdoba, avisándoles la intimación que dirigía ese mismo día al gobernador...''

(231) El movimiento unitario, encabezado por D. Juan Rosas, estalló, por último, en noviembre 4, y puso de gobernador interino al coronel Molina, queriendo parlamentar con Aldao; pero éste, que estaba en San Luis, marchó sin detenerse sobre

se fueron plegando a las fuerzas de Lamadrid. En vano quiso Brizuela ordenar el regreso de Lamadrid: éste prefirió desobedecer (232). Al llegar a Córdoba, la revolución estalló a su aproximación encabezada por el Dr. José Francisco Alvarez, — que fué electo gobernador provisorio—, Paz, Ferreira, Lozano, Ocampo, Igarzá-

Mendoza y al aproximarse se desbandaron las fuerzas revolucionarias. “El 13 — dice el cronista Zinny (*Historia de los gobernadores de las provincias argentinas*, ed. cit. III, 150) — no había ni gobierno ni enemigo alguno de la pseudo-federación en toda la provincia, quedando así sofocado aquel movimiento sin la menor oposición.” Zinny, en esto como en casi todo su libro, se sirve de los documentos oficiales de la época, *sin mencionarlos*, y por dar a su obra un barniz *anti-federal* (en consonancia con la opinión reinante cuando publicó su libro) les intercala algunas frases de efecto. Así, lo de *pseudo-federación* en la frase citada es lo único de Zinny: lo demás como toda la crónica de esa revolución, es sacado textualmente de la nota de Aldao al gobernador López, de Córdoba (fecha Mendoza, noviembre 26 de 1840. cf. *Diario de la tarde*, enero 5 de 1841, N° 2837). Sarmiento (*El general frai Félix Aldao*, en *Obras completas*, ed. cit., VII, p. 266) agrega: “todos esperaban otras matanzas del año 29, pero nada de esto hubo. Destierros, persecuciones, despojos y contribuciones, fué toda la venganza que tomó. Aldao ha mostrado en estos últimos años que la sangre de los ciudadanos le causaba horror.”

(232) Elia, *Memoria histórica*, X, 263. Como el coronel Elia fué posteriormente jefe de E. M. de Lamadrid en Tucumán, todos estos informes son auténticos, pues él declara que le han sido suministrados por el mismo Lamadrid. En efecto, he aquí como Lamadrid refiere el incidente en sus *Memorias*, (t. I, p. 170): “Al emprender mi marcha para pasar la travesía, recibí una comunicación del general Brizuela, en la cual, suponiendo que el *fraile* general había contramarchado hacia Ulape, me ordenaba retroceder a dicho punto donde él se dirigía con su ejército, por la Costa del Medio, y me aseguraba que, después de batido el *fraile*, me daría más fuerzas para que continuase mi marcha sobre Córdoba, lo cual era sólo un pretexto para hacerme regresar. Yo, que estaba cierto de la falsedad del retroceso del *fraile* por mis bomberos, y de que no teníamos que comer en el

bal, Posse, Soage y sobre todo el Dr. Miguel Piñero (233). Lamadrid entró el mismo día octubre 11, y su primer

largo del camino hasta Ulape, ni aún allí mismo, y que, por otra parte, había comprometido al coronel Aparicio y mandado auxiliarlo con una fuerza, le contesté que no me era posible retroceder sin dejar perdidos así al coronel que habíase prestado a mi llamamiento, como a la fuerza que había mandado en su auxilio; que, a más de esto, me hallaba con la mitad de mi fuerza a pie y que en la vuelta estaba cierto que se me desertaría la mayor parte de ella, que había consentido ir a Córdoba con la certeza del triunfo, pues tenía el convencimiento de que retrocediendo iba a perecer de hambre en Ulape, y, sobre todo, porque para batir al *fraile* tenía él fuerza doblada sin necesitar de la mía: que, hecho el cargo del compromiso en que ya estábamos de no abandonar al jefe de la Sierra que habíamos comprometido, ni a la fuerza que había mandado en su auxilio, así como de la importancia de asegurarnos de la provincia de Córdoba, de donde podría yo proporcionarle recursos para su ejército, ya prestados por ella, o proporcionándolos el general Lavalle, con quien era preciso ponernos de acuerdo, me dispensaría no poder volver a su llamado, y continuaría su marcha sobre San Juan, pues que el *fraile* había tomado el camino de San Luis, conociendo su importancia para defender a San Juan y Mendoza, que los dejaba abandonados.”

(233) El doctor Vicente F. López, — que fué secretario del ramo de guerra, en el gobierno resultante de la revolución — da muchos detalles de la preparación y desarrollo de aquel movimiento (*Manual de la historia argentina, dedicado a los profesores y maestros que la enseñan* — Buenos Aires, 1896, p. 570 y sgts). A pesar de haber sido actor en ella, los 55 años que habían pasado desde entonces han hecho seguramente flaquear su memoria, pues su relación está llena de contradicciones y de errores. Describe la *congiura* como si se tratara del 4° acto de “Hugonotes”, y Lamadrid no aparece para nada en escena. Los conjurados cordobeses se apalabran, encabezados por el doctor Francisco Alvarez, se ponen de acuerdo con un negro y un mulato, que eran oficiales en los cuerpos cívicos, y combinan con Avellaneda, en Tucumán, el estallido... Para juzgar de la exactitud de esos recuerdos bastará este párrafo: “El 7 de octubre por la noche se recibió la noticia de que Lamadrid y Rojo habían pasado de la provincia de Santiago del Estero a la

cuidado fué comunicar el suceso a Lavalle, despachando a *Alico* con ese objeto.

Poco antes de llegar a Córdoba, acababa Lamadrid de

de Córdoba." Ahora bien: Lamadrid se encontraba en La Rioja, desde agosto, y en septiembre 12 derrotaba a Aldao en la Hedionda. De La Rioja se dirigió a Córdoba, sublevando a los jefes de campaña, Casanova, Aparicio, etc. Al aproximarse a Córdoba intimó a López "por conducto del teniente coronel Argüello, que dejase al pueblo en plena libertad para que eligiera su gobierno." Más aún: el mismo Lamadrid agrega (*Memorias*, t. II, p. 172): "Como ya estaban prevenidos con este aviso los patriotas de la ciudad, así de mi aproximación como de la intimación que había dirigido a su gobierno, y de la decisión de todas las fuerzas del norte y de la sierra, así como de haber mandado al benemérito coronel Manuel Salas a ocupar el fuerte del Tío con una partida, convocaron al valiente y distinguido cuerpo de cívicos, con su benemérito comandante el teniente coronel Gigena, e hicieron la intimación al gobierno el 11 de octubre, el cual, después de haber mandado a recibir a mi parlamentario, abandonó el puesto..." Convocado entonces el pueblo, nombró provisoriamente de gobernador al doctor Francisco Alvarez, el cual, después de recibido, me dirigió el aviso de su nombramiento, suplicándome suspendiese mi entrada para dar tiempo al pueblo que quería salir a recibirme: este aviso me encontró en marcha a las inmediaciones de la capital, y fué preciso demorarnos dos o tres horas, después de las cuales verificamos la entrada con inmenso regocijo del pueblo todo, que salió a recibirnos fuera". Mientras tanto, el doctor López se contenta con decir incidentalmente, después de relatar la revolución: "A pocos días de allí se llegó el general Lamadrid con algo más de 1600 hombres..." Es preciso no exagerar las cosas: Lamadrid marchaba sobre Córdoba al frente de un poderoso ejército, y venía de La Rioja. El gobernador López no tenía cómo resistirle y prefirió retirarse ante su avance. Entonces se hizo la revolución, llegando Lamadrid el mismo día. Añade el doctor López: "Hemos dado alguna extensión a este relato porque esta revolución de Córdoba salvó al general Lavalle de tener que hacer una capitulación horrible que no podía evitar". Nada más exagerado: lo que evitó la capitulación fué la aproximación del ejército de Lamadrid y el formidable movimiento de la coalición del norte.

conocer, por un chasque propio, la funesta retirada de Lavalle (234): desde ese momento la revolución se convertía en una lucha desesperada (235). El nuevo gobernador Alvarez se apresuró a reunir 4000 hombres y, comprendiendo que se trataba de hacer el esfuerzo supremo, se lo avisó a Lavalle para que combinaran todas las fuerzas revolucionarias (236).

(234) Lo supo por un oficial Almandos, a quien había enviado en comisión hasta el Pergamino para que le trajera *noticias ciertas*, quien le informó “que el general Lavalle había llegado hasta los suburbios de Buenos Aires, y de allí tuvo que contramarchar hacia el interior, para perseguir a D. Juan Pablo López (a) *Mascarilla*, que maniobraba a retaguardia”, (cf. Lamadrid, *Observaciones*, ed. cit., p. 383).

(235) “Lamadrid aparentó satisfacción y alegría al recibir esta noticia — dice Villafañe (*Reminiscencias*, ed. cit., 152) — comentóla favorablemente ante todos, lisonjeándose con la idea de que, una vez reunidos, seríamos invencibles. Por la noche, solos en la carpa, dije: ¡Y le parece a usted bien, mi general, la retirada de Lavalle estando ya casi en Buenos Aires? — ¡Qué me va a parecer bien! — replicó con animación. Era menester haber tomado esa ciudad o perecer, una vez en sus extremos. Su movimiento retrógado es una derrota: eso de volver sobre *Mascarilla* es una pobre excusa!”

(236) Los hombres de esa revolución — dice un escritor santafecino (*Rasgos biográficos del general D. Angel V. Peñaño*, Paraná, 1863)—ayudados por el contingente que el general Lamadrid traía consigo, consiguieron organizar un ejército de cerca de 4.000 hombres, el cual se mandó ofrecer al general Lavalle por una comisión de vecinos respetables, para que con su ayuda pudiese batir fácilmente las fuerzas que, al mando del general Oribe, había despachado Rosas en su seguimiento. Lavalle, cuya impericia militar era sólo comparable con su petulante arrogancia, esquivó una contestación decisiva al ofrecimiento que se le hacía, y anticipó la batalla en situación y condiciones desesperadas, por no dar a sus amigos parte en una gloria que él quería sólo para sí. Los resultados, sin embargo, no correspondieron a sus esperanzas, y los campos de Quebracho Herrado dan testimonio del castigo que recibió su vanidad el 28 de noviembre de 1840.”

Cuando Lavalle recibió esas comunicaciones, se hallaba en una situación desesperada.

Acababa de apoderarse de la ciudad de Santa Fe, en un asalto que hará siempre honor al jefe federal, general Garzón, que cayó allí prisionero (237). En el acto, Lavalle ordenó que el jefe vencedor, coronel Rodríguez del Fresno, convocara al *pueblo soberano a...* elegir gobernador (238). Como era natural, en una *elección*

(237) El coronel Rodríguez del Fresno publicó en 1861 en la *Revista del Paraná* (año I, núm. 7, agosto 31 de 1861), con el título de *Ataque y toma de la ciudad de Santa Fe. Episodio de la guerra civil 1840*, una exacta relación de aquella operación de guerra. Allí da cuenta del asalto, heroica defensa y final rendición de Garzón y oficiales, "garantiéndoles la vida." Refiere, además, que LAVALLE RESOLVIÓ FUSILARLOS A PESAR DE LA CAPITULACIÓN, diciendo "les bajaré el cogote." Pero que, a los ruegos de la viuda de Cullen, que debía grandes servicios a Garzón, "el general Lavalle, en atención a los hechos que refería la suplicante, accedió a la petición; pero una vez concedida la vida a Garzón, los otros fueron favorecidos con la misma gracia." El coronel Elía había publicado en la misma *Revista del Paraná* (año I, N.º. 1861), un fragmento inédito relativo al mismo incidente, y sacado de su *Historia de la guerra sostenida por los libres de la República Argentina, contra el tirano D. Juan Manuel de Kosas, escrita en Sucre, capital de Bolivia, el año 41*. (Trabajo publicado con notas del Dr. Angel J. Carranza, en la *Revista Nacional*, t. V-XI, bajo el título de *Memoria histórica*, etc., y cuyo testimonio es tan precioso para esa época). Pues bien, el coronel Elía refiere que Lavalle resolvió: "los prisioneros serán fusilados", y que le dió órdenes al respecto, pero que posteriormente le dió contra-orden.

(238) Ejército Libertador y cuartel general en el Vinal, octubre 5 de 1840.

Al Sr. Comandante general de armas de la provincia de Santa Fe, comandante don Pedro Rodríguez:

El tirano Pablo López, gobernador interino de esta provincia, tuvo la temeridad de provocar al ejército libertador desde el momento que éste desembarcó en la provincia de Buenos Aires, para libertarla del odioso tirano que la oprime. El general en jefe resolvió entonces escarmentar al presuntuoso cau-

semejante, resultó aclamado canónicamente el jefe militar (239).

dillo, librando al heroico pueblo santafecino de su feroz dominación. Este objeto se ha llenado y el tirano ha abandonado la provincia, perseguido y batido por los escuadrones descubridores del ejército libertador; así lo único que resta para concluir la obra de la libertad y regeneración del pueblo santafecino, es restablecer el imperio de las leyes. Pero el fugitivo López ha dispersado la legislatura provincial, y en tal estado el arbitrio que debe emplearse para sacar al pueblo de la vieja vía en que se encuentra, es que el señor comandante general, reuniendo las notabilidades de la provincia, determine que ellas procedan a la mayor brevedad posible a elegir un gobierno provisorio, que presida interinamente la dirección de los negocios públicos.

Con tan patriótico fin, el general en jefe invita al Sr. Comandante general, resuelto como está a no intervenir para nada en un acto que es de exclusivo derecho del pueblo santafecino.

El general en jefe saluda al señor comandante con su consideración distinguida.

Juan Lavalle.

(*Archivo Pacheco*, vol. *Correspondencia*, 1840).

(239) Santa Fe, octubre 9 de 1840.

Sr. General don Juan Lavalle.

Mi estimado General:

En este momento se me presenta uno de los soldados de Oroño y dice que éste ha sido derrotado por una fuerza de MásCara; que pasó a la isla; que han perdido las caballadas, armas y monturas. Con el que me da la noticia han venido hasta las quintas de la ciudad 27 hombres. Les he dado orden de permanecer aquí. Oroño viene con la demás gente por las islas.

Después de este suceso, es fácil al enemigo arrebatarnos la caballada que tiene en la isla el mayor Herrera. En consecuencia, le doy orden para que la saque mañana temprano.

Bejarano ha reunido ayer 700 caballos en estado de servir. Puedo proporcionar a Vd. hasta 1000. Supongo que este número será bastante para la división, que debe marchar a atajar a López y traer a su regreso ganados. Esta operación me parece de suma importancia.

Ayer interceptamos la comunicación, de que envió a Vd. co-

Tras este insignificante éxito, y habiendo descuidado su base de operaciones, alejándose de la provincia de Buenos Aires y de la de Córdoba, donde se preparaba a operar el ejército de Lamadrid, Lavalle tuvo otra vacilación funesta para la causa que defendía. En vez de resolverse a su rápida incorporación con Lamadrid,

He prendido en consecuencia, a los Osunas, Alzogaray y 8 más enemigos nuestros.

Parece indudable que Echagüe ha sido completamente batido. Nos da esta noticia una mujer, que llegó a las 12 de la noche de ayer. Dice que ella ha hablado con los mismos soldados de la escolta de Echagüe que se preservaban dispersos en la Bajada, que allí estaban dispuestos a abrir las puertas al general Paz, sin hacerle la menor resistencia. La mujer dice que su marido ha marchado esta madrugada a llevar esta noticia a su campo. Si ha llegado, usted sabrá por él estos pormenores.

Los buques están 4 leguas de aquí. Hemos mandado un hombre, que les lleva noticias y nos traerá las que tengan de Montevideo.

Mientras López permanezca donde está, nos es imposible asegurar las caballadas en la isla, y el abasto de esta población será muy difícil.

Esta noche sale el chasque para Córdoba, que se volvió por los sucesos de Coronda.

Si Vd. quiere escribir a Montevideo, despacharemos un lanchón, que saldrá en el momento que recibamos sus comunicaciones.

Esperamos el boletín de Vd. y la proclama. Nos ha parecido bien publicar el trabajo del general Iriarte, que tiene, por ser una relación detallada, el mérito que le falta como boletín.

En la aduana no hay armamento de caballería. Si Vd. manda una división sobre *Máscara*, de aquí se podrían mandar al paso de Miura o de las Piedras los 1000 caballos que ofrezco a Vd.

Me repito su afectísimo servidor.

Pedro Rodríguez del Fresno.

Mi querido general:

Ayer fué la elección del gobernador. Rodríguez ha sido electo. Comunicaré a Vd. su nombramiento oficialmente.

Me ha parecido bien publicar la carta de López, refutada

acampó en los alrededores de la ciudad recién tomada, pastoreando su inmensa caballada en los Calchines, lo que le fué fatal.

Mientras Lavalle malgastaba así su tiempo y demostraba no saber cuidar del principal elemento de guerra entonces — el caballo — Rosas desplegaba una actividad febril, y en cada carta se ocupaba con especial solicitud justamente de lo que su contrario descuidaba. de las caballadas (240). Al mismo tiempo hacía construir mapas

por Rojo, que me va a ayudar en la redacción, porque yo sólo no basto.

Siempre de Vd. atento servidor.

Félix G. Frías.

Tenga Vd. la bondad de decir al general Iriarte, que irán sus encargos mañana.

(*Archivo Pacheco*, vol. *Correspondencia* 1840. f, 153. M. S. original).

(240) Partido de Morón, octubre 9 de 1840.

Señor don Angel Pacheco:

Mi querido amigo:

Doy principio a la contestación de tu apreciable fecha 1°. del corriente, manifestándote ser muy acertadas todas tus disposiciones, y muy recomendables tus tareas, e ímprobo trabajo.

Te mando los artilleros que me pides, y he ordenado y recomendado sean de los mejores. En cuanto a municiones, te mando de las que aparecen de la relación, porque no sé los verdaderos calibres. — Puedes pedirme las que necesites.

Del vestuario que te mando, puedes proveer o remediar al batallón Independencia.

Por la relación verás el armamento, prendas de vestuario, yerba, tabaco y papel, que te mando. Advertirás varios artículos de armamentos, etc., en pequeño. Los mando aprovechando la oportunidad, porque pueden servirte para llenar algunas faltas, o necesidades, o para reponer algo inútil; y porque sino te sirve algo, y te estorba, puede lo que fuese regresar en las mismas carretas.

Respecto de los caballos, como ya te indiqué, he prevenido a los jueces de paz del norte hasta Lobos, que todos los gordos que vayan recibiendo, te los vayan mandando. Igual número de los que te llevasen gordos, podrían traer los conductores de

especiales del teatro de la guerra, y se los remitía a Pacheco (241).

los que ya convenga pasen a internada. De este modo conservarías la dotación de las divisiones, sin perjuicio de las internadas de ellas por Ramallo, o en los mejores campos por esa parte. Pero sobre esto también tú debes disponer lo que consideres más acertado. A mí lo que me parece es, que por esa parte solo debe conservarse una dotación abundante para ese ejército. Es decir, en poder de sus divisiones las necesarias, y en sus internadas en los mejores pastos la otras, donde estén seguras y, que, engordando, sirvan para ir mudando aquellas, como lo que me indicas se ha empezado a hacer en Ramallo y más acá.

En lo que sí estoy fijo es que no debe quedar, si posible es, ni un caballo en las estancias, chacras, etc. Solamente los precisos en los juzgados para hacer correr los chasques como me indicas, y para los demás objetos relativos al servicio puramente del ejército. Es decir que considero conveniente que todas las caballadas estén en poder de los diferentes cuerpos del ejército, y en sus internadas, de modo que nunca puedan servir al enemigo, y que durante la guerra, y hasta su terminación, así continúe. Así lo estoy haciendo, sin dejar de repetir la orden a cada instante a los jueces.

Por mandarte la carta de la provincia de Santa Fe que me pides, y la relación de lo que llevan las carretas, he demorado hasta hoy este chasque. Va ésta pero no aquélla; porque aun no la han acabado. Quizá venga mañana, así que llegue te la mandaré. No la había aparente, y la mandé hacer.

Se que está buena mi señora doña Dolores, y tus cariñosos hijos. Le mandé una tuya, y va la adjunta, que debe ser su contestación.

Deseando tu mejor salud y acierto, quedo, como siempre, tuyo fino, atento amigo

Juan M. de Rosas.

(*Archivo Pacheco*, vol. *Correspondencia* 1840, f).

(241) *Excmo. señor gobernador y capitán general, Ilustre Restaurador de las leyes, brigadier don Juan Manuel de Rosas:*

Mi general de todo mi respeto:

En el momento que concluyo el mapa que V. E. ha deseado, lo presento a mi señora doña Manuelita, para que a la mayor

Lavalle se ilusionaba con que la escuadra francesa le suministraría de nuevo auxilios, ignorando que en esos días se celebraba en Buenos Aires el tratado Mackau-Arana, y que ya las fuerzas francesas habían recibido orden de abandonarlo. Las fuerzas federales seguían concentrándose a gran prisa en Coronda. Lavalle titubeaba entre reunirse a Lamadrid en Córdoba, o a Paz en Corrientes: sabía que en ambos casos no sería sino

brevedad sea remitido a V. E. Este mapa es construido, en lo que comprende de Santa Fe, en virtud de datos y conocimientos de distancias relativas que yo había podido adquirir en la prosecución de los trabajos geográficos de nuestras provincias, de que constantemente me ocupo: fácil será a V. E. conocer, comparando este actual mapa con todos los que hasta hoy se han publicado, el notable embrollo y desatinada confusión en que están (en estos) los caminos principales, arroyos, etc.: por lo mismo conozco que era imposible que V. E. pudiese guiarse o servirse de los dichos mapas publicados, pues basta la menor noción de las localidades de la comarca que aquí se representa, para juzgar de aquellas incoherencias, transposiciones, supresiones, etc.

Lo que yo he trabajado es únicamente lo que poseía en mis borradores; no he conseguido algún práctico a quien consultar o averiguar para adelantar algunos conocimientos, más en la parte interior limítrofe con Córdoba. El señor Benítez, que estubo a verme esta mañana con este objeto, dice que solo es práctico de la costa; lo cual yo ya tenía ordenado.

Deseo que este trabajo, así imperfecto o incompleto, merezca la aceptación de V. E.; pues por mi parte, ni en esto ni en otra cualquier cosa malograría yo la ocasión de ser de algún modo útil a V. E.

Pido a V. E. el favor de que, no requiriéndolo la naturaleza indispensable del servicio, no se permita sacar copia de este mapa, ni de sus datos; pues aun cuando estos sean demasiado vulgares, no es dado a cualquiera ordenarlos de un modo consecuente entre sí, en la manera que aparecen: este trabajo es fruto y parte de las continuas tareas que desde muchos años sobrellevo, para llegar al fin a completar una obra algo digna de nuestro país en materia de geografía. Por esto evito publicaciones parciales, o suministrar trozos a nadie; pues esto solo

el segundo en el mando. Tomó al fin la resolución de dirigirse a Corrientes, adonde resolvió mandar como comisionado al general Iriarte: pidió entonces a la escuadra francesa que lo transportara con sus fuerzas por el río Paraná. La escuadra demoró contestarle, esperando de un momento a otros órdenes de Mackau.

En ese interín, llegan a Lavalle las comunicaciones de Lamadrid avisándole su entrada triunfal en Córdoba y la instalación del gobierno unitario de Alvarez. Cambia entonces Lavalle de plan (242); abandona la idea de ir a

conduce a dar materia de especulación a tal o cual extranjero pedante, para lucir estudios y trabajos ajenos: dentro de poco yo pienso llegar a mi término; y para entonces desde ahora, me atrevo a invocar y contar con la poderosa protección de V. Excelencia.

Suplico a V. E. que disimule la difusión de esta carta, y que me repito su muy obediente y adicto servidor Q. S. M. B.

José Arenales.

Mañana entregaré otro ejemplar del presente mapa.

Octubre 9 de 1840.

(*Archivo Pacheco*, vol. *Correspondencia* 1840).

(242) El general Iriarte no marchó a Corrientes, sino que fué sustituido por el mayor Ferreyra. Acerca de este incidente da curiosos detalles una comunicación inédita del general Iriarte, datada en Santa Fe, a noviembre 12 de 1840, y dirigida "al Honorable Congreso de la provincia de Corrientes."

Es una larga relación de toda la campaña, y dice, entre otras cosas:

"Las comunicaciones de S. E. el señor general en jefe del ejército libertador, que el sargento mayor, don Dionisio Ferreyra pondrá en manos de V. H., lo impondrán que el precitado señor general me había comisionado cerca del gobierno y del honorable congreso de Corrientes, para dar las explicaciones convenientes sobre los diferentes puntos contenidos en los mencionados despachos; pero sucesos imprevistos entonces postergaron mi salida de esta capital, y otros más recientes me han obligado a desistir. Tengo orden del señor general en jefe de dar a su nombre un pleno conocimiento a V. H. porque sus complicadas y continuas atenciones lo imposibilitan para hacer-

Corrientes, donde el general Paz había ya organizado

lo por sí mismo, como tenía determinado; pues hoy, o mañana a más tardar, debe ponerse en marcha con el ejército de su mando, para efectuar su reunión con el 2.º ejército del norte, al mando del señor general, don Gregorio Aráoz de Lamadrid.

“Asimismo, y en cuanto lo permiten los límites que deben observarse en una nota oficial, llenaré el deber de dar a V. H. las explicaciones a que se refiere el excmo. señor general en jefe, al tiempo de elevar al conocimiento del honorable congreso mi nombramiento.

“El 15 del ppdo. llegué a esta capital, procedente del cuartel general, y el 17 estuve despachado por el señor general en jefe: me ocupé desde entonces del apresto de un buque que me condujese hasta Goya, y el 20, víspera de mi proyectada partida, se recibió la noticia que 3 buques mercantes, fletados por el ejército para su servicio y que conducían vestuario, armamento y municiones, habían sido atacados por 3 lanchones artillados y 4 chalanas armadas enemigas, y aunque fueron rechazadas con valentía, mi viaje se hizo impracticable, hasta tanto que se concluyese el armamento de una fuerza sutil, que en el día está próxima a salir para el Paraná. En este intermedio, se recibieron, el 31 del mismo mes, las noticias más satisfactorias de los ejércitos libertadores del interior, y del pronunciamiento de la benemérita provincia de Córdoba en favor de la buena causa contra el tirano de Buenos Aires; y *el deseo de concurrir personalmente a la próxima campaña* que va a abrirse, me decidió a presentar al señor general en jefe una escusación: ésta fué admitida, y es la razón por la que el señor general en jefe ha ordenado que el sargento mayor Ferreyra sea el conductor de las comunicaciones a que me he referido...

“...después del 16 de julio el general en jefe no le quedó otro arbitrio que pasar sin demora el río Paraná. El ejército, aunque conservaba su moral, no estaba ya en actitud de provocar otro encuentro, no podía dirigir sus marchas a la provincia de Corrientes, pues por su frente e izquierda le obstruía el paso el ejército libertador superior en número en todas armas, y con exceso en infantería y artillería; en otra batalla todas las probabilidades estaban en favor del enemigo. Por su derecha, los ríos de Nogoyá y Gualeguay eran un poderoso obstáculo para un ejército en retirada y seguido por su adversario; y en tal estado no se presentaba otro recurso que pasar

importantes fuerzas y se encamina en dirección a Córdoba

el Paraná con todo el ejército para salvarlo. El general en jefe, sin embargo, reunió los jefes correntinos y les ofreció pasaporte a todos los que quisiesen regresar a su provincia; algunos lo admitieron, pero el mayor número unánime declaró que estaban bien dispuestos a llevar la guerra contra el tirano al territorio de la provincia de Buenos Aires, o de Santa Fe, convencidos que era en las circunstancias el mejor y único partido que debía tomarse.

“Los sucesos posteriores están consignados en el boletín suscripto por el general en jefe, y, por lo tanto, me creo relevado de ulteriores explicaciones, puesto que reina en este documento la más severa imparcialidad, y los hechos no tienen otro colorido que el de la desnuda verdad.

“Desde que desembarcamos en San Pedro, el general en jefe se ocupó de los medios para ponerse en comunicación con el general Lamadrid, lo consiguió en efecto, y la noticia de la llegada del ejército libertador a las playas de la provincia de Buenos Aires hizo revivir el fervoroso entusiasmo de nuestros compatriotas del interior, cuya situación en verdad no era muy feliz desde que el ejército tucumano se había visto obligado a retirarse a aquella capital, después de haber abierto la campaña sobre Santiago del Estero, a consecuencia de la defección del traidor Gutiérrez. El 2.º ejército abrió, pues, su segunda campaña, derrotó al liberticida Aldao, y con su presencia despertó en los beneméritos habitantes de la provincia de Córdoba el amor sagrado de la libertad, y una revolución gloriosa de inmensas consecuencias ha sido el resultado del importante movimiento del 2.º ejército del norte; pero este ejército estaría aun estacionado en Tucumán, sin la aparición del ejército libertador en la orilla derecha del Paraná; y es pues, una evidencia que si el general en jefe no hubiera tomado la resolución de transportarlo, la causa de la libertad habría ya sucumbido, y el tirano estaría dominando, sino en todas las provincias, al menos en las del sud y litorales; cuando en el día, gracias a tan feliz determinación, inspirada sin duda por el genio benéfico de la libertad, que patrocina nuestra causa, el verdugo Rosas tan solo cuenta con la desgraciada provincia de Buenos Aires, para oponerse a una invasión en masa.

“Tal es, honorable congreso, el cuadro brillante que ofrecen hoy nuestros negocios, y en los documentos insertos en el N.º.

ba, a través de un verdadero desierto.

7 del *Libertador*, verá V. H. que no lo he exagerado. Acontecimientos de tanta magnitud han resuelto al general en jefe a abrir una nueva campaña, y la dirección de sus marchas será hacia el 2.º ejército, que también está ya en movimiento hasta encontrarse con nuestras fuerzas, a cuyo fin ha sido incesante la comunicación que el general en jefe ha sostenido con el señor general Lamadrid, desde que éste entró en Córdoba. Esta resolución es a todas luces necesaria y justa, después de la grandiosa revolución de Córdoba, y del casi total exterminio del ejército de Aldao, que ha sido segunda vez derrotado por el 1.º ejército del norte, al mando del señor general Brizuela. V. H. encontrará, además de estas razones, una más, y bastante por sí sola, en las comunicaciones que conduce el sargento mayor Ferreyra, para aprobar la determinación del general en jefe. Los pueblos en masa van a marchar contra el tirano, y todas las provincias de la república reconquistarán su libertad y sus derechos en los campos de la provincia de Buenos Aires, que va a ser el teatro de la guerra.

“Al abrir el señor general en jefe su nueva campaña, deja esta capital en estado de defensa, quedando en ella el excmo. señor gobernador provisorio con tropas de su provincia, y algunas más pertenecientes al ejército libertador. El ejército de Buenos Aires, cuya fuerza total no asciende a 3000 hombres, y que ha estado estacionado cerca de un mes en las inmediaciones de Corondo, al mando de Oribe y Pacheco, sabemos que se ha retirado...”

(*Archivo Pacheco*. vol. *Notas* 1840, f. 272).

Es curioso observar que el general Iriarte era casi siempre el elegido por Lavalle para misiones semejantes. Por eso Paz (*Memorias póstumas*) ha ido hasta decir que ese rol “era poco honroso.” Lo que había es que el general Iriarte era *lomo negro*, y Lavalle solo miraba con buenos ojos a los unitarios. Los jefes *lomo negros*, al llegar al campamento Iriarte, le dijeron: “Gracias a Dios que tenemos un general de nuestro partido, aquí nos tienen en cuenta de perros.” Y el general contestó (*Ataque y defensa y juicio sumario de las Memorias del general Paz*, por el general Tomás Iriarte. Buenos Aires 1855, p. 22): “Señores, aquí no hay partidos, en este ejército hay una sola cabeza, el general Lavalle, a quien todos debemos obedecer ciegamente.” Y permaneció sin cargo alguno, acompañando a Lavalle, hasta que ya en Tucumán no le fué posible seguir.

XIII

ORIBE Y SU MANDO EN JEFE DEL EJERCITO FEDERAL

Mientras tanto, la retirada de Lavalle de la provincia de Buenos Aires y su entrada a la de Santa Fe, haciendo retroceder ante su empuje al gobernador López (a) *Mascarilla*, y perseguido por Pacheco, planteó un problema militar que estuvo a punto de hacer peligrar la eficacia de la acción de Rosas.

Estando las provincias argentinas sólo confederadas y sin gobierno central, más que para las relaciones exteriores, su régimen interprovincial dependía de las estipulaciones del tratado cuadrilátero. Con arreglo a éste, en caso de conmoción interna y de auxilio militar de una provincia a otra, mandaba en jefe las fuerzas reunidas el gobernador del territorio en que se encontrasen.

De ahí que apenas pisaron las fuerzas de Pacheco el territorio de Santa Fe, el gobernador López principió a querer disponer de ellas. Pero era evidente la inferioridad militar de aquel funcionario, y su incapacidad era notoria; a sus órdenes, se habría seguramente cometido

otra nueva *caganchada*. (243) Pacheco así lo comprendió; desconfiaba, además de la lealtad de López (a) *Máscara* (244), y por eso se resistió a las medidas absurdas del gobernador santafecino, pues éste quería desmembrar sus fuerzas, quitándole la infantería y artillería para incorporarlas a su propia división.

Además, Oribe con su núcleo oriental acababa de pasar de Entre Ríos y actuaba por su cuenta en Santa Fe, pretendiendo que, en su calidad de presidente constitucional del Estado Oriental, era el aliado del gobierno de la Confederación, y no le tocaba someterse a los gobernadores de provincia. Esa circunstancia anarquizaba las fuerzas federales, impedía una dirección única y concentrada, y constituía una gran ventaja para Lavalle. El conflicto era insoluble entre Pacheco, López y Oribe: el primero se dirigió a Rosas exponiendo la situa-

(243) Alusión a la incapacidad de Echagüe en la batalla de Cagancha. Cf. carta del *unitario disfrazado*, en nota *supra*. Los contemporáneos pretenden que el *unitario disfrazado* era el señor Giró.

(244) Necesario es tener en cuenta, además, que la conducta del general Juan Pablo López era ya entonces muy equívoca. "López — dice Díaz, *Historia política y militar*, cit. V. 52 — estaba de acuerdo con el gobernador de Corrientes, don Pedro Ferré, pero no había podido pronunciarse: primero, porque las fuerzas que estaban bajo sus órdenes, y las del general Oribe, eran compuestas de cuerpos enviados en su mayor parte de Buenos Aires. Sobre esta clase de tropas no tenía ascendiente alguno el general santafecino, ni las fuerzas de su provincia eran suficientes para empeñar con ventaja un suceso. El gobernador de Santa Fe había perdido en consecuencia la confianza del general Rosas, cuyo carácter suspicaz trató en vano de adormecer con protestas repetidas de una lealtad, cuya exageración estaba denunciando la falsedad de su origen. Más tarde el caudillo santafecino, temiendo las consecuencias de una conducta que se había hecho notoria, se pronunció definitivamente." López (a) *Máscara*, se declaró por los unitarios en noviembre del año siguiente (1841).

ción, indicando que mientras tanto adoptarían como *modus vivendi* la formación de un cuerpo mixto (245).

(245) VIVA LA FEDERACIÓN.

Campo general, en Pabón, en Octubre 1º de 1840 — Año 31 de la Libertad, 29 de la Independencia y 11 de la Confederación Argentina.

Al Excmo. señor Gobernador y Capitán General de la provincia, Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier don Juan Manuel de Rosas.

Excmo. señor:

Tengo el honor de escribir a V. E. el recibo de las notas que se ha servido V. E. dirigirme; dos, con fecha 21, el duplicado y triplicado de fecha 22, dos notas más de la misma fecha, una del 25, y otra del 26, todas del mes corriente.

A consecuencia de las dos cartas que tengo el honor de acompañar a V. E. original la del excelentísimo señor gobernador de esta provincia, y en copia la de S. E. el señor presidente del Estado Oriental del Uruguay, *se formará un cuerpo mixto*, con el que marcharé dentro de dos días, hasta encontrar y batir a los salvajes traidores unitarios, cuya posición me parece que no la abandonan.

Con ese motivo, doy orden para replegarse a las dos divisiones que había separado a larga distancia sobre mi flanco izquierdo, en observación del salvaje unitario Valdés; pero, siendo ya conocida la inferioridad de su fuerza, abandonaré su persecución al mayor Plaza, a la guarnición del fuerte Federación, y a 200 hombres al mando del capitán Soto, de cuyos movimientos dan una idea exacta las copias que pongo dentro de esta cubierta.

De los ciudadanos que se han ido reuniendo llevo más de 500 hombres desarmados, como lo advertirá V. E. por los dos solos estados del regimiento núm. 2 y segundo escuadrón del de campaña. Si en el armamento de estas plazas se dignase V. E. agregar algunos machetes de los que he visto en los almacenes de ese ejército, son muy necesarios para el lancero.

Ni los oficiales ni la tropa tienen vicios, ni de donde sacarlos.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Excmo. señor.

Angel Pacheco.

(*Archivo Pacheco*, vol. *Borradores*, 1840, f. 252).

El gobernador López consintió en deferir también a Rosas la solución del conflicto, esperando mientras tanto (246) y para evitar choques, pretextando arreglos

Contestación de Rosas.

Ramos a Pacheco, Santos Lugares, Octubre 6.

Al resumir la nota, agrega: "hasta encontrar y batir a los salvajes traidores unitarios, a no ser que antes encontrase Vd. a S. E. el señor gobernador López, quien tomará entonces el mando por su categoría de capitán general, dispondrá lo que juzgase más conveniente. Estando facultado para proceder con plena libertad, todo lo que Vd. haga y disponga, será siempre aprobado por S. E."

(246) FEDERACIÓN, PATRIOTISMO, LEALTAD O MUERTE.

Cuartel general, Octubre 14 de 1840.

Año 31 de la libertad 25 de la Independencia y 11 de la Confederación Argentina.

Al señor general don Angel Pacheco:

Desde que V. S. pisó el territorio de esta provincia con su fuerte y valiente ejército, alimenté fuundadamente la esperanza de que el traidor salvaje unitario Juan Lavalle sería inmediatamente batido y exterminado. Tal era, y es, el voto y ardorosos deseos de mis bravos; y que de este modo, y con un golpe de muerte (que no puede dudarse) se daría un día grande de gloria a la patria, y terminarían los perjuicios e incalculables males que afligen a esta provincia, reduciéndola a su total desolación.

No han podido realizarse aquellas lisonjeras esperanzas de dar una acción decisiva, tanto más fundadas, cuanto que V. S. indica al infrascripto en una de sus apreciables notas, traer consigo los batallones de infantería Costa y Rincón, con 4 piezas de artillería; por razones que ha manifestado, que si no han producido el convencimiento del ánimo del que firma, se ha prestado, sin embargo, deferentemente a esperar la aprobación del excelentísimo gobierno, encargado de los negocios de paz, guerra y relaciones exteriores; mas una total inacción, entre tanto se obtiene aquella resolución, no sólo perjudica altamente a los intereses generales, a juicio del que firma, sino a su opinión misma, y se da tiempo al enemigo para descansar sus caballos, para prepararse más y más a una batalla decisiva,

con el gobernador Echagüe, pasó a Entre Ríos, delegando en el interín el mando en Pacheco, circunstancia que éste aprovechó para batir a las fuerzas de Lavalle (247).

Rosas, apercibido de la gravedad de la situación, se apresuró a cortar el nudo gordiano, refundiendo todas las fuerzas militares que operaban sobre Lavalle, en lo que llamó "ejército unido" y confiando su mando superior a Oribe. He aquí las razones que tuvo para ello: "Soy yo hoy — decía Rosas a Pacheco, en octubre 18

y para proveerse de cuantos elementos le sean precisos a ese objeto, de tan grande importancia.

Las provincias de la Liga, que habían fundado sus esperanzas en la reunión de los dos ejércitos, y que miraban en esto el total y pronto exterminio de los salvajes unitarios y su execrable caudillo, formarán los comentarios que quieran, e interpretarán la dilación en perjuicio sin duda, del infrascripto; por lo mismo, espera el que firma que V. S. se servirá franquearle la fuerza de 400 hombres bien montados, y 400 caballos, para principiar sus operaciones hostiles contra el enemigo, descansando entre tanto el resto del ejército donde convenga y designe.

Dios guarde a V. S. muchos años.

Pablo López.

Calixto Vera.

(*Archivo Pacheco*, vol. *Documentos oficiales*, 1840, f. 259).

(247) El general Pacheco, en nota a Rosas, fechada en el "Monte de los Padres" a Octubre 21 de 1840, le dice:

"La lluvia copiosa con que nos ha favorecido el cielo, nos pone ya en actitud de emprender algunas operaciones generales. *Habiendo pasado a el Entre Ríos S. E. el señor gobernador de esta provincia, con el objeto de acordar asuntos importantes, con S. E. el señor general Echagüe, se sirvió encargarme (hasta su regreso) la dirección del ejército: con esta ocasión determiné que el teniente coronel don Jacinto Andrade, con 400 tiradores de este cuerpo, marchasen, cubriéndose del monte, a atacar tres escuadrones de los salvajes unitarios acampados en las quintas de Santa Fe, y a cualesquiera otros destacamentos de que tuviesen noticia, como que aprovechasen las ventajas que les ofrece su repentino ataque.*"

(*Archivo Pacheco*, vol. *Notas* 1840, f. 267).

(248) — el general en jefe del ejército de la república, a cuya cabeza estoy, y mientras no esté en ese cuerpo de ejército, perteneciente a aquél, el que le corresponde como segundo, por la investidura que tiene, y que es el general Echagüe, soy de opinión que el general Oribe desempeñe las funciones de tal. De este modo creo que todo se concilia y que nuestro compañero el señor López, como tú, quedarán gustosos con el nombramiento (249); primero, porque la elección recaería en un general digno de este elevado rango; segundo, porque así es justo que le correspondamos todos, cuando llega el caso de elegir general en jefe interino de ese cuerpo de ejército, en cuya virtud nada más natural que entre tres amigos, dig-

(248) Véase el texto íntegro de la carta de Rosas, *ut supra*. Hemos insistido en aclarar este punto, porque se rodeó siempre de cierto misterio el hecho singular de que en aquella guerra argentina los ejércitos fueran mandados por un extranjero.

(249) He aquí lo que contestó Pacheco: "*Monte de los Padres*, octubre 24 de 1840. Excmo. señor Brigadier D. Juan M. de Rosas. Señor: La carta que V. E. me ha hecho el honor de escribirme con fecha 18 del presente mes, la he presentado original a los señores generales, S. E. el señor brigadier D. Manuel Oribe, y el señor gobernador D. Juan Pablo López, y hoy mismo se la he remitido la copia al excmo. señor general en jefe del ejército confederado, D. Pascual Echagüe. Creo que el primero contestará a V. E. después que haya obtenido la contestación del señor general Echagüe. La adjunta copia es la que me contesta el señor López, al partir para el Rosario, a donde lo llamaban asuntos del servicio. Relativamente a mí, considero muy acertada la elección en el señor Oribe: a V. E. le es constante mi único deseo y mi perfecta conformidad con sus superiores disposiciones, por otra parte, muy arregladas al orden militar. Desde ahora puedo pronosticar a V. E. que, si se obra con la actividad con que ha debido hacerse desde 18 días a esta parte, el salvaje unitario Lavalle debe sucumbir sin remedio, con solo un cuerpo de ligeros: tal ha sido y debe ser aun su crítica situación. El golpe que recibieron los traidores, a las puertas mismas de Santa Fe, es de más consideración de lo que expresa el parte del teniente coronel Andrade: perdie-

nos hijos fieles de la confederación y de la América, me incline por ahora al de más graduación. Debes, pues, decir a los enunciados generales que tengan ésta por suya...''

ron al coronel Acuña, un mayor de correntinos, 2 oficiales y más de 120 muertos y 1 oficial y 26 prisioneros. Con otra tropa que no se hubiese detenido en el despojo, habrían tomado las 9 piezas de artillería que habían abandonado en la plaza, sin embargo de estar cubiertas por las trincheras. Ha empezado con fuerza la desertión de los correntinos y según los pasados, no bajan ya de 200 en estos últimos días. Sería muy abundante también hacia esta parte, pero están todos persuadidos que a los que se pasan se les mata aquí irremediamente, por lo que sería tal vez oportuno algunos ejemplares emplear, para disuadir a aquella clase pobre que, habiendo sido arrastrada, no titubearía en volver a sus hogares.

Los lanchones del Entre Ríos han tomado 1 buque de los 3 que venían a Santa Fe para los salvajes unitarios. El tiroteo se sostuvo por algunas horas, aunque solo un buque, de los 3, hacía fuego. Este es un nuevo triunfo que me ofrece la ocasión de felicitar a V. E. a nombre mío y de los señores jefes, oficiales y tropa de mi inmediato mando. Nuestras caballadas se han postrado bastante: apenas hemos podido conservar la de reserva en regulares carnes. Este estado lo ha causado: 1°. la absoluta escasez de pasto en las costas; 2°. el servicio fuerte, principalmente en la provisión, y 3°. la tolerancia y falta de economía en algunos jefes, sin embargo de las repetidas órdenes que se han dado a este respecto. Hoy tenemos reunida en los montes toda la caballada. Está bueno el campo, pero es contra todas las reglas, y lo peor es que no podemos ocuparnos de la instrucción, que es tan precisa. Por las comunicaciones que acompaño a V. E. adjuntas, se persuadirá del estado miserable de la provincia de Córdoba, y de la necesidad de que V. E. reanime aquellos espíritus, mientras después de concluir con los que tenemos al frente, pasa una columna a castigar los crímenes del inmundo asqueroso traidor Lamadrid, sino viene también a concluir aquí; y otra irá, naturalmente, a terminar el estado de agitación en el Oriente. Tal es la perspectiva de la guerra, que se presenta delante de mis ojos, y solo es preciso para verlo realizado, un cálculo inteligente y mucha actividad: todo lo tenemos.''

XIV

LA PERSECUCION A LAVALLE

El general Oribe, pues, se puso a la cabeza del “ejército unido”, y principió a perseguir tenazmente a Lavalle. Este se dió cuenta del peligro que corría, e inmediatamente comprendió que la salvación de la causa unitaria estaba en oponer un ejército concentrado al unido de la confederación. Era, pues, necesario procurar la reunión con Lamadrid, que se encontraba a la cabeza del brillante ejército de la coalición. Lavalle resolvió entonces evitar todo choque con Oribe y, a marchas forzadas, dirigirse a Córdoba por el desierto. Le trasmite, pues, sus instrucciones a Lamadrid (250) y, apenas prin-

(250) He aquí ese importante documento inédito:

Cuartel general en los Calchines,
Noviembre 12 (1840) a mediodía.

Señor general don Gregorio Aráoz de La Madrid:

Mi bravo amigo:

Nuestro Alico llegó a este campo ayer tarde y me apresuro a despacharlo porque es urgente hacer saber a Vd. que no debe ya practicar la marcha que le indiqué en mis anteriores. Estando, pues, de prisa, dejaré la contestación de sus apreciables del 3 y 5 del presente que me entregó Alico, para cuan-

cipiada su marcha, Oribe, que estaba vigilante, logró sa-

do tenga el placer de estrecharlo en mis brazos, y sólo me contraeré a manifestar a Vd. la operación militar que, a mi juicio, deben ejecutar ese y este ejército, teniendo en vista la situación actual del enemigo.

Alico me asegura que el cautivo Cabrera y su compañero pasarán bien y como en la carta que conducía para Vd. le incluía una elave, me empezaré a servir de ella por precaución, bien entendido que, si por accidente, la citada clave no hubiese llegado a sus manos, Alico va impuesto y ha comprendido bien lo fundamental de la operación, es decir, las marchas que Vd., el comandante Salas y yo, debemos efectuar. Será necesario que Vd. le escriba a este jefe inmediatamente después de recibir ésta, pues como él no tiene la clave, yo no hago sino indicarle.

Todos nuestros raciocinios sobre las operaciones más inmediatas, deben partir del principio de que es necesario *sostener a Santa Fe*, porque es moral, político y justo, y porque además lo reclama la humanidad. La población *de esa ciudad* se ha decidido por nuestra causa y nos facilita ya 400 *guerreros*, cuya mitad *es caballería*. Es preciso que Vd. sepa que del Carcarañá para el norte no hay ganado alguno. El enemigo ha consumido y exterminado el que había hasta el Salado, pues ha creído hacer con esto una hostilidad eficaz a la capital de esta provincia, cuya población y este ejército han consumido *casi todo el resto*. *La ciudad no tiene viveres sino para 20 días*. *y este ejército para ocho*. La guarnición de la ciudad es fuerte, *pero no puedo dejarle caballos*, y de consiguiente 200 *hombres montados bastan para rendirla por hambre*.

Teniendo presente esta circunstancia, convendrá usted en la necesidad de *arrojar a Pacheco de esta provincia*, bien sea por una batalla, si lo podemos obligar, o bien forzándolo a una retirada que sea desastrosa para el moral y el físico de su ejército; pero es preciso también dejar *protegida la capital y traerle ganados de la frontera del Tío*. Creo que el comandante Salas es a propósito para esto, con *una columna que no baje de 600 hombres*.

La operación que indiqué a Vd. en mis anteriores, era con concepto a que Pacheco hubiese venido a tomar una posición análoga a la nueva situación en que los ha puesto la gran revolución de Córdoba, suponiendo que se mantuviesen tenaces en quitarme esta provincia, u obligarme a atacarlos en posicio-

blearle la flor de sus tropas. "Por un descuido imperdo-

nes elegidas por ellos, es decir, un bosque, donde sus 800 infantes les hubieran dado una ventaja considerable. Le habrá indicado a Vd. una marcha penosísima, pero no había remedio en el caso que acabo de expresar.

Pero Pacheco (según lo que me comunica un confidente) *se ha retirado a las barrancas, donde estaba el ocho del presente, pero ignoro si habrá continuado su retirada.* En cualquiera de esos casos, o en el de que sea falsa la noticia del confidente, y *permanezca Pacheco en Coronda,* es urgente que Vd. marche con su ejército a *Romero, para cuyo punto me pondré yo en marcha mañana.* Pero como tengo que esperar la reunión de una columna *que saldrá pasado mañana de Santa Fe,* no podré probablemente *pasar el Salado hasta el 16.* Es preciso que Vd. traiga *ganado para ese y este ejército,* que llegará muy *hambriento a Romero.* Digo al comandante Salas, contestando sus últimas cartas, que debe marchar también a aquel punto, *llevando ganado y caballada para este ejército,* según la orden que le ruego a Vd. le participe. Yo le entregaré una buena y numerosa caballada de la provincia de Buenos Aires, pero flaca, la que, colocada en buenos pastos, será superior luego que engorde. En aquel punto acordaremos los movimientos y el modo como Salas ha de *auxiliar la ciudad de Santa Fe,* mientras nosotros *ponemos la vista a un objeto más grande.* *Esta reunión,* mi querido amigo, tiene doble importancia por la necesidad vital de que *nos pongamos de acuerdo sobre puntos esenciales y conducentes al éxito de esta lucha verdaderamente sagrada.*

Repito que es de gran necesidad que Vd. *me traiga ganado,* y haga un esfuerzo por *traer el mayor número de caballos que pueda.* Si Vd. *retarda su llegada a Romero,* haga *adelantar ganado con una partida fuerte.*

Supongo que Vd. escribirá sobre todos estos objetos al excelentísimo gobierno de esa provincia, a quien tuve el honor de dirigirme con fecha 7 del presente. No quiero distraer sus atenciones sobre todos estos pormenores. Nosotros debemos sacrificar las formas y los usos de un orden regular, a la rapidez y comodidad. Yo por mi parte estoy en un desierto donde no tengo ni comodidad ni un momento desocupado, como lo verá Vd. por la fisonomía de esta carta. Es bien obvio que los

nable — confiesa el mismo Lavalle — (251) de las divisiones Ríos, Méndez y parte de la infantería acantonada a orillas de Santa Fe, sufrimos un combate que nos cuesta la pérdida del teniente coronel Díaz, comandante Méndez, y bastantes oficiales y tropa; y que me obliga a remontarme hasta Cayastá o más adelante”, y el vencedor, coronel Andrade, refiere los demás detalles en su parte (252), pues los “acuchilló hasta una distancia de

propietarios de esos ganados han de ser resarcidos con ventaja en la provincia de Buenos Aires.

Me repito su amigo siempre.

Juan Lavalle.

(*Archivo Pacheco*, vol. *Correspondencia* 1841, fol. 471. Esta carta interceptada tiene en clave lo indicado con *bastardilla en el texto*).

(251) Carta a Lamadrid, noviembre 20 de 1840, cf. Díaz. *Historia política militar*, ed. cit., V. 76.

(252) Fechado en Arroyo de Aguiar, noviembre 16 (*Diario de la tarde*, Diciembre 5 de 1840, núm. 2814). El coronel Andrade era un experto jefe santafecino, que ya en noviembre 2 había obtenido otro triunfo sobre las fuerzas de Lavalle, persiguiéndolos hasta las calles mismas de la ciudad de Santa Fe (c. parte fechada, noviembre 3 en el mismo número del *Diario de la tarde*). La derrota de noviembre 15 fué muy seria. “El general en jefe — dice el coronel Elía — marchaba a la cabeza de la columna, sin llevar descubridores a su frente y en completa seguridad, cuando repentinamente se sintió un fuerte tiroteo a cierta distancia, sobre la derecha de la cabeza de la columna y muchos toques de corneta. El día se mostraba apenas en ese momento. Incontinenti, la columna hace alto, y el general en jefe ordena al comandante Abalos desplegase en batalla sobre la derecha por retaguardia de la cabeza. El movimiento de despliegue se empezaba a ejecutar cuando la legión fué cargada bruscamente por retaguardia de la izquierda por 2 escuadrones enemigos, y la más brava legión del ejército fué arrrollada antes que hubiese acabado de desplegar ni podido conocer al adversario...” (*Memoria histórica*, loc. cit., XI, pág. 18). Lacasa, en su *Vida militar* cit. juzga más discreto callar este combate, que demuestra que el ejército de Lavalle no sólo no tenía disciplina en su organización, sino que ni observaba los preceptos

10 cuadras, en cuya fuga envolvieron otras columnas, dejando en el campo como 300 muertos, entre ellos porción de oficiales." (253)

Apenas Lavalle se puso en marcha, se lanzó en su per-

más elementales del arte militar. Así pagó con creces esos procedimientos de *montonera* en presencia de un ejército regular (253) Ya días antes había recibido otro recio golpe, al que se refiere este documento:

Santo Tomé, octubre 11 de 1840.

Excmo. señor general don Juan Lavalle:

Mi querido general:

El día 8 del corriente, llegó el teniente Siburu a la isla donde me hallaba acampado, y en el momento de haberme informado de la disposición de V. E., tomé todas las medidas convenientes para hacer la retirada que V. E. me ordenaba; pero el día 9 muy temprano se me presentó una fuerza enemiga muy superior en número a la mía, la que fué detenida como dos horas por un fuego activo, pues sólo tenía yo como 20 fusileros y 10 carabineros; no ocupé más fusiles por no tener piedras, así es que la superioridad numérica nos hizo ceder, con pérdida de 1 soldado muerto y 2 heridos. Los enemigos han recibido la pérdida de muchos hombres que vimos caer precisamente muertos, y muchos más habrán sido heridos, pues nos pusimos a distancia como de 50 varas con un riacho por medio; en esta posición hemos hecho lo que nos ha sido posible.

Nuestra retirada fué tan precipitada que los soldados que me acompañaban han perdido algunas armas, monturas y ropa; de los hombres que estaban reunidos conmigo han quedado muchos dispersos en las islas, y algunas partidas que tenía sobre el Carcarañá han quedado cortadas, de suerte que necesitan una protección pronta, a fin de que al amor de sus familias no se presenten a Máscara, o se disgusten por el abandono que se hace de ellos; pues ninguno de los departamentos es más adicto a nuestra causa, y es necesario hacer un sacrificio para socorrerlos, porque es de advertir que Máscara no pierde oportunidad de reducirlos a sus nefandas miras.

Tengo noticia que *Máscara* intenta arrearse todas las haciendas del departamento de Coronda para abajo, y parece muy necesario a costa de todo sacrificio, empujarlos para que no practiquen el arreo de los ganados, cuya noticia aflige en extremo a mis reunidos porque estos no tienen más caudal que

secución Oribe. Aquél quería evitar combate, para conservar intactas sus fuerzas hasta reunirse con Lamadrid, pero éste estaba resuelto a impedirselo. La persecución fué terrible (254). Lavalle se vió perdido: man-

sus pastoreos, y muy principalmente la gran falta que harán los ganados a nuestro ejército.

El mismo día 9 que llegué a este destino, dí parte a Rodríguez del suceso acontecido, y viendo el silencio de éste, me he visto en la necesidad de repetirlo por escrito a V. E. Muchos deseos tengo de imponer a V. E. personalmente del estado de las cosas, pero no me es posible, por el estado en que he salido; pero, sin embargo, tendré el gusto de hacerlo en oportunidad.

Es cuanto ocurre por ahora a su más adicto amigo y afmo. servidor Q. B. S. M.

Santiago Oroño.

Hoy día de la fecha han alcanzado los enemigos hasta unas pocas cuadras de Santo Tomé.

(*Archivo Pacheco*, vol. 9, *Correspondencia* 1840, f. 257).

(254) Para lograr evitar el combate, Lavalle — dice Lacasa (*Vida Militar* ed. cit. p. 173) — “marchaba en 2 columnas paralelas, con 2 o 3 escuadrones de la división Vega y el batallón de infantería desplegados a retaguardia, llevando en el centro todas las carretas y bagajes del ejército. Retirándose en esa formación, disputó por más de 20 al general Oribe el campo de batalla. Cuando los tiradores enemigos caían ya sobre nuestros flancos en número considerable, y el ejército de Oribe se acercaba demasiado por la retaguardia, el general Lavalle hacía alto, desdoblaba las 2 columnas que marchaban paralelas y formaba línea de batalla, sirviéndole de base los cuerpos en que iban desplegados. Oribe entonces hacía alto también, para formar su línea, y cuando se aprestaba ya para iniciar la batalla, Lavalle volvía a doblar la suya, y tomando la primera formación que antes llevaba, seguía la retirada, dejando a Oribe burlado una vez más”. El grave y craso error militar del general Lavalle en esa retirada, que se asemejaba a una fuga, fué el cargar su ejército con una infinidad de carretas de bueyes, llevando familias y gente inútil. Esto quitaba toda elasticidad a sus movimientos y era un estorbo que debía llevarlo a la ruina. No se resolvió a aligerar esos bagajes inútiles, y eso lo perdió. Y sin embargo el coronel Elía (*Memoria histórica*, loc. cit X, pág. 42) refiere que le oyó decir: “Quiera el cielo no llegue un

dó repetir a Lamadrid que el día 20 estaría con su ejército en Romero, que lo esperase allí; despachó después a su ayudante Jimenez encareciéndole lo mismo (255).

Durante la persecución, el ejército federal iba reforzándose, mientras que el unitario se debilitaba y desmoralizaba. "Maniobrando hacia este punto — escribe Pacheco a López (*Quebracho*), desde Barrancas, en noviem-

día en que esas carretas y esas familias sean causa de un desastre. El ejército puede verse en horribles compromisos, para proteger unas gentes que no debieron abandonar su hogar". A pesar de esas palabras, pronunciadas cuando se le incorporó al ejército el comandante Camelino, con 40 carretas llevando familias de San Pedro, Lavalle volvió a repetir la misma falta en Santa Fe; "permitiendo — dice Elía (loc. cit. XI, 147) — que un gran número de familias indigentes de Santa Fe siguiesen la columna, las que, unidas a las de San Pedro, formaban una masa numerosa, que, transportada en carretas, componía un convoy de más de 90 de éstas, sin contar varios carruajes pesados, que conducían a las familias del gobernador, del comandante Aldao, y algunas otras igualmente notables. Embarazado el ejército con tan inmenso tráfago, debía perder naturalmente su movilidad, en circunstancias en que más que nunca se recomendaba la rapidez, pues teníamos que pasar bien cerca del enemigo, al internarnos en un territorio extenso, ingrato y completamente destituido de recursos."

(255) "Apresuramos nuestro movimiento en dirección de Romero — dice el secretario militar de Lamadrid (Villafañe, *Reminiscencias* ed. cit. 154) — y se dió orden al coronel Salas de llegar a dicho punto lo más breve posible, y comunicarnos desde luego todo lo que fijara su atención. Nosotros permanecimos como a 10 leguas de distancia, consultando siempre el cuidado de nuestros caballos y las localidades de mejores pastos. Tres o cuatro días después de la vuelta de Alico, se nos presentó un edecán del general Lavalle, con una hojita de papel en la que se leía: "Compañero, esté Vd. a lo que le diga el portador; es mi ayudante, sargento mayor D. Tomás Jiménez". Interrogado este jefe, decía: que el ejército en retirada constaba de 5.000 hombres bien montados; que marchaban, sí, muy hambrientos y atormentados por la sed, y de ahí para nosotros la necesidad de salir a su encuentro con los recursos

bre 18 (256) — nos hemos remontado con más de 7.000 caballos gordos y en buen estado; hemos provisto de caballos de refresco a los escuadrones que hostilizan al enemigo; hemos recibido las armas y municiones que nos faltaban; hemos aumentado nuestra fuerza con 1300 veteranos de primera clase, y 6 piezas de artillería ligera, bien dotadas." Lavalle, no solo había perdido más de 800 hombres en los diversos encuentros, sino había arruinado sus caballadas, e iba en una situación desesperada.

que el caso exigía. *¡Siempre lo exagerado! Lavalle no llevaba más de 3000 hombres, incluyendo como 200 mujeres, y todos mal montados...*"

(256) Pacheco a M. López. *Barrancas, noviembre 18 de 1840.* (Ms. inéd. *Arch. Pach.* vol. *Corresp.* 40, f. 203).

ACTIVIDAD DE LAMADRID

Entre tanto, Lamadrid había estado ocupado en la organización del nuevo ejército y en la persecución del gobernador derrocado López. Este, triunfante la revolución y en presencia de la llegada de Lamadrid, se había replegado con las fuerzas fieles hacia el Río 4°. Mientras remontaba el ejército, Lamadrid envió en persecución de aquél al comandante Cazanova y al mayor Crisóstomo Alvarez, al frente de 150 hombres, a las que se unió Aparicio con otros 150. La persecución se frustró, porque Cazanova — al decir de Lamadrid (257) — “no quiso hacerlo, sino que le dió tiempo y aún avisos para que se salvara”; quedó Alvarez al mando de la fuerza, pero habiendo sufrido un ataque de López en la Cruz Alta (258), marchó entonces el mismo Lamadrid, tanto más

(257) *Observaciones*. (ed. cit. p. 384). En las *Memorias* (t. II, p. 173) insiste Lamadrid en esa acusación: “Muy pronto me convencí — dice, — de que las miras de Cazanova se dirigían a dar escape a su antiguo jefe y amigo, el ex gobernador López; le ordené retirarse, dejando el mando al sargento mayor don Crisóstomo Alvarez.”

(258) “El resultado de esta imprudencia (meterse en la

cuanto que supo que López había sido reforzado con un escuadrón del ejército de Oribe que éste le envió al mando del famoso Barcena (a) *Tuerto*. Pero, como hubiera nombrado 2.º jefe del ejército al riojano Gordillo, enviado por Brizuela, aquél, obedeciendo órdenes de éste, se retiró con las fuerzas riojanas (259). La columna de Lamadrid quedó reducida a 600 hombres, más la división de Salas, que tenía 300, y otros tantos Alvarez: el resto, cívicos, reclutas, etc., estaban disciplinándose en la ciudad de Córdoba.

Por otra parte, hemos visto ya que se había preocupado de la necesidad ineludible de convulsionar de nuevo a Cuyo y paralizar las fuerzas federales de Aldao.

Para lograr este objeto, Lamadrid se puso en relación

Cruz Alta) — dice Lamadrid, en sus *Memorias*, (t. II, p. 174) — fué el haberlo asaltado de improviso el ex gobernador López, que estaba al otro lado del río, con 150 hombres bien montados, incluso el vecindario de aquel pueblo y algunos indios... El mayor Alvarez, a pesar de estar mal montado, apresuró su marcha así que sintió los fuegos, y muy luego avistó a los enemigos que venían peleando con su partida, en cuyas circunstancias asomó por su derecha el comandante Cabral, con su fuerza perfectamente montada. Alvarez entonces manda orden a Cabral para que se aproxime con su fuerza o le proporcione algunos caballos de los muchos que llevaba de tiro. Muy lejos de obedecerle, retrocedió sin franquearle un solo caballo siquiera, y el mayor Alvarez tuvo que dejar regresarse a los enemigos a su vista, y volverse al Saladillo...”

(259) “Gordillo — dice *Lamadrid (Memorias, t. II, p. 175)* — logró, por medio de sus conversaciones con los oficiales, hacer que se me desertasen más de 50 hombres, en la noche del 1.º de noviembre en que verifiqué mi salida, y posteriormente que me viese precisado a despacharlos a todos, ya para evitar un motín a que los habían preparado, ya en fin para no verme precisado a castigarlos como merecían...” Se ve, pues, que la cohesión militar de los ejército unitarios era un poco singular: constantemente se lamenta Lamadrid de las desertiones y defecciones. Y es un fenómeno curioso que nada de eso pasaba en los ejércitos federales.

con don Juan Rozas, distinguido unitario mendocino, y con don Eufrasio Videla, puntano, decidido anti-rosista. Estos combinaron el plan bastante hábilmente: como Aldao, con las fuerzas mendocinas, se encontraba jaqueado por Brizuela, aprovecharon esta situación para lograr su objeto.

El 4 de noviembre el gobernador delegado Juan Isidro Maza fué sorprendido en Mendoza por un movimiento popular encabezado por Juan Rozas. Derrocado aquél, fué nombrado en su lugar el coronel Pedro Molina, federal conocido, pero persona a quien Rozas (Juan) influenciaba, y este último quedó como su ministro. El objeto de esta combinación era adormecer a Aldao, simulando un simple cambio de personas, pero no de sistema.

Aldao no cayó en la trampa. Sabedor del movimiento el día 9, a pocas leguas de San Luis, retrocedió sobre la marcha con tal energía, que el 12 estaba a las puertas de Mendoza, lo que, dice el mismo Aldao (260): "fué suficiente para que a la noche se dispersasen 700 hombres que los salvajes unitarios habían reunido en el Retamo." El resultado fué que huyeron los comprometidos, y que repuesto el gobernador Correas, lo nombrara al mismo Aldao como delegado.

Como se ve, la intentona de Mendoza no había sido seria. Mientras tanto, apenas los conjurados puntanos supieron que Aldao se retiraba a Mendoza, se lanzaron a la revuelta el día 12 (261). Depusieron al gobernador

(260) Nota de Aldao a López, fecha noviembre 26 de 1840. Cf: *Gaceta Mercantil*, enero 1º de 1841.

(261) Respecto de la revolución de San Luis, transmiten datos nuevos los siguientes documentos inéditos del gobernador Lucero:

Noviembre 24 de 1840.

Señor Don Bernardino Vera:

Mi querido y nunca olvidado compañero: El día 11 del pre-

Calderón, y nombraron una junta gubernativa, compues-

sente estalló una revolución en San Luis, fraguada por los salvajes unitarios, y protegida por los bárbaros del sur, encabezándolos el facineroso Manuel Baigorria, y por el norte los cordobeses y riojanos; en circunstancias que el señor Aldao se había marchado de la costa por la de Mendoza, como dos o tres días antes, a efecto de contener otra convulsión que había en aquel país. Es de advertir que el general Aldao me había ordenado, con fecha 6, que pasase a la de Renca a efecto de ver si podía, en algún tanto, moralizar aquellas gentes, que se habían amilanado por las grandísimas mentiras que habían introducido los perversos unitarios: en efecto, pasé y llegué a dicho punto el 9, y pude juntar alguna milicia y como 40 dragones de línea, únicos que habían quedado sin desertarse; pero en vano fueron mis esfuerzos, porque ya había habido venta de las armas, y a mí también intentaron hacerme lo que al coronel Sosa en Río IV, pues con aquellos traidores mismos era la combinación que habían tenido los complicados de San Luis y la campaña.

El 15 en la noche ya me ví en el duro caso de salirme a escape, girando hacia la costa, con el fin de pasar a la de Mendoza, a reunirme con las fuerzas del señor Aldao, y como mi marcha sólo la podía hacer con las noches, solo, y sin ser vaqueano en noches tan oscuras y los caminos intransitables, embebí en esas sierras algunos días escondido, que ni para adelante ni para atrás podía abreviar mi retirada: y para mayor tormento ya fui sentido por aquellos lugares, por lo que me ví precisado a cambiar de campo, hasta que con el mismo trabajo y demora pude arribar al punto donde me hallo, para poder escribir e informarme del estado de la provincia de San Luis, que es el más lamentable.

Del gobernador Calderón se que se escapó de que lo agarrasen los revolucionarios, pero ignoro de su paradero. Del señor Aldao nada se de cierto, pero estoy en asegurarle que entró a Mendoza según los díceres. *La provincia de San Luis, en particular su pueblo, ha sido saqueado por los indios, y asesinado el administrador de correos, y su administración actual se compone de una junta gubernativa, de unitarios; el jefe de las fuerzas lo es el tal Baigorria y porción de comandantes de aquellos unitarios más viles y vengativos, de modo que la campaña se ha envuelto en luto para los federales y en alegría para los salvajes unitarios, ruina total del bien del hombre.*

ta de tres miembros, que dominó la provincia casi un

Ahora me aseguran que dice Baigorria que va a hacer invadir con los indios la provincia de Buenos Aires. con un corto número de ellos, y que son 2.000 indios que va a mandar a San Carlos, y fuerzas cristianas, por el camino real lo van a invadir al señor Aldao a Mendoza. Este es el plan de los unitarios que les han oído los federales que hablan conmigo a escondidas y que se han presentado a las órdenes de los unitarios. Pueden hacerlo todo, si nuestro restaurador de las leyes, general brigadier, encargado de las relaciones exteriores, don Juan Manuel de Rosas, no nos protege cuanto antes con fuerzas respetables sobre Córdoba y San Luis, antes que prevalezca y tome cuerpo la mentira de los traidores y la intriga de los falsos federales, que con un par de mil hombres creo que harían desaparecer todo el plan de estos pérfidos unitarios y federales intrigantes.

El modo con que los unitarios han logrado reducir a las gentes, han sido haciéndoles creer que Rosas y Aldao son los tiranos que ocasionan la guerra y suponiéndoles cosas de infamia; hablando cuanto mal pueden de los héroes de la patria, consiguen que todo desnaturalizado los siga acompañándolos en el odio, que es hacer que las mismas tropas aborrezcan a sus inmediatos jefes que son fieles a la causa federal, y hacer querer a los intrigantes, haciéndoles creer que en esto consisten sus felicidades, y reposo, proclamándoles que su sistema no es otro que constituir al país, y con estas y otras porciones de barbaries han podido conseguir desorganizar el buen orden y pasar el armamento a las manos de los enemigos de la patria. Titulando al señor Brizuela de general y dictador de la guerra, acaban de consumir toda clase de iniquidades que puede apetecer la perfidia.

Desde el 15 hasta la fecha a que vivo como ave nocturna, sin más compañía que la de un oficial, metido en los bosques más inhabitables, esperando del cielo la protección por medio de nuestro restaurador de las leyes o del general Aldao, como únicos hijos fieles de la patria y que pueden tocar los recursos necesarios para la salvación del país; que yo, así que se aproxime este apoyo, haré de mi parte cuanto pueda a favor de la sagrada causa que tanto nos ha costado.

Espero que tan luego como se imponga de ésta, la ponga en el superior conocimiento de nuestro restaurador de las leyes pa-

par de meses, es decir, hasta que Aldao, seguro ya de
ra su mejor inteligencia, y por el mismo conducto espero me diga la esperanza que aguardo para mi gobierno.

Y le desea toda felicidad éste, su compañero de armas que lo es

Pablo Lucero.

(*Archivo Pacheco. Legajo suplementario: Año 40. Esta carta es una copia auténtica y oficial, testimoniada por don Carlos Amézaga.*)

Diciembre 2 de 1840.

Señor Don Bernardino Vera:

Querido compañero y amigo: El chasque que mandé con fecha 24 del próximo pasado se volvió de estos medios del Río IV al norte, diciendo que no había podido pasar el que vino aquí el 29 del próximo pasado, y ahora mando otro que ha sido de dragones, y creo que éste llegará.

Me refiero a la carta del 24 del pasado, añadiéndole que las hostilidades en la misma provincia por los revolucionarios cada día hacen sentir más el peso de sus iniquidades, y los indios todos los días se entran arriando todo cuanto encuentran, como que el comadante que han puesto los unitarios es el facineroso Baigorria; por esto no más verá, Vd. cómo podrá estar el país.

El chasque que mandé para el general Aldao también tuvo la desgracia que se volvió uno de ellos, diciendo que no podían pasar, pero que el que iba de enviado verbal no ha vuelto; puede que haya pasado.

Siempre quedo haciendo diligencias de ver si puedo mandar otro por otro lado, porque dicen que lo van a atacar al general Aldao, aunque no sé con qué gente cuentan; los diceres son que la gente de Brizuela y los mendocinos de D. Pedro Núñez y puntanos. Pero Brizuela me aseguran que no se mueve de Ula-pe; los mendocinos de Núñez fueron derrotados, los puntanos alzados, los más de los departamentos sólo contarán con los indios, y parte de gente de los que hacen acuerdos. Lo cierto del caso es que han echado contribuciones de miles de pesos, y caballadas que, con tan crecido número, creo que morirán y no cumplirán. Algunas personas ya se han echado a los campos, a pesar que están rodeados de enemigos por todas direcciones. Estoy en asegurarle que cualquiera fuerza que venga en nuestra protección hará desaparecer para siempre el plan de estos perversos, y se replegarán a sus guaridas, llevándose a Brizuela y a los indios.

Mendoza, avanzó de nuevo con su ejército (262), derrotando fácilmente en *Las Quijadas*, el 2 de enero de 1841, a una de las divisiones de Lamadrid, mandada por Vega en auxilio de San Luis.

Los cordobeses disponen a su antojo de las propiedades de los vecinos de la provincia de San Luis, esto es, de los federales, y al paso que van, sus miras es el concluir con los intereses de la referida provincia, como que está bajo de la tiranía de los unitarios, que ya no hay con qué comparar sus perversidades.

Y con esto, querido compañero, con ansias aguardo me diga si tenemos esperanzas o no de la protección de nuestro restaurador de las leyes, para nuestro consuelo; con el mismo conductor de ésta puede hacerlo.

Deseo lo pase sin novedad, quedando de Vd. como siempre su compañero y amigo.

Pablo Lucero.

(*Archivo Pacheco*, legajo suplementario, Año 40. Documento en copia auténtica, certificada por Carlos Amézaga).

(262) El cabecilla Videla hizo un arreglo con el gobernador delegado Romualdo Maldez y Ares (por ausencia de propietario, coronel Calderón). En el cabildo abierto convocado al día siguiente del triunfo, se nombró una junta gubernativa, la que se apresuró a dirigir al gobernador derrocado la siguiente comunicación:

VIVA LA LIBERTAD!
LIBERTAD, CONSTITUCION O MUERTE

El gobierno provisorio
Interino de la provincia.

San Luis, Noviembre 24 de 1840.

Al ex-gobernador, coronel don José Gregorio Calderón:

La Suprema Junta gubernativa de la provincia, hallándose en la necesidad, para seguir su marcha, de la presencia de V. S. para hacer formal entrega del archivo y más cosas pertenecientes al ministerio de gobierno, espera no desconocerá V. S. esta necesidad, y se presentará ante esta Junta gubernativa 24 horas después de haber recibido ésta.

DIOS, PATRIA Y LIBERTAD

*José Leandro Cortés. — José R. Poblet. — Lorenzo Rive-
ros, suplente.*

Pero, mientras tanto, con estas maniobras, durante noviembre y diciembre de 1840, Lamadrid había parali-

(Ms. original en nuestro archivo).

Por supuesto, el coronel Calderón no reconoció "la necesidad" de presentarse.

El epílogo de este incidente fué que, apenas destruído el gobierno revolucionario a raíz de la acción de "Las Quijadas", el general Alemán, delegado de Aldao, hizo nombrar en 6 de enero de 1841 gobernador propietario al coronel Pablo Lucero.

El ex gobernador Calderón presentó en el acto la siguiente solicitud:

VIVA LA FEDERACION! ..

A la muy honorable Sala de R. R. de la provincia:

El ex gobernador, coronel del primer regimiento de la provincia de San Luis, ciudadano argentino, José Gregorio Calderón, natural y vecino de ésta, ante V. H., y con el respeto debido, como mejor haya lugar en derecho, me presento y digo:

Que las calidades de honrado ciudadano y federal neto me hicieron acreedor a la confianza de mis conciudadanos federales; fuí colocado en la presidencia de la junta gubernativa de la provincia, nombrado y puesto en posesión de la comandancia general de armas. En la época más azarosa, desgraciada y difícil en que se ha visto, serví estos empleos dos años y medio sin sueldo ni interés particular alguno, y según lo que prescribe el reglamento.

Fuí enseguida electo gobernador y capitán general; al aceptar tan alto y honroso destino prometí y juré, por Dios y la patria, ante la representación del pueblo soberano, cumplir fiel y legalmente todas las obligaciones que tal destino me imponía, sostener y defender la independendencia y libertad de la república, y la sagrada causa nacional de la federación, por todos los medios que estuviesen en la esfera de mi posibilidad.

Por dos años fuí encargado del gobierno, al fin de los cuales di cuenta al H. cuerpo representativo del uso que hice del poder que me confirió, el que fué aprobado satisfactoriamente, y en consecuencia se me declaró exento de todo cargo y responsabilidad.

Después de este acto, fuí nuevamente elegido por la H. representación gobernador y capitán general por 5 años, que debían concluir al fin del año 40; fuí investido al mismo tiempo de todas las facultades ordinarias y extraordinarias, o, lo que

zado a Cuyo, obligando a Aldao a inmovilizarse en Mendoza, y permitiendo a Brizuela que consolidara su posición en La Rioja y asegurara la de San Luis. Lejos, pues,

es lo mismo, con toda la suma del poder público. A pesar de mi insuficiencia, fui obligado por la voluntad general de los representantes, y por el sentimiento íntimo de mi puro y acendrado patriotismo, a cargar sobre mis débiles hombros el peso inmenso de aquel gran poder. Prometí y juré nuevamente, del mismo modo que la vez primera, cumplir fiel y legalmente todas las obligaciones anexas al nuevo poder que me fué confiado, sostener y defender la libertad e independencia, lo mismo que la sacrosanta causa de la federación, según queda dicho antes. Pero, como antes de concluir el año referido citado, fui despojado violentamente del gobierno, de la comandancia general de armas y aun de todos los derechos de ciudadano, por la revolución del 11 de noviembre, que hizo el infame bando traidor de los salvajes unitarios, unidos con los salvajes del sud, y acaudillado por el salvaje Eufrasio Videla y sus secuaces, efectuó la revolución más pérfida, inicua y feroz que se registrara con espanto en la historia de los crímenes más horrendos que han cometidos los salvajes e inmundos unitarios.

Este terrible y funesto acontecimiento me ha privado hasta hoy de hacer legal y formal entrega del poder que obtuve, y satisfacer al público del uso que hice de él. Es por esto que pido a V. H. haga del modo más justo y conveniente que una autoridad competente e imparcial conozca y juzgue de todos aquellos actos de que el gobierno debe dar cuenta, y responder según las leyes.

Si de ello resultase que, pudiendo, dejé de hacer el mayor bien posible al país, por dolo o mala fe, me sujeto gustoso al fallo que la autoridad dé, siendo conforme a la justicia y a la ley. Y si no resultare criminalidad ni cargo legítimo contra mí, espero se me dé aquella satisfacción que corresponde a los ciudadanos que llenan con dignidad, patriotismo y honradez los deberes de los altos puestos que se les confían a su cargo y dirección.

Por tanto, a V. H. pido y suplico que, habiéndome por presentado, se sirva proveer según pido, por ser de justicia; juro no proceder de malicia y protesto lo necesario en forma.

José Gregorio Calderón.

(Ms. original en nuestro archivo).

(263) Se ve, pues, que es injusta la crítica que hace a La-

de merecer la crítica que le ha hecho el general Paz, de que perdió en Córdoba su tiempo (263), Lamadrid

madrid el general Paz, por haber permanecido aquél en Córdoba 20 días. "No se echa de ver en qué invirtió todo este tiempo— dice (*Memorias Póstumas*, ed. cit. II, 426) — pues que ningunos arreglos administrativos podrían detenerlo, habiendo un gobierno, y muy pocos debieron ser los militares que lo ocupasen, cuando luego dice que había aumentado tan poco su fuerza". Pero Paz lealmente declara que su juicio respecto de esa campaña estriba sólo en las *Memorias* inéditas de Lamadrid: "si algún día poseyere otros documentos, no dejaré de añadir lo que crea conveniente", agrega. Pues bien: hoy existen esos documentos. Lamadrid en sus *Observaciones* muy someramente llena ese vacío, pero el coronel Elía lo hace profusamente en su *Memoria histórica*, Villafañe en sus *Reminiscencias*, y además multitud de documentos inéditos. Las *Memorias* de Lamadrid demuestran acabadamente cuál fué el empleo de su tiempo en aquel período.

Sobre la campaña de la sierra da interesantes detalles el siguiente documento inédito:

VIVA LA FEDERACION

Cruz Alta, noviembre 21 de 1840.

Señor General D. Angel Pacheco:

Compañero y amigo de mi singular aprecio:

Tengo la grata complacencia de avisar a Vd. el recibo de sus muy apreciables comunicaciones de fecha 18 y 19 del corriente, con inclusión de la copia fiel de su referencia, las que me han instruído, llenándome de inmensa satisfacción por el próspero resultado que nos ha dado el encuentro que tuvo lugar el 15 del actual, entre la división de la izquierda de vanguardia, al mando del benemérito teniente coronel Andrade, con otra del salvaje asesino Lavalle, en que éste, con pérdida de 400 hombres de sus miserables esclavos, fué atacado en medio de sus columnas y acuchillado en todas direcciones.

Un acontecimiento tan feliz para nuestras armas nos presagia de un modo positivo la victoria que con fundamento esperamos, y que ese ejército dará un día de gloria a la patria, haciendo triunfar como otras tantas veces la santa causa que sostiene con ardoroso entusiasmo sin ejemplo.

Felicito a Vd. y a los valientes de su mando cordial y expresivamente por tan plausible suceso, que nos hace ver tan cer-

lo había aprovechado con éxito; si Brizuela hubiera sido otro hombre, las revoluciones simultáneas de Mendoza y San Luis habrían dado a la coalición el dominio de Cu-

cano el término glorioso a que aspiramos. ¡Dios conceda al Sr. presidente y a Vd. todo acierto para que afiancen la felicidad de los estados de la confederación y la tranquilidad de la república, que no puede haberla mientras existan estos salvajes!

Después de esto paso a decirle que antes de ayer se me incorporó la vanguardia, al mando del comandante Juárez, con la mayor parte de las fuerzas que tenía y sus caballadas; de los pocos hombres que faltan los más deben haberse dispersado, pues son contados los que el enemigo ha tomado prisioneros. Según datos que tengo a la vista, *aun ha cometido la perfidia de fusilarme 2 enfermos que había en el pueblito del Frayle Muerto*, un coronado y el otro cordobés. El que ha cometido esta infamia es el abominable sobrino del traidor Lamadrid, Alvarez, que me aseguran vino al mando de esa fuerza.

También me ha hecho fusilar Lamadrid otros dos que suponía fuesen bomberos, y que tuvieron la desgracia de caer en su poder. Este caribe y la indigna turba de su séquito, *no conocen los usos de la guerra, pero ellos sufrirán una justa represalia*.

Por uno último venido de Córdoba estoy informado que el traidor Lamadrid, el 14 se hallaba en la posta del 2º, con más de 800 hombres, 300 poco más o menos de infantería, el resto de caballería, con 4 piezas de artillería. Que el lunes 16 debía estar en las Mojarras, según se decía, para de allí dirigirse al paso de Ferreyra, hoy Villanueva del Rosario, donde se hallaba su vanguardia, al mando del traidor Cazanova, cuya fuerza consistía en 400 hombres, 100 infantes y el resto de caballería. De ésta era procedente la que sorprendió a Juárez en el Frayle Muerto.

El salvaje Lamadrid cuenta actualmente con 1200 hombres, 500 de infantería y el resto de caballería, inclusive en este número la que trajo de Tucumán y La Rioja. Para dentro de un mes concibo que el traidor Lamadrid tendrá el plan de fijarse en la Villanueva para organizar allí su ejército, haciendo que su vanguardia se conserve en el Frayle Muerto. Por este mismo principio vengo en conocimiento de que por la frontera al río no se ha hecho cosa alguna para llamar la atención hacia a ese punto.

El Río IV sigue siempre plegado a las miras de los salva-

yo, y simplificado la cuestión. El fracaso de ambos movimientos y la inercia de Brizuela, que no corrió a apoyarlos, demuestra que las cabezas unitarias no valora-

jes, a causa de la influencia de los Cabral, Celman y otra media docena de esta clase. Se me asegura por dos individuos del cuerpo de húsares, oriundos del Río III, que han venido a reunírseme, que no pasan de 100 hombres los que de este regimiento se han prestado a servir a los unitarios. De los oficiales, sólo el mayor Cortés está de particular, y un capitán, los demás siguen al servicio con aquellos malvados. Con esta fuerza veterana, y la que desertó de dragones del Saladillo, estaba el pícaro de Cazanova levantando un regimiento, a cuyo efecto había procedido a enganchar.

De los demás departamentos de la provincia nada puedo saber de positivo a causa de la malograda empresa de Juárez; pero hay presunciones fundadas de que *la mayor parte de las masas están en disidencia con los traidores*, esperando únicamente la apariencia de una columna respetable por esta parte para obrar bajo su apoyo. Sobre esto y todo lo demás que los estrechos límites de esta comunicación no me permite extenderme, le dará un detalle más exacto el portador de ésta, D. Norberto de Zavalía, persona de mi entera confianza, por haber servido el gobierno en delegación y ser un federal neto. El mismo hará presente a Vd. y al Sr. presidente la necesidad imperiosa que hay de que, si no es perjudicial a las grandes operaciones en que están ocupados, me auxilien con 2 o 3 escuadrones de caballería, para, sobre la fuerza que tengo aquí reunida, ir organizando una división que basta a imponer respeto a los traidores, interín viene la columna de auxilio a esta provincia, de lo que celebraría muchísimo fuese Vd. el general electo, pues en esto están todos los federales que me acompañan en perfecta conformidad. Yo he excusado pedirlo directamente al ilustre restaurador, porque aún está pendiente la contestación a la nota que le dirigí, reclamando su cooperación a la restauración de esta provincia.

Reitero a Vd. mis agradecimientos por la buena disposición que me manifiesta respecto a mi persona. Yo me hallo animado de iguales sentimientos hacia Vd. porque ciertamente nos ligan simpatías de la amistad y de unos mismos principios.

Remito a Vd. los dos baqueanos que me pide, de los locales que hoy ocupa el salvaje Lamadrid. A éstos puede, siendo de su

ban la realidad como era debido, sino que creían que con intencionas y entusiasmos podían cambiar la faz del país.

agrado, detenerlos allí, para que le den una idea de los que en lo sucesivo pueda ocupar el enemigo.

Estoy instruído de las ventajas que se han reportado con traer el ejército a ese punto, manteniendo bien más de 7.000 caballos que perecían por falta de forraje más adelante. Tanto esto como lo demás que Vd. me describe, lo estimo como lo más exacto y conozco la importancia de sus medidas.

Agradezco mucho las indicaciones que me hace, pues ellas prueban una verdadera amistad; no las dejaré de poner en práctica en cuanto me sea posible, por encontrarlas oportunas.

El camino principal que estoy ocupando no pienso descubrirlo, y si tengo algún refuerzo de ese ejército, a fuerza de maniobras obligaré al traidor Lamadrid a estar encerrado en sus posiciones.

Reciba Vd. en conclusión, con mis ardientes sentimientos para su bien y felicidad, la expresión del fino afecto con que es de Vd. su obsecuente compañero y amigo Q. S. M. B.

Manuel López.

(Doc. original, *Archivo Pacheco*, vol: *Correspondencia* 1840, f. 196).

XVI

LAMADRID Y LAVALLE: SU DESENCUENTRO

En esa emergencia, recibió Lamadrid la comunicación de Lavalle a que me he referido. Dejó, pues, a Alvarez que se entendiera sólo con López, y despachó a Salas con 800 cabezas de ganado para Romero (264). Salas llegó

(264) Lamadrid, en sus *Memorias* (t. II, p. 177) dice: "Recibí, por conducto de mi baqueano Alico, una comunicación del general Lavalle desde los Calchines, en la cual me decía que el 20 de noviembre debíamos reunirnos los dos ejércitos en Romero, para acordar un plan de campaña; que su ejército debería llegar en dicho día sin haber comido un día o dos, que en esta virtud le mandara adelantar algún ganado, que era lo único que necesitaba. Con este aviso me fué ya forzoso variar mi plan de campaña, pues necesitaba del coronel Salas para la reunión del ganado que debía mandar con él al general Lavalle; así fué que en el acto de recibir esta comunicación mandé alcanzar al coronel con la orden para que retrocediere al Tío, a prepararlo, y mandé al mayor Alvarez suspender su marcha sobre la Cruz Alta. Vuelto Salas al Tío y antes de ponerse en marcha para Romero, con 800 cabezas de ganado con que mandaba yo encontrar al general Lavalle, llegó a mi campo, enviado por éste desde Calchines, al mayor Jiménez, su ayudante de campo, y me entregó un papelito poco más grande que una hoja de cigarro, con esta inscripción: "Compañero: esté usted

allí en tiempo, pero no pudiendo permanecer en dicho lugar a causa de no haber aguada ni pastos (265), se

a lo que le diga mi edecán, Juan Lavalle'', y su rúbrica. Yo, sin embargo de que la firma era la misma del general, pues la confrontamos con mi secretario don Benjamín Villafañe y otros que la conocían, tuve mis desconfianzas de que pudiera ser falseada por los enemigos, y aun me avancé a creer que el edecán se hubiese pasado, y con este motivo tratasen de hacerme caer en alguna emboscada. El motivo que tenía para esta sospecha, era el de haber dejado en Buenos Aires, al servicio de Rosas, a un hermano de éste tucumano. Por esta razón lo llamé aparte, y le ordené me hablase con franqueza y manifestase el verdadero estado en que se hallaba el ejército, así de caballada y armamento como de su fuerza, y sin embargo, de haberme asegurado que tenía el general más de 5.000 hombres perfectamente montados, armados y equipados, que traía para mi ejército armamento, vestuario y varios otros artículos, como tabaco, yerba, etc., y que sólo necesitaba de ganado, sin indicarme ningún peligro por parte del enemigo, siempre tuve mis recelos por el motivo dicho, y lo mandé pasar a Córdoba con uno de mis ayudantes, so pretexto de que fuese a dar personalmente la noticia al gobierno, y escribí a éste mis recelos, mandándole el papel del general, y encargándole no lo perdieran de vista, pero guardándole la mayor cautela. Despachado el edecán del general Lavalle para Córdoba, continué mi marcha para el Tío, después de haber avisado al mayor Alvarez el motivo por qué había hecho retroceder a Salas, y los avisos que tenía del general, y encargándole la mayor vigilancia''.

(265) "El coronel Salas — dice Lamadrid (*Memorias*, t. II, p. 178 — me mandó aviso al llegar a Romero, de no haber agua en todo el camino ni para el ganado y tropa que él llevaba, mucho menos para mi división, que pasaba de 800 hombres, y más la caballada de reserva y ganado que llevaba, y me aconsejaba regresase a la Esquina, donde tenía agua y buenos pastos, pues no había adquirido él noticia ninguna del ejército, y para llegar a Romero se había visto precisado a dividir su fuerza y el ganado en pequeñas tropas, y aun así no habían encontrado sino muy pequeños charcos de agua enteramente barrosa. Con este aviso retrocedí a la Esquina, el 20, después de haber estado ya a pocas leguas del Quebracho Herrado, pero ordenando a Salas que adelantase sus bomberos a saber del ge-

retiró a 5 leguas, "tomando, sin embargo, las precauciones necesarias para averiguar lo que ocurriera referente al ejército que se aguardaba". (266) Llegó el 27, y Lamadrid, que estaba con algunas de sus fuerzas a corta distancia, seguía sin recibir noticias de Lavalle... entonces, creyendo aquél que Lavalle hubiera tomado otra dirección, siguió hacia el Tío (267). Ese movimien-

neral Lavalle y que permaneciera hasta el 22 en la noche con el ganado en el punto de Romero; y que, en caso de no tener noticia del ejército hasta dicha hora, se pusiese en retirada. En el mismo día 20, así que recibí el aviso del comandante Salas y antes de retroceder con mi fuerza, despaché a mi ayudante el mayor Almandos con 4 hombres, buenos baqueanos y bien montados, adelantase hasta el Salado en busca del general Lavalle, y le diera noticia de los motivos que tenían mi marcha, y la del ganado que lo esperaba en Romero. El 21 a la noche regresó el mayor Almandos del Salado, sin haber encontrado noticia alguna del ejército. Mandé enseguida al célebre baqueano Alico, que había ido dos veces ya al ejército, dándole 2 hombres y 6 buenos caballos, pero éste regresó igualmente el 24 en la noche desde más allá del Salado, corrido por una partida que juzgó enemiga."

(266) Villafañe, *Reminiscencias*, loc. citado, p. 155.

(267) "Estábamos ya en el día 27 — dice Villafañe, loc. cit. — y, sin embargo, ninguna noticia que pudiera indicarnos el rumbo a seguir. Lamadrid vacilaba en febril inquietud. Entonces ocurrióle un pensamiento: "Lavalle se encuentra rodeado de enemigos: es *Mascarilla* probablemente quien se ha interpuesto entre él y nosotros, y es Oribe quien lo atacará de frente." Bajo esta impresión se dispuso a seguir a marchas forzadas hacia el Tío, y de allí tomar la dirección conveniente. Su designio era llamar la atención del enemigo a su espalda, por un punto para él inopinado. Resolución atrevida, desesperada, *por no llamársele desatinada*. ¡La distancia a recorrer no era menor de 90 a 100 leguas!" He aquí sólo Lamadrid (*Memorias* t. II, p. 179) explica su retirada: "Como todas las diligencias que se habían practicado hasta el 24 para saber el motivo de la demora del general Lavalle, habían sido infructuosas, y como dicho general, no sólo hubiese faltado a su cita de estar el 20 en Romero, sin anticiparme avisó ninguno del motivo que había ocasionado su

to fué la gran fatalidad de los unitarios. Lavalle se encontraba en esos momentos a pocas leguas de allí...

¿A cuál de los dos jefes incumbe la tremenda responsabilidad del hecho? El general Paz ha criticado durísimamente la actitud de Lamadrid (268), pero Villafañe

demora, juzgué, como era natural, que el enemigo se había interpuesto entre su ejército y mi división; y que si el general Lavalle, con 5.000 hombres bien montados no había podido poner en mi conocimiento los motivos que embarazaban su marcha, obligándole a faltar a una cita que entre militares es sagrada, menos podría yo pasar con 1.100 hombres a encontrarlo. En esta persecución, y como el único medio que me quedaba de favorecer al general y su ejército, me puse en marcha con mi división hacia la Herradura, donde estaba mi vanguardia, el 25 a la noche, pidiendo de oficio al gobierno de Córdoba me mandase alcanzar con algunos escuadrones de milicias a la mayor brevedad hacia la Cruz Alta, y dejando al coronel Salas en el Tío, con sus 300 hombres y las 2.000 cabezas de ganado para marchar con ellas al encuentro del general, así que adquiriese noticias de su situación, pues era de esperar que lo comunicaría. Con esta marcha a retaguardia del enemigo por su flanco izquierdo, esperaba yo llamar sobre mí una parte considerable del ejército de Oribe, y proporcionar por este medio la comunicación del general Lavalle con la fuerza que dejaba en Tío.”

(268) *Memorias Póstumas*, ed. cit. II, p. 427 y sgts. Paz agrega. “existían entre ambos generales celos y mutuas desconfianzas que les impedía al uno, explicarse francamente, y al otro, obrar en el sentido más conveniente. Sin duda *había en el general Lavalle falta de franqueza, y además una invencible repugnancia a decir que necesitaba los auxilios y cooperación del general Lamadrid*; pero hubiera sido muy generoso de parte de éste sobreponerse a esa falta, y obrar únicamente en el sentido del bien general... Lo que hizo el general Lamadrid fué lo peor que podía hacerse, de modo que, pudiendo salvar al ejército libertador, lo dejó sacrificar por sus enemigos. Podía temer el general Lamadrid que el enemigo se hubiese interpuesto entre él y el general Lavalle, y que creyese, en tal caso, imposible su reunión. Mas esto era lo que debía averiguarse antes de hacer un movimiento excéntrico y que abandonaba enteramente a su destino al ejército a quien se había propuesto dar

con imparcialidad atribuye la culpa a ambos, pues ni uno ni otro, a pesar de la corta distancia que los separaba, hizo nada por descubrir el paradero del otro (269). Elía mismo, que refiere minuciosamente todos los antecedentes de aquella terrible retirada, no dice que Lavalle hubiera hecho el menor esfuerzo para dar aviso de su aproximación a Lamadrid, sino cuanto estuvo a una legua de los campos del Quebracho (270). El amor

la mano. El mejor modo de conseguir esto último era conservarse, si es que no podía avanzar, lo más próximo posible en la dirección que debía traer ese ejército; pero, variar en esos momentos su línea de operaciones, dirigiéndose el 25 a la Herradura, sin tener noticia alguna, fué una operación errónea y fatal en sus consecuencias. No es temerario el decir que a ello fué debido el desastre del Quebracho, y todas sus tremendas consecuencias”.

(269) “El día 20 Lavalle debía estar en Romero — dice Villafañe (*Reminiscencias*, loc. cit. p. 156); — llegó el 27 y no se había presentado en ese lugar, ni rumor alguno en las inmediaciones anunciaba su presencia en esa dirección. En toda circunstancia, pero muy especialmente en las que nos rodeaban, era menester no faltar a la cita dada, siendo indispensable a lo menos avisar por qué se faltaba. Es aquí que empieza un proceso para ambos generales. ¿Por qué Lavalle, condecorado de sus obligaciones como soldado y jefe de un ejército, cuya suerte se ligaba tan íntimamente al nuestro, guardaba ese obstinado silencio? ¿Y por qué Lamadrid se atenía simplemente a los avisos de Salas y Lavalle, y no enviaba, costara lo que costase, agentes que le comunicaran día por día, hora por hora, lo que era de Lavalle? En momentos tan decisivos y solemnes, toda actividad de una y otra parte era insuficiente. ¿Por qué entonces tanta calma o inercia, siendo tan grande el interés que iba en la parada? ¿Por ventura el general Lavalle confiaba demasiado en sus fuerzas, para el caso de un encuentro con el enemigo? Y, en cuanto a Lamadrid, ¿fiaba también a los suyos, cualquiera que fuese el resultado a que llegara el general enemigo?... Si yo hubiera sabido entonces mirar las cosas del punto de vista que hoy me ofrecen, ¡cuánto desencanto habría sentido por hombres que a la sazón me inspiraban respeto casi religioso!”

(270) Lavalle, efectivamente, escribió dos líneas el 27 a la

propio de Lavalle (271) era tan enorme que, al estudiar

noche. He aquí como explica este incidente Elía (*Memoria histórica*, loc. cit. XI, 285): “El día 28, hallándose el general Madrid en el campo de las Zorras, dispuesto a continuar su marcha sobre el Fraile Muerto, recibió un expreso del coronel Salas, acompañándole la comunicación escrita por el general Lavalle la noche del día anterior, en Romero, y conducida por el mayor Jiménez, en que le anunciaba “...que el enemigo había querido estorbar su marcha, pero que su vanguardia había bastado para dispersarlos...” A la vez que el general Madrid recibía esa nota, Salas le anunciaba en la suya que muchos dispersos llegaban a su campamento, desesperados de hambre y sed, y que, por consecuencia, se ponía en marcha para ir a encontrar al ejército libertador, llevando el ganado, algunos caballos y toda el agua que le fuera posible conducir... Bien avanzada la noche del 28, al mover su campo el general Madrid, recibió un nuevo chasque del coronel Salas en que le anunciaba la completa derrota del ejército libertador, acaecida en la tarde de ese mismo día en el Quebracho Herrado”.

Efectivamente, Lamadrid (*Memorias*, tit. II, pág. 180) es bien explícito al respecto: “El 29 de noviembre me hallaba en el campo de las Zorras, que dista como 30 leguas del punto de mi partida, e iba yo a romper mi marcha para el Fraile Muerto, cuando se me presenta un chasque del coronel Salas, adjuntándome una esquila del general Lavalle fechada en Romero el día 27 y escrita con lápiz; y en la cual me decía: “Los enemigos intentaron embazarme el paso del Salado, pero mi vanguardia ha bastado para dispersarlos; mándeme encontrar con algún ganado”. Por la forma de la letra y la desigualdad de los renglones parecía haber sido escrita de a caballo; mas entre tanto el coronel Salas me decía en su nota, que estaban llegando muchos hombres dispersos, muertos de hambre y de sed, y que él salía a encontrar al ejército con el ganado, llevándole toda el agua posible en carretas y cargueros, para cuyo efecto estaba haciendo sacar bolsas enteras de terneras... a eso de las 19 de la noche se me presenta por una de mis avanzadas un nuevo chasque de Salas, que había muerto dos caballos en su precipitada marcha, avisándome la derrota del ejército del Quebracho y de hallarse ya en el Tío más de 300 dispersos que llegaban en grupos, entre ellos varios jefes y oficiales”.

(271) “Hallándonos con el general en jefe, el coronel Vega, Díaz y yo — dice Elía (*Memoria histórica*, loc. cit. XI, pág. 159) —después de habernos ocupado sobre la tenacidad con que el

fríamente el incidente (272) se ve que por vanidad nada comunicó, a pesar de su situación desesperada (273), como nada esperó Lamadrid, a pesar de conocer la inmi-

enemigo continuaba la persecución, *cosa que era bien extraña*, (!) le insinuamos que el ejército podría acelerar sus marchas, abandonando la inmensa rémora de tanta carreta, para sólo salvar las que contenían artículos de guerra cuya conservación era indispensable. “No, amigos míos, repuso, aun no ha llegado la hora de hacer penosos sacrificios, y cada carreta que tengamos que abandonar, debe costarle sangre al enemigo.” Callamos, nuestro silencio que era un indicio de nuestra tácita reprobación, no arrancó otra explicación. Ojalá que el general en jefe, penetrado de la inminente situación del ejército, hubiese adoptado la única medida capaz de evitar su total destrucción!...”

(272) Lacasa. (*Vida militar*, loc. cit.).

(273) “En medio de un fuego terrible y de un sol abrasador, el ejército se arrastraba lentamente, oponiendo el valor al valor, pero sufriendo los tormentos de Tántalo. Rodeado por tantos objetos capaces de conmover el corazón más duro, nada había tan digno de compasión como los pobres infantes. Sus manos desgarradas ya no podían sostener el fusil, y sus pies hinchados habrían perdido la acción; de modo que muchos de esos bravos guerreros sucumbieron presa de la desesperación, y maldiciendo al tirano autor de su fin lamentable. La caballería, casi la mayor parte desmontada, sólo ofrecía la mitad de su fuerza numérica, porque en la marcha de la noche había perdido millares de caballos, de que quedó sembrada la campaña, en razón de su cansancio. Si el cuadro de la masa de los combatientes era terrible, el que presentaban las infelices familias, soportando las mismas miserias del soldado, era por sí solo capaz de hacer helar el corazón de espanto. El ejército apenas marchaba, tanto por los frecuentes altos que a cada paso se veía obligado a hacer para dar aliento a los hombres y para rechazar el enemigo...” (Elía, *Memoria histórica*, loc. cit. XI, 151). Y, sin embargo, Lavalle, por no mendigar el auxilio de su rival Lamadrid, a pesar de estar a una jornada de distancia de éste, recién a última hora, cuando vió que era imposible salvarse, el 27 a la noche, le envió un chasque... Aun cuando Lamadrid, que lo recibió el 28 a mediodía, hubiese volado, habría llegado tarde para evitar el desastre. Pero si Lavalle hubiera sofocado su amor propio y hubiera mandado aviso tras aviso con tiempo, el desastre se evita por completo. ¡Qué pequeñeces!...

nencia del peligro y de saber que su auxilio sería decisivo (274). Si, en lugar de esas menguadas rencillas de amor propio, que hacían absolutamente incompatibles a Lavalle y Lamadrid, aquellos jefes hubieran obedecido a los dictados de su patriotismo y sacrificado en aras del triunfo de su partido la vanagloria egocísta, la faz de la república habría sido quizás otra. A pesar de los errores cometidos ya, la concurrencia de ambos ejércitos a una batalla contra el enemigo común habría producido, según todas las probabilidades, una derrota completa del ejército federal, que era entonces el único or-

(274) Elía, (*Memoria histórica*, loc. cit. XI, pág. 284). Lamadrid (*Memorias*, tít. II, pág. 181), al recibir la noticia de la derrota del Quebracho Herrado, dice: "Puede figurarse cuál sería mi desesperación al encontrarme a 30 leguas o más del Quebracho con aquella noticia, después de haber estado hasta el 25 a distancia de 6 u 8 leguas de este punto, y vístome precisado a emprender aquella marcha por la sola falta de franqueza del general Lavalle para avisarme, como debió hacerlo, que el enemigo lo perseguía, y que el mal estado de sus caballadas le había privado de llegar a Romero el día prefijado". El coronel Elía, que iba con Lavalle y relata imparcialmente los incidentes de aquella campaña, no puede menos de decir (*loc. cit.*): "Yo mismo, víctima de las consecuencias que produjo su falta de asistencia a Romero, tal vez lo consideré como el autor de nuestros desastres. Pero cuando más tarde, templada ya la exasperación que la desgracia produjo, conocí las causas que lo habían forzado a obrar así, conviene, como convinieron muchos y en especial el general Lavalle, que Madrid no podía merecer un reproche, a no ser que llevara el sello de la injusticia". El mismo Lamadrid, al refutar los cargos del general Paz, dice (*Observaciones*, ed. cit. pág. 385): "¿Por qué Lavalle no fué más franco para conmigo, como debía serlo, y tan sólo me mandó decir que no olvidara por Dios de mandarle encontrar con carne y agua sobre todo, porque venían muertos de hambre y sed? ¿No pudo y debió con igual franqueza decirme que venía a pie y que las fuerzas del enemigo eran doble que las suyas?... Quizá tenga razón Paz si juzgaba que hubiera celos por parte de Lavalle, y esos celos eclipsaron todas sus glorias, lo condujeron hasta el sepulcro y nos perdieron a todos!"

ganizado por el gobierno de Rosas. Dominando el norte, gracias a la coalición; el centro, merced a la revolución cordobesa; paralizado el oeste, por las intenciones de San Luis y Mendoza; jaqueado Echagüe por el ejército de Paz, en Corrientes; no quedaba a Rosas más que Buenos Aires — estremecido en el sud por la reciente revolución — y Santa Fe, que habrían arrollado los ejércitos unitarios triunfantes. La victoria habría decidido a los pusilánimes y habría contenido a los prudentes: los contingentes habrían afluído para el ejército de reserva en Tucumán, que habría paralizado a Ibarra, en Santiago — el cual no tenía fuerzas organizadas—, a Benavidez, en San Juan y a Aldao en Mendoza. El avance conjunto de Lavalle y Lamadrid, por un lado, y de Paz, por el otro — dejando que Acha, con la reserva, contuviera a Ibarra, Benavidez y Aldao, ya paralizados por el ejército de Brizuela, en La Rioja, habría producido fatalmente la caída de Rosas, sin ejército, sin recursos, aislado. El partido unitario habría dominado todo el país, y habría impuesto por el sable su famosa Constitución del año 26.

Eso era lo lógico... si el partido unitario hubiera sido un partido principista, y sus miembros hubieran depuesto en aras del mismo sus ambiciones de "gallos de aldea". Pero sucedía lo contrario: el partido unitario no era tal partido principista, sino una coalición de todos los elementos adversos al gobierno de Rosas: antiguos unitarios *pur sang*, "lomos negros" despechados, federales desterrados, gentes con ideales diversos y con ambiciones tremendas, que, creyendo siempre, con una ceguera singular, que el triunfo era seguro, sólo se preocupaban de destruirse de antemano entre sí, anulando una facción a la otra, y detestándose unos a los otros con tanta o mayor cordialidad como odiaban al adversario común. Los generales unitarios no podían verse:

Paz, Lavalle y Lamadrid eran incompatibles: jamás pudieron actuar juntos, cada uno desdeñaba al otro, lo consideraba en menos, ambicionaba para sí la gloria, y... aún miraba con secreto júbilo los desastres de los émulos, porque tenía la jactancia de creer que cada uno sólo bastaba y sobraba para triunfar y dominar! Lo mismo que con los generales, pasaba con los jefes secundarios unitarios: a cada momento se separaban de sus respectivos ejércitos por no poder vivir con sus generales. La tropa, en medio de la indisciplina y en presencia de estas rencillas que se comentaban en los fogones de los campamentos, perdía la fe en sus jefes y de antemano se sentía derrotada, por la indecisión y la vacilación continua en las órdenes.

Las provincias, que presenciaban esas tristes discordias y esos ejemplos desalentadores, menos fe podrían tener en tan singulares "libertadores".

De ahí que las masas populares fueran adversas al movimiento unitario, y fieles a los gobiernos constituidos; y la minoría ilustrada sólo con tibieza se incorporaba a esas "cruzadas" descabelladas, que, a lo mejor — como Lavalle en Merlo — salían disparando y abandonando fríamente a los que habían tenido la candidez de creer en las proclamas bombásticas y en sus sempiternas ilusiones, alimentadas por las más pueriles tergiversaciones de los hechos reales.

Lo peor es que, por las rencillas de los jefes que a la patria anteponían su partido y al partido su persona, ni siquiera en el desastre y en la desgracia tenían un momento siquiera de buen sentido. Tal sucedió con Lamadrid y Lavalle en aquella campaña: acabamos de ver cómo procedieron, cuando aún se creían invencibles cada uno por su lado. Veamos lo que hicieron cuando la realidad los dejó estupefactos.

XVII

LA BATALLA DEL QUEBRACHO HERRADO

Al llegar al Quebracho, ya no pudo Lavalle evitar la batalla: Oribe lo perseguía de tal modo, que, no encontrando a Lamadrid, era preferible morir a seguir huyendo tan desesperadamente.

Mientras tanto, horas antes todo había sido incertidumbre en el campo federal. Oribe había convocado un consejo de guerra, sin sospechar lo inminente de una batalla. Las opiniones de los jefes fueron lo más variadas: el uno, quería retirarse: el otro, ladearse a 6 leguas, a buscar una aguada incierta y escasa, pretendiendo que si no se la encontraba tendría que perecer el ejército, que ya no podía aguantar una persecución semejante; otros objetaron que si se encontraba tal aguada, sería insuficiente y apenas alcanzaría para un día. Por delante no se podía continuar, porque la aguada del Quebracho quedaría agotada si los unitarios paraban allí algunas horas. Si se retrocedía, además del pésimo efecto moral de abandonar la persecución, no se encontraría aguada en dos días más. La situación era desesperada. Entonces Pacheco declaró que estaba resuelto a batirse

con las solas tropas de vanguardia y que se oponía, sea a desviarse o a retroceder por razón de la aguada. Oribe se dejó convencer por esas razones y se convino en provocar una batalla. Los jefes orientales, contrariados con esa resolución, y viendo cuál era el papel prominente que los sucesos ofrecían a Pacheco — a quien Oribe había echado encima el peso de la responsabilidad, diciéndole que le confiaría las mejores fuerzas para que de él dependiera el triunfo o la derrota — hicieron uso de una estratagema singular: despacharon ayudantes a las diversas divisiones, haciendo correr que Pacheco se había pasado con su escolta al enemigo, con el objeto sin duda de que la tropa no le obedeciese.

Al día siguiente, Pacheco, de acuerdo con lo resuelto, desde temprano tomó su puesto de combate, hostilizando con guerrillas a Lavalle. Este se resistía a tender su línea de batalla, pero, hostigado al fin, al mediodía ordenó la colocación de los cuerpos en una línea recta, dejando a retaguardia el tráfago y la inmensidad de carretas que arrastraba.

A las 2 p. m. la batalla se inició: el encuentro fué brevísimo: tres horas después todo había terminado.

Lavalle tendió su línea de batalla, la cual, a pesar de su extensión, resultaba débil, porque siendo su fuerza principal la caballería, ésta se encontraba montada en animales cansados. Oribe desplegó sus fuerzas, agolpando a su derecha la flor de su ejército, a las órdenes de Pacheco: era evidente su propósito de fiar a esa ala el éxito de la jornada. Lavalle, por el contrario, concentró sus mejores escuadrones en su izquierda, de modo que quedó casi a un costado de la línea el batallón Díaz y la artillería.

El centro del ejército federal era mandado por el comandante Costa, y se componía de 3 batallones y la artillería; el ala izquierda, la mandaba el coronel Lagos

y tenía sólo 2 regimientos; el ala derecha, a las órdenes de Pacheco, tenía los mejores cuerpos de caballería (275).

Ambos ejércitos estaban a 10 cuadras escasas el uno del otro.

La disposición respectiva de ambos ejércitos ofrecía a Lavalle la probabilidad de una victoria inesperada, si su caballería lograba romper la izquierda general, y tenía suficiente empuje para arrollar todo por delante en el primer esfuerzo. Era indudable que el estado de las cabalgaduras no permitía fiar en ellas durante una acción larga, pero sí podía contarse con una atropellada brillante.

Tal fué el plan de Lavalle: los escuadrones unitarios, fanatizados al oír el toque de carga, atacaron bizarramente, arrollando las fuerzas de Lagos. Pero al mismo tiempo Pacheco atropellaba la línea unitaria, la sableaba, la destrozaba y envolvía su centro. Los escuadrones que Lavalle había conducido al primer empuje, con sus caballos cansados y, desmoralizados al sentir triunfante por la

(275) El ejército de Oribe tenía 6000 hombres: 4000 de caballería, 1600 de infantería y 400 entre artilleros, escolta, etc.

He aquí su formación en la batalla:

a) Centro: comandante Costa.

1. batallón Independencia: mayor Martínez.
2. „ Patricios: comandante Domínguez.
3. „ Defensores: „ Rincón.
4. „ Artillería „ Pon.

b) Ala izquierda: coronel Lagos.

1. parte del regimiento Nº 3.
2. Escuadrón Orientales.
3. Dragones.

c) Ala derecha: general Pacheco.

1. División del Sud: coronel Granada.
2. regimiento Nº 4 „ Laprida.
3. Escolta Libertad: comandante Bustos.
4. regimiento Nº 2: „ Navarrete.
5. „ „ 1: coronel B. González.
6. parte del regimiento Nº 3.

retaguardia al enemigo, se encontraron entre dos fuerzas.

Eran las 4 p. m. El combate hasta entonces había sido más bien favorable a Lavalle, pero sus escuadrones ya no evolucionaban con el mismo desembarazo. Los ginetes tenían que rezagarse a su pesar: los caballos estaban postrados. Pacheco, que seguía con ojo avizor los movimientos del enemigo, lanza sus regimientos de reserva, que en el acto arrollan y acuchillan las desmoralizadas huestes unitarias.

El desbande se produjo instantáneo: Lavalle, que, en lugar de dominar el campo de batalla como general en jefe para remediar cualquier contratiempo había preferido convertirse en un oficial cualquiera, cargando al enemigo a la cabeza de sus escuadrones, no se dió cuenta del desastre. No habiendo quien mandara en la línea unitaria, cada jefe campeó por sus respetos.

Al retirarse Lavalle, convencido de la pérdida de la batalla, todavía ordenó que se resistiera a pie firme el choque de los enemigos. El resultado fué que, cuando el coronel Vega le convenció del desastre y lo hizo huir a todo galope, mientras él defendía su retaguardia, fué tarde para ordenar al coronel Díaz que salvara la infantería. Los inmensos bagajes del ejército también habían sido abandonados desde el primer instante. Sin embargo, el ayudante Lacasa, que iba bien montado, logra alcanzar a Díaz. Este se retiraba con su batallón formado en cuadro. "Los soldados, alineados, silenciosos y altivos en medio de su derrota, marchaban sin dejar abrir un claro en las filas. Por su correcta formación parecían hacer ejercicios en un campo de maniobras, más bien que tentar el último esfuerzo de salvación sobre un campo de batalla." (276) Lacasa trasmite a Díaz la

(276) M. Espora. *Episodios nacionales*, Buenos Aires, 1888, pág. 211.

orden de Lavalle, "que se salvase a todo trance." El pundonoroso oficial no sólo no podía ni debía abandonar su cuerpo, sino que veía el campo de batalla convertido en una confusión indescriptible, y la persecución desplegándose por todas partes. Su contestación fué heroica: "Diga Vd. al general que donde mueren mis soldados morirá su coronel".

El desastre fué absoluto: de los 4200 hombres que componían su ejército, (277) perdió Lavalle en esa jornada 1500 hombres, con varios jefes y oficiales, incluso toda la artillería y la infantería; un repuesto inmenso de municiones, armamento de toda clase, 3000 caballos, vestuario, parque, banderas, imprenta, equipaje, carretas, correspondencia y cuantos elementos de guerra poseía (278). El triunfo del ejército federal se debió ex-

(277) He aquí el detalle, dado por el coronel Díaz:

a.	División Vega	600	hombres
b.	" Abalos	400	"
c.	" Vilela	1057	"
d.	" Campos	230	"
e.	" Noguera	230	"
f.	" Ruiz	230	"
g.	" Escolta	217	"
h.	" Bejarano	100	"
i.	" Aldao	220	"
j.	" Oroño	60	"
k.	" artillería	119	"
l.	" infantería	400	"
m.	" cívicos	37	"
n.	" Allende	50	"
o.	Escuadrón Mayo	250	"

Total 4200 hombres

(Cf. Conocimiento de la fuerza total que el ejército unitario presentó en la batalla del 28 del pasado, en que fué vencido. El coronel prisionero Pedro José Díaz es el que lo ha demostrado con exactitud. Véase *La Gaceta Mercantil*, enero 1° de 1841).

(278) Elía, *Memoria histórica*, loc. cit., XI, 169). "Pérdida la batalla del Quebracho Herrado — dice el general Paz (*Me-*

clusivamente al general Pacheco, como lo reconoció Oribe (279).

morias Póstumas), ed. cit., II, 432) — ya no era, a mi juicio, posible pensar en una nueva batalla. Verdad es que había elementos para formar otro ejército inmediatamente, reuniendo las fuerzas de Córdoba, de Salta, y las que tenía el general Lamadrid; pero la dificultad estaba en compaginarlas. La organización del ejército libertador fué viciosa desde un principio, y no era a presencia del enemigo y bajo la impresión de una derrota, que podía procederse a mejorarla. Lo que me parece que convenía, era replegarse, disputando en cuanto fuese posible el terreno, y sin perder de vista el grande objeto de regularizar los medios que quedaban de resistencia”.

(279) El parte oficial de Oribe, datado en Ranchos, a diciembre 12 de 1841 (vid. publicación en folleto especial, con el plano de la batalla) lo reconoce claramente: “El ala derecha del ejército unido — dice — a las órdenes del valiente y hábil general don Angel Pacheco, la desplegó escalonada, con órdenes de caer sobre el flanco izquierdo del enemigo... Ejecutada esta operación, *que impuso al enemigo*, era ya preciso continuarla con arrojo... El enemigo disputó con encarnizamiento el triunfo, y *muy principalmente en su izquierda*, que fué reforzada por 3 escuadrones que tenía como en reserva y en protección de su convoy; sin embargo, este esfuerzo fué ineficaz, porque *el general Pacheco*, con la derecha de su mando, siempre eligió con tino y bravura todas las ocasiones ventajosas que se le presentaron en esta parte de la línea, hasta que *afirmó la victoria...*”

En esa batalla tuvo lugar un incidente histórico que conviene poner, siquiera incidentalmente, bien en claro. Durante la batalla — dice el parte oficial — “el general Pacheco, con algunos escuadrones, dió alcance al batallón de infantería enemiga, a quien intimó rendición, el cual con todos sus jefes, oficiales, tropa y armas, se le sometieron”. Uno de aquellos prisioneros, puesto en libertad más tarde por Rosas, escribió en Montevideo (1842) *los Rasgos de la política de Rosas; o escenas de barbarie, seguidas a la batalla del Quebracho, por un testigo presencial y paciente*. Allí refiere ese incidente como sigue: “Cuando las huestes del ejército que peleaba por la libertad e instituciones a la República Argentina, fueron dispersadas o deshechas en los campos del Quebracho, el día 28 de noviembre de 1840, el reducido pero decidido cuerpo de infantería, único que tenía el ejército, a las órde-

Lo que salvó los restos del ejército unitario fué el saqueo de sus bagajes por las tropas federales, que venían casi desnudas y careciendo de todo. Si se hubiera podido impedir la desorganización que eso produjo, no escapa un soldado del ejército de Lavalle.

La victoria tampoco dió los resultados que debió dar, porque Oribe no supo aprovecharla. El departamento del Río 4°, el del Tío, y hasta el del Río 2°, quedaron en poder de las fuerzas federales, por ese solo suceso: no había, pues, más que marchar para apoderarse de la capital de Córdoba. Todas las declaraciones de los prisio-

nes de su intrépido coronel D. Pedro José Díaz, hizo esfuerzos asombrosos en el lugar del infortunio, para que el enemigo completara su triunfo sobre ese puñado de valientes aislados y solos, a precio subido, que le conquistará el renombre de soldados dignos de la causa por que combatían, a la cual resolvieron consagrar con heroísmo su próximamente último aliento. Prevenido el enemigo de la resolución de esta tropa de no dejar inerte correr sobre sus cuellos el cuchillo de los degolladores, inició proposiciones que vinieron a ser admitidas cuando el general Pacheco compareció en persona ante este grupo organizado y resueltamente armado, y juró sobre su honor y su espada respetar las vidas y libertades de los infantes, siempre que sin otra resistencia depusieran las armas, que empuñaban aún, en los momentos de la capitulación. Agregó, bajo la misma solemnidad, y a la faz de los que trataban y muchos de los suyos que se aproximaron luego que se sintió la negociación pacífica, que se juraba sobre las armaduras de la guerra: "Que el batallón sería conservado en el ejército, hasta tanto que fuera posible enviarlo con seguridad a Buenos Aires, para que allí cada uno usara de amplia libertad, a condición expresa que no volvería ninguno a la guerra, ni a combatir por otros medios la dictadura de Rosas". Admitidas las condiciones y deberes recíprocos que se acordaron en este pacto, el batallón, a la voz de su jefe, formó sus armas en pabellón, y desfiló a una distancia inmediata, para que el general Pacheco se recibiera de las armas que tanto terror inspiraban a sus subordinados. Como se había incorporado a los infantes algunos oficiales y soldados dispersos, pertenecientes a la caballería, el total de los capitulados sería como de 460, oficiales y tropa". El general

neros estaban contestes en que era mortal el golpe recibido. Pero era necesario obrar con energía y rapidez, sin dar tiempo a una reacción. Mientras tanto, se dejó escapar a Lavalle, y se paralizaron los progresos, sin sacar partido de la victoria, por haber permitido Oribe que los cuerpos se cebasen en el botín que les ofrecía la provincia. Parecía como si no se tratara de destruir al enemigo, sino de vivir a costillas del territorio que se pisaba: los más encarnizados eran los orientales, que formaban la híbrida "división del señor presidente".

La campaña debió terminar en el Quebracho, pero Oribe no era el hombre para ello. Su favoritismo para con los oficiales orientales que lo habían seguido en la emigración, lo llevaba a relajar toda disciplina. Dejaba labrarse a su lado verdaderas fortunas, con mil manejos perjudiciales: los caballos que se tomaban se mandaban devolver, pero entregando animales buenos por malos; de la hacienda para carnear, se apartaba lo gordo para venderlo en plaza, y sólo lo flaco se distribuía a los cuerpos. Se levantaban cuerpos con reclutas, que se vestían y sustentaban disponiendo de lo que pertenecía al ejército, pero sin darle conocimiento a los jefes del caso. Los

Pacheco, que era sólo jefe del ala derecha del ejército, dió cuenta del hecho al general en Jefe Oribe y éste ordenó que los prisioneros se le incorporaran. La misión de Pacheco había concluído: era subalterno, y su superior jerárquico era el que disponía. El *testigo paciente*, cuya relación hemos recordado, refiere escenas de barbarie a que dice sometió Oribe a los prisioneros: no es de este lugar examinar la exactitud de esa referencia. Años después, en septiembre de 1857, a requisición del juez del crimen de la capital Dr. Alsina, el general Pacheco fué mandado informar, "bajo su palabra de honor, detallando minuciosamente y fundadamente la verdad de los hechos", sobre diversos puntos, y entre otros "sobre la capitulación que hicieron con él las fuerzas del ejército libertador, al mando del general Lavalle, rendidas en el Quebracho". En nuestro libro *La decapitación de Acha* (Buenos Aires 1893, pág. 66) hemos publicado esas actuaciones ju-

oficiales favoritos abusaban: ponían presos a los que les convenía y los castigaban sin dar conocimiento a los jefes respectivos. Mientras tanto, habiendo un sargento oriental querido arrebatarse el poncho al asistente de un jefe porteño, éste lo conduce preso; pero al día siguiente Oribe lo pone en libertad.

Pues bien: ese núcleo de favoritos era el que imperaba en el ejército, y fué el opuesto a sacar rápidamente el fruto de la victoria del Quebracho, prefiriendo aprovechar del país en que se encontraba emigrado.

La primera noticia de la batalla del Quebracho Herrado llegó a Córdoba en momentos en que las autoridades estaban en el teatro de la Comedia, un domingo a la noche. El gobernador Alvarez, con el objeto de impedir la divulgación de la noticia y el desaliento consiguiente, hizo repicar las campanas hasta las 2 a. m., como si se

diciales. Respecto del incidente del Quebracho, dice Pacheco: "En la acción del Quebracho, la caballería del general Lavalle, después de varios choques, había abandonado el campo; su artillería había sido también abandonada, después de un fuego muy sostenido. Una columna de infantería, a las órdenes del coronel Díaz, se retiraba en masa, en un orden perfecto, pero por terrenos desiertos, enteramente llanos y sin agua por muchas leguas. Su situación era, por consiguiente, desesperada, pues con sólo algunas piezas de artillería, que ya se aproximaban, habría sido despedazada; para evitarlo le intimé rendición, lo que efectuó bajo la condición de garantizarle la vida al coronel, que era el único a quien podía considerar ese peligro, por antecedentes que me eran conocidos. En esta acción yo no mandaba el ejército, sino la caballería de la derecha, ésta se encontraba ya adelantada y a alguna distancia, habiéndome quedado con sólo un piquete al lado de la columna que había depuesto las armas. En tales circunstancias, una gran parte de la caballería de la izquierda se venía a la carga, a la desbandada, sobre aquella tropa desarmada; los oficiales, viendo el inminente peligro que los amenazaba, me rodeaban para que los protegiera. Conociendo que si esa tropa llegaba a las manos en ese orden, no podía evitar un destrozo, me adelanté solo hacia ella para contenerla, si

tratara de un triunfo, so color de celebrar la incorporación de Lavalle a Lamadrid, y diciendo que aquél había destrozado a 800 hombres de Pacheco. El chasque, sin embargo, traía este oficio de Salas: habían llegado 600 derrotados de Lavalle, con la noticia de que los había hecho pedazos Pacheco y que no sabían nada de Lavalle, que quedaban en poder del enemigo 80 carretas, todos los bagages y artillería. Agregaba el chasque que al pasar el río del Tío, llegaban 400 hombres de los dispersados, con Vilela. El general Lamadrid pedía, en consecuencia, todos los cazadores y cuantas milicias pudieran mandar para contener a Pacheco. (280)

Lamadrid, mientras tanto, en mérito del aviso que recibió el 27 a la noche se decidió a enviarle Lavalle, avanzaba a marchas forzadas hacia el Quebracho. Sabedor del desastre (281) precipita más sus marchas, llegando casi

cra posible, o sacrificarme en el cumplimiento de mi deber respecto de prisioneros, previniendo a éstos que si no podía contener la tropa que avanzaba, tomasen las armas y se defendiesen, apoyados por el piquete que los custodiaba, mientras eran protegidos por algunos escuadrones que mandaba a regresar en el acto: felizmente fué obedecido sin gran dificultad. Desde el día siguiente el coronel Díaz podía recorrer todos nuestros campos, acompañado sólo de un ayudante”.

(280) Contiene detalles curiosos una carta interceptada de S. Bravo, fechada *lunes, a las 3 de la mañana*. “Aquí se preparan infinitos, incluso el gobernador, para ir a visitar a Tío a Lavalle, y yo veo que este pueblo va a quedar desierto en pocos días con la emigración”.

(281) “Tan inesperada noticia llenó de amargura al general Lamadrid, pero sobreponiéndose a todo, sólo pensó en hacer lo posible para prevenir sus terribles resultados, y por lo mismo, se puso en marcha precipitada sobre el Tío, para con su presencia reanimar el entusiasmo de los restos salvados de la catástrofe. La marcha fué sin interrupción durante todo el resto de la noche, y al amanecer del 29 los coroneles Vega, Rico, muchos oficiales y soldados, ya se hallaban incorporados a su columna, quienes lo informaron de las verdaderas causas que habían

a encontrarse con el ejército vencedor pero logrando incorporar a los dispersos (282).

Lavalle pretendió echar sobre Lamadrid la responsabilidad del desastre. (283) Era necesario en aquellos momentos supremos adoptar un plan de campaña. Lamadrid opinaba por la instantánea reorganización de los restos del ejército, incorporarlos al suyo, caer en el acto sobre Oribe, que no sospecharía tal ataque, y dar una batalla desesperada. Lavalle rechazó la idea y optó por hacer la guerra de partidas en grande escala, o sea con gruesas divisiones. La opinión de Lavalle prevaleció. (284)

ocasionado la pérdida de la batalla''. (Elía: *Memoria histórica*, loc. cit. XI, 287). En la mañana del 30, marchando siempre Lamadrid sobre el Tío, recibió un chasque extraordinario del coronel Salas, anunciándole que el ejército enemigo sólo distaba dos leguas de dicho paraje.

(282) "Justo es decir — añade Elía, *loc. cit.* — que los restos dispersados del ejército libertador que, desde el día 29, se reunieron al general Lamadrid, hallaron en éste, así como en todos sus jefes, oficiales y tropa, amigos solícitos que hicieron cuanto fué dable para dulcificar su penosa situación''.

(283) "... Los de poncho azul, que se acercaban a nosotros — dice el secretario de Lamadrid (Villafañe, *op. cit.*, f. 158), — era la gente de aquel ejército en dispersión. El general Lavalle, bien que de los últimos, no tardó en llegar, y aquí de los reproches y recriminaciones sobre lo que uno y otro debió hacer de su parte y no hizo en aquella ocasión! Lavalle decía a Lamadrid: "Yo cité a Vd. para el día 20 en Romero, y sin embargo, Vd. no estuvo allí''. "Sí, contestaba Lamadrid, pero es que V. no repitió sus avisos, como era de esperar''. "Pero es que Vd. debió estar allí en ese día''. "Pero es que yo no podía entrar en esos lugares sin pastos, ni agua, tan sólo a esperar y esperar; pues que tampoco falté a la cita, desde que el coronel Salas estuvo allí, sin hallarme yo mismo lejos de él''. No se quiso ir adelante, quizá por miedo de enardecer la cuestión, o mejor, por pensar en lo que convenía hacer en el futuro. *Mi desencanto subió de punto...*"

(284) "Y debía ser así — añade Villafañe (*loc. cit.* f. 159) — Lamadrid era hombre humilde. Al acordarse de Lavalle, lo hacía siempre teniendo en vista una potencia superior. *Lo vi en toda*

Lamadrid entonces le propuso dirigirse él con sus fuerzas sobre la campaña de Buenos Aires y tentar una sorpresa, dejando al ejército de Oribe entre él y Lavalle. Tampoco aceptó esto Lavalle. (285)

ocasión dispuesto siempre a obedecer a sus consejos. En esa noche, una vez en la carpa, recordando la discusión habida, me dijo: "Pero es que Lavalle está *cabreado* (acobardado), por eso no quiere tentar la reunión de fuerzas y una embestida a la de Oribe". A su vez Lavalle, al día siguiente de aquella conferencia, me tomó del brazo y deteniéndose me dijo: "¿No le parece a Vd. un desatino lo que propone Lamadrid?" "Mi general, todo me parece peligroso en estas circunstancias". "Sí, me replicó con énfasis, pero nada es tan peligroso como estos generales sableadores;" Lavalle se decidió por el sistema de la guerra de recursos, porque lo había practicado en la Banda Oriental a las órdenes del general Rivera, "pero — dice un historiador (Díaz, *Historia política y militar*, ed. cit., V, 191) — ni tenía para eso las condiciones del general Rivera, ni los jefes que poseía éste, educados en aquella escuela, ni el teatro elegido finalmente se prestaba a tal plan de campaña, desde que el general Lavalle no tenía en él simpatías, relaciones íntimas y conocimientos prácticos. Lavalle había residido algún tiempo en la ciudad de Mendoza, y eso era todo".

(285) Queda de esto una constancia irrefutable. Como ya estaban etiquetados ambos jefes, iban en grupos separados, de modo que se comunicaban por escrito. Lavalle rechazó el plan de Lamadrid por carta fechada a diciembre 15 y que por vez primera hemos publicado nosotros. (Véase el texto en nota artículo publicado en *El Tiempo*). Por otra parte, Lamadrid explica así el incidente, en sus Memorias (t. II, pág. 186: "Aun conservo el proyecto (vista la resistencia que Lavalle oponía a todos mis proyectos) de marcharme solo con el ejército de las provincias sobre el norte de la campaña de Buenos Aires, dejando a Oribe en el Tío y Villa del Rosario. A este efecto proclamé mis tropas, y encontrándolas decididas moví mi campo hasta el otro lado del río, con el ánimo de no dar aviso al general Lavalle de esta mi determinación, hasta después de haber hecho la primera jornada, mas reflexionando esa noche que podrían los pueblos del norte reprobar ésta mi resolución, por no haberla antes consultado con dicho general, que era quien le merecía hasta entonces su mayor concepto, le hice un propio esa misma noche avisándole mi reso-

¿Qué fuerzas contaban los ejércitos unitarios en aquel momento? A pesar de la derrota del Quebracho, el ejército de Lavalle tenía 2.000 hombres; Lamadrid tenía 1.800, bien disciplinados; en marcha venía Solá con 400 salteños; en La Rioja, Brizuela tenía 1.200 soldados; Avellaneda, en Tucumán, contaba con 800 milicianos, sin hablar de Paz en Corrientes, del contingente de Catamarca y de las milicias que reunía Alvarez en la ciudad de Córdoba. Por de pronto, listos para emprender la ofensiva había cerca de 5.000 hombres reunidos y en pocos días podrían incorporarse los contingentes tucumano, catamarqueño, y el ejército riojano, o servir de reserva. (286)

lución, y las ventajas que esperaba reportar de esta atrevida empresa, con la cual Oribe se vería precisado a seguirme con el todo, o con parte de su ejército y en cualquiera de esos casos podría él hostilizarlo por la espalda, por tener ya su ejército montado. La contestación que recibí al siguiente día del general fué enteramente negativa, pues me decía que siendo él y sus jefes hijos de Buenos Aires, nada habían podido hacer, teniendo desembarcados en San Pedro como 3000 hombres, menos haría yo con una fuerza extraña y mucho más inferior; y que lejos de alentar con este paso, no haría otra cosa que perder la revolución, que era mejor llamar al enemigo al interior de las provincias, y allí esperarlo en una posición ventajosa, después de haberlo debilitado en su marcha e inutilizándole sus caballadas''.

(286) El doctor Vicente F. López, testigo presencial — pues estaba entonces en Córdoba y era nada menos que secretario del ministro de la guerra (el coronel Julián Martínez) del gobierno revolucionario — es mas optimista en sus cálculos: "Con un poco de quietud de espíritu y de genio militar — dice (*Manual de la historia argentina*, ed. cit. pág. 575) — el general Lavalle habría podido reorganizar un precioso ejército de 7.000 hombres a lo menos; tenía allí como 1.000 infantes, quizá más, de primer orden, entre cívicos de Córdoba y los 3 batallones de Tucumán y de Salta; el escuadrón de coraceros salteños, mandado por los coroneles Rojo y Acha; los lanceros de Giraldes y la caballería de la división tucumana. Había, pues, medios para haber reorganizado un ejército nuevo y fuerte; y Oribe debió temerlo, pues,

Si Lavalle y Lamadrid, rehechos, bien montados, bien municionados, como lo estaban, gracias al gobernador Alvarez de Córdoba, se hubieran arrojado sobre el ejército de Oribe, el resultado habría sido, según todas las probabilidades, favorable a la causa unitaria. El ejército federal, en efecto, a pesar de su triunfo, estaba en desfavorables condiciones; pues marchaba por una travesía sin agua, y cuyos pocos pozos habían sido secados por las fuerzas unitarias que venían persiguiendo; haciendo marchas terribles, con "un sol abrasador, soportando los horrores de una sed inaguantable, y aumentando la precipitación de las marchas para dar alcance al enemigo." (287)

La coyuntura, pues, era favorable para el plan de Lamadrid: lo único que podía objetársele era que jugaba el todo por el todo, pues derrotado el ejército unido, no quedaba al partido unitario esperanza alguna. Pero a veces es preciso recordar el viejo adagio: *audaces fortuna juvat*, pues a los audaces protege la fortuna.

Lamadrid, además, estaba espantado por los excesos de la soldadesca desenfrenada de Lavalle, y quería evi-

to que se estacionó un mes sin azancar de la frontera". La divergencia entre el cálculo del doctor López y el nuestro, es de 2.000 hombres; pero proviene de que aquel historiador estima las huestes de Lavalle en una "multitud informe, desordenada, que se compondría de 3 a 4.000 hombres en conjunto". Nosotros hemos fijado los dispersos de Lavalle en 2.000, porque es la cifra que da Lamadrid en sus *Memorias*. De todas maneras, queda evidenciado que la causa unitaria era, en ese momento, la más poderosa por el número de soldados sobre las armas, por las situaciones provinciales de que era dueña, y aun por las condiciones del adversario, pues el ejército de Oribe pisaba territorio gobernado por enemigos y estaba diezmado por lo penoso de la campaña, lejos del centro de operaciones y sin posibilidad de recibir refuerzos.

(287) *Parte oficial* de la batalla del Quebracho Herrado (ed. cit., pág. 4).

tar que el pánico moral de la retirada, después del desastre, hiciera más insoportable su peso sobre las provincias y desacreditara la causa a que servía. (288)

Lavalle se negó rotundamente a todo: el 3 de diciembre se separó de Lamadrid, marchando con su ejército a Sinsacate; Lamadrid se replegó entonces el 4 a Córdoba.

(288) Lamadrid, en sus *Memorias* (t. II, pág. 184 y sgts.) es bien explícito: “El pueblo de Córdoba se había desmoralizado completamente con la llegada de algunos jefes, oficiales y soldados de los dispersos del ejército libertador, a consecuencia de algunas tropelías cometidas por los últimos... Las milicias de Córdoba habían sido atropelladas e insultadas torpemente por los soldados del ejército libertador de Lavalle, que nada respetaban... Manifesté al general Lavalle la imperiosa necesidad que había de contener su tropa, si no queríamos que todos los cordobeses se convirtieran, de amigos decididos nuestros, como lo eran, en nuestro más mortales enemigos”.

XVIII

LAMENTABLE EPILOGO

El dado estaba tirado: Lavalle prevalecía. La agonía comenzaba. En ejecución de su plan de guerra, Lavalle despachó al coronel Vilela, con una división sobre Cuyo; al coronel Acha, con otra, sobre Santiago; y al coronel Salas, con otra, sobre Río 2°. Como se ve, Lamadrid se había prestado a todo.

Pero ese plan, militarmente considerado, era otro nuevo error de Lavalle. "En primer lugar, necesitaba jefes capaces, inteligentes y adecuados. En segundo lugar, necesitaba cuerpos de tropas moralizadas, que no fuesen, con los excesos de la indisciplina, a concitar el odio popular. En tercer lugar, era preciso que hubiese en los pueblos o provincias que iban a ocuparse, unas disposiciones tales, que se prestasen con facilidad a la impulsión que iban a darles los libertadores. Finalmente, se necesitaba establecer un centro común de relaciones, o sea una autoridad general, que diese dirección a esos cuerpos, y a los distritos que levantasen." (289)

(289) Paz. *Memorias Póstumas* (ed. cit., t. II, p. 433). El general Paz olvida que la guerra en el interior estaba bajo la égi-

Fraccionar en partidas sueltas los restos de un ejército desmoralizado por una derrota reciente, era insensato; debilitaba su nervio, lo exponía a la deserción en masa y renunciaba a la eficacia de una acción en común.

El grande y radical error de Lavalle y del partido unitario en 1839 y la guerra civil subsiguiente, fué el de no darse cuenta de que pertenecían a una *facción metropolitana* y no a un *partido popular*; contaban con parte de la minoría culta, pero tenían en su contra a la inmensa mayoría. La emigración unitaria, durante su alejamiento del país, nada había olvidado y nada había aprendido. Creía en la panacea de la constitución unitaria de 1826, e imaginaba las revoluciones como los decembristas de 1828. No faltaron, sin embargo, hombres ilustrados — no de los *pontífices*, pero sí de la *nueva generación* (290) que señalaron el escollo. Alberdi le escribía a Lavalle:

da de la Coalición del Norte, y que ésta había nombrado “director supremo de la guerra” al general Brizuela. Indudablemente, conociendo a Brizuela, como debían conocerlo Avellaneda y los hombres dirigentes de la Coalición — ese nombramiento era en realidad *ad honorem*; pero entonces resulta que todo aquel movimiento careció de plan maduro, de cabeza dirigente y de una mano poderosa para dirigir los elementos y heterogéneos reunidos. Fué una intentona más o menos ilusa, más o menos “unitaria”: no había una mente superior que pusiera orden en el desorden. El resultado era fatal: el sacrificio inútil, y el desastre total.

(290) Porque, efectivamente, frente a los unitarios *pur sang*, como los describe Sarmiento, en su *Facundo* (*Obras completas*, ed. cit., VII, 101) estaba la *generación nueva*, enrolada en la *Asociación Mayo*, fundada por Echeverría. Alberdi era una de sus figuras descollantes; como lo fué Avellaneda, el alma de la *Coalición del Norte*; Francisco Alvarez, el de la revolución de Córdoba el 40; “doquier que se pelea contra Rosas, al lado de los proscritos de todos los partidos, se ven los jóvenes de la nueva generación, fraternizando con ellos por el amor a la patria”. (Echeverría, *Dogma socialista*, ed. cit., p. 55).

“En 1828 la campaña y sus ideas sometieron al pueblo. Hoy el pueblo y sus ideas deben someter la campaña. El general Lavalle no será fuerte en su país por las masas ignorantes: es preciso que la *minoría ilustrada* llegue a subordinar la *mayoría semi-bárbara*.” (291)

Luego Lavalle no conocía a su país: era un porteño metropolitano, que consideraba al interior como a la campaña de su provincia; ignoraba que en las provincias la gran masa era eminentemente federal, y que, aun cuando fuera indiferente, en presencia de los escuadrones porteños que cometían toda clase de excesos, como en país conquistado, tenía que volverse hostil. Así sucedió: otra vez Lavalle, por su complacencia, perdió la causa de la revolución.

Esta tenía aun el norte: Tucumán, Salta y Jujuy, con un ejército a las órdenes de Avellaneda; Catamarca y Rioja, con otro ejército a las órdenes de Brizuela; Corrientes, con otro ejército, a las órdenes de Paz; Córdoba, con el gran ejército a las órdenes de Lavalle y Lamadrid. Además, la Comisión Argentina de Montevideo, y la de Santiago de Chile, les daban recursos y dinero en abundancia. San Luis (292) y Mendoza estaban con-

(291) *Consideraciones*, (cit. en A. J. Carranza, *La revolución del sur*; ed. cit., p. 128).

(292) La revolución de San Luis, a que se refieren las dos cartas inéditas del coronel Lucero, reproducidas *ut supra*, triunfante desde noviembre 11, tuvo por dictador a don Eufresio Videla, quien organizó las milicias, y resistió hasta enero 2 de 1841, en que fué batido por Aldao en la acción de las Quijadas. “Aldao les otorgó libertad, dándoles pasaporte para que fuesen donde quisieran, a excepción de Videla y don Rufino Suárez, que la obtuvieron con la condición de irse a Chile”. (Zinny. *Historia de los gobernadores*, III, 36). Durante dos meses los unitarios fueron dueños de la situación, pero no pudiendo ser auxiliados por Lamadrid, a causa del desastre de Lavalle, sucumbieron al fin. La revolución de Mendoza, como se ha visto *ut supra*, triun-

vulsionadas; Entre Ríos, amenazado por Paz, inmovilizaba un ejército federal. El gobierno de la Confederación sólo tenía el grande ejército a las órdenes de Oribe y Pacheco; el de Echagüe, jaqueado por Paz; la situación de Ibarra en Santiago, y las de Aldao y Benavídez en Cuyo. Pero los unitarios estaban divididos, no tenían unidad de acción ni cabeza alguna superior que impusiera sus vistas: reinaba en sus fuerzas la licencia, y en sus hombres dirigentes, la anarquía; mientras que los federales estaban unidos, sus ejércitos disciplinados, y la unidad de dirección reconcentrada en Rosas, cuya supremacía ninguno discutía. El resultado no podía ser dudoso. (293)

fante en noviembre 9 — pues que debía estallar simultáneamente con la de San Luis, — fué sofocada por Aldao el 14 del mismo mes. Esas convulsiones eran exóticas en aquellas provincias, pues las hacía un grupo de gente patricia, movida por los unitarios y apoyada en el auxilio probable de éstos: por eso se ve que no tienen ni consecuencia.

(293) Echeverría, (*Dogma socialista*, ed. cit., 55) explica claramente este fenómeno: “Un sentimiento común, — dice, refiriéndose a los emigrados argentinos — les hizo olvidar sus opiniones y resentimientos pasados, en unos el odio a Rosas, en otros el amor a la patria. Pero ese vínculo no era sobrado fuerte para anudar de un modo indisoluble voluntades tan disconformes: no era una creencia común capaz de producir una fe común, concentración de poder y acuerdo simultáneo de acción. Por el menor contraste, ese sentimiento se relajaba y aflojaba el vínculo de la unión: *el amor propio ofendido, las aspiraciones personales, la divergencia de pareceres sobre la situación*, producían entre ellos desacuerdo, luego la dislocación, luego la impotencia y los desastres. Rosas, al contrario, luchaba con un poder central, y por la fe en su estrella que tienen sus sostenedores. La lucha, pues, era desigual, y los patriotas fueron vencidos”.

INDICE

INDICE

	Pág.
Advertencia	5
I La invasión unitaria del 39	9
II Lavalle en Buenos Aires	19
III La retirada fatal	47
IV El "ejército" unitario	57
V La cruzada libertadora	71
VI La situación de Rosas	75
VIIb La invasión al interior	84
VII La toma de Santa Fe	99
VIII La organización del ejército federal: Oribe y Pacheco	111
IX El plan de Lavalle	127
X El plan de Lamadrid	131
XI La campaña a la Rioja: Brizuela y Aldao	138
XII Lamadrid en Córdoba	147
XIII Oribe y su mando en jefe del ejército federal	163
XIV La persecución a Lavalle	171
XV Actividad de Lamadrid	179
XVI Lamadrid y Lavalle: su desencuentro	193
XVII La batalla de Quebracho Herrado	203
XVIII Lamentable epílogo	220